Todo lo que importa

Gustavo Johansson

Capítulo 1

Las cosas no son como nosotros queremos que sean sólo porque nosotros queramos que sean así
- Gregory House -

Tián
19 de octubre (10:05)

—…¿Qué?

—Que tienes un hijo.

—…¿Qué?

—¿Otra vez?

—¿Có… ¿Cómo?...

—Pues con cabeza, brazos, piernas y ojos achinados.

—Qué… ¿Qué co… ¿Qué COÑO significa eso, Ricky?...

—Como un adulto, Tián, pero en pequeño.

—¿Estás de coña?...

—No. Se llama Katsuhiro, tiene ocho años y vive en Japón.

Ay joder…

Tián salió al balcón y le gritó al mundo algo que Ricky no alcanzó a oír.

¿Un qué?... ¿Hi-qué?... ¡¿Hi?!... ¡¿Jo?!... ¡¿Jo?!... ¡Jo… DER!

A veces pasaba horas enteras en aquel balcón con filigranas modernistas en plata y ocre al que acostumbraba a salir varias veces al día para fumar tranquilamente sus *minidavidoff* que sólo podía encender con cerillas (*inada de mecheros!*), razón por la que siempre llevaba encima alguna de esas cajetillas de cerillas de propaganda de hoteles y restaurantes. Asomado a su baranda Tián alcanzaba a ver La Casa Batlló, y sólo un poco más allá La Pedrera (*tal vez una de las pocas cosas que haya hecho bien el hombre*), cosa que acostumbraba a hacer sentado en su viejo sillón

chester (incapaz ya de retener los muelles en su interior pero que nunca desecharía) con un cenicero entre las rodillas llenando de humo las mañanas, horas enteras (si no hacía demasiado frío) contemplando la calle por donde desfilaban todo tipo de personajes: Ejecutivos estresados y hippies desestresados, ciclistas con prisa y carteristas con más prisa aún, turistas (japoneses, chinos, americanos, alemanes, franceses, italianos y más chinos o más japoneses porque… «*quién coño los distingue* ») y sobretodo niños y niñas que su imaginación transformaba en pájaros carpintero, zorros rojos, liebres veloces o castores perezosos. Podía pasarse las horas allí y no escribir nada en absoluto, no pasar de una página, un párrafo, una frase… o terminar un cuento de la mañana a la noche en un día de especial inspiración (lo que iba necesariamente ligado al hecho de tener que levantarse varias veces para ir a la nevera a buscar un redbul sin azúcar o poner su *nespreso* a prueba con varios ristrettos durante las horas que dedicaba al cuento en cuestión).

Desde aquel balcón que miraba al mundo en el que vivía Tián habían surgido cientos de cuentos para niños y niñas de un mundo en el que Tián, realmente, quisiera vivir.

Joder…
Joder…
Joder…
¡Mierda!

Entonces se asomó adentro y miró a Ricky con el ceño más fruncido que fue capaz de lograr.

—Has dicho «hijo»... ¿Verdad?...

A modo de respuesta Ricky tan sólo arqueó una ceja, y Tián regresó afuera y volvió a gritarle al mundo algo ininteligible.

A veces pasaba horas enteras en aquel balcón. Su estudio se encontraba en la última planta de aquel edificio de principios del siglo pasado en el Paseo de Gracia de Barcelona (tan sólo unas pocas calles antes de llegar a la Plaza Cataluña) y su vista le tranquilizaba y le ayudaba a pensar, porque era, decía, como encontrarse en la cima del mundo en el que le había tocado vivir. Pero aquel estudio de casi quinientos metros cuadrados, más que un lugar en el que poder recibir a editores y representantes de prensa (por no mencionar su fiesta sorpresa de los cuarenta que Paula le organizó aquel día aún a sabiendas de que la crisis de los cuarenta ya la venía sufriendo desde los treinta y siete), era para Tián más bien un refugio, o como él lo llamaba, su particular templo zen que utilizaba para escapar de un mundo del que decía no formar parte.

Por fin entró.

«*Un hijo...*» se dijo mientras arrastraba lentamente los pies hacia su escritorio con los ojos clavados en el suelo, remolcando con gran esfuerzo su alma.

Un hijo... Joder…

Y en su rostro, Ricky (que no se había movido de donde estaba desde que Tián saliese al balcón a gritar sandeces, la primera vez) adivinó cierta aceptación, como el que descubre que se está quedando calvo y finalmente ¡por narices! se hace a la idea, aunque vaya a pasarse los próximos cuarenta años poniéndose porquerías en la cabeza.

Entonces Tián sentía un calor bochornoso que ascendía desde su abdomen y que escapaba de su cuerpo igual que si fuese una chimenea, y pensó que si seguía así perdería todo el calor del cuerpo y acabaría helado («o dicho de otra forma» comprendió de repente «*…estoy acojonado*»).

Un hijo...

…Y con este último pensamiento se sentó por fin en su poltrona detrás de su escritorio y suspiró con desazón, clavando las manos en los brazos de su sillón como si éste fuera una cápsula entrando en órbita y Tián el pobre desgraciado que lleva dentro a punto de sufrir un colapso.

—…Joder —consiguió articular finalmente.

—Sí. Joder. A tu público le va encantar —le dijo Ricky entonces con media sonrisa a medio camino entre «te jodes» y «lo siento»— Piénsalo: S*ebastián Díez, el conocido escritor de cuentos y amante de los niños… Tiene. Un. Hijo.*

—A mí no me gustan los niños, Ricky.

—Pues en *La contra* de *La Vanguardia* mentiste como un bellaco.

Tián puso los ojos en blanco y suspiró.

…Eso es cierto.

—Ricky… ¿Qué significa?... ¿Qué significa?... Dímelo, qué significa…

—¿Qué coño va a significar, Tián?… Significa que eres padre.

—No. Su nombre. Qué significa su nombre. Cat… Cat… ¿Cómo has

dicho?...

—Katsuhiro, Tián. Se llama Katsuhiro. Y que yo sepa no significa nada.

—Claro que significa algo, joder. Tiene que significar algo. ¡Todos los nombres chinos significan algo! Niño del sol naciente, o dragón de las narices, o panda gilipollas…

—Es japonés Tián, no es chino. Y, que yo sepa (de nuevo) su nombre no significa nada. Lo ÚNICO que tiene significado aquí es que eres padre, Tián, padre…

…¡Padre!

De repente descubrió que aquella palabra se le atragantaba y que era incapaz de pronunciarla sin ponerse a toser.

Pa… aaagh…
¡Coño!

En aquel ático Tián escribía cuentos. Aunque hacía tiempo había ganado importantes premios literarios y gozaba de un público numeroso y fiel que acudía a las librerías en masa cada vez que terminaba un nuevo libro, hacía tiempo también decidió que ya sólo escribiría para los niños « *…porque son las únicas personas en el mundo que de verdad son inocentes*». Pero aquello no significaba (y de esto estaba bastante seguro) que tuvieran que gustarle los niños, igual que no eran ni asesinos ni espías ni agentes dobles aquellos que escribían suspense, ni sencillamente gilipollas, pensaba, quienes escribían ciencia ficción.

Pa… aaagh… ¡Joder! ¡¿Pa…dre?!…

—¿Cómo es posible?...

—Bueno... —en este punto Ricky pensó que tal vez (*taaal vez*) Tián necesitase algo de ayuda para acabar de asimilar la noticia— Supongo que conociste a una japonesa, te enamoraste, o no, le contaste alguna mentira, después de eso te acostaste con ella...

—Eso ya lo sé.

—...

—Y su madre… —se le ocurrió entonces.

—No —pronunció Ricky, y después de eso negó con la cabeza.

Joder…
¿Ahora qué?...

—Tendrás que ir a buscarlo —pronunció Ricky de repente igual que si fuese capaz de leerle el pensamiento.

—¡Joder!... Acabas de leerme la mente —admitió Tián.

—Pues deja que te la lea otra vez —se ofreció Ricky enseguida, y repitió— Tendrás. Que ir. A buscarlo… Porque dudo mucho que ahora mismo puedas pensar en cualquier otra cosa.

—Estás de coña —admitió Tián de nuevo; y por si no lo hubiese dejado suficientemente claro aún, añadió:— De. Coña.

Que Ricardo (Ricky, su agente) casi disfrutase dándole la noticia, que después de eso se mofase de él y le dijese que era un capullo que llevaba demasiado tiempo pensando únicamente con la punta del capullo («*valga la redundancia*» decía después) era en parte normal,… dado que además de ser quien trataba todos sus temas legales (o no) con las editoriales, era también su mejor amigo. Hacía tiempo que de ello Tián aprendió una cosa: nunca (nunca, nunca, nuca) te vayas de copas con tu representante. Porque como suele ocurrir (y sobre todo después de unas cuantas resacas juntos; pues Ricky además de agente literario, y muy bueno por cierto, también era, decía Tián, «un maldito borracho») se crean esa clase de vínculos, y si por algún casual cualquier día te sale un hijo bastardo, el muy cab*** (tu representante, no tu hijo) aprovechará la primera ocasión que tenga para tocarte bien las pelotas.

—Y bien… ¿Qué piensas hacer? —Ricky (otra vez).

—Que qué pienso hacer...

—Sí. ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a ir a buscarlo?...

—Pensaba que se te había ido la pinza, Ricky —atacó Tián entonces— Pero no. Lo que pasa es que no ha vuelto desde la última vez que se te fue. ¡Vamos, Ricky, no me jodas! ¡¿Quieres?!...

—Tienes un hijo, Tián.

En aquel instante Ricky se apoyó con ambas manos sobre su escritorio con aquella expresión de poli bueno poli malo que utilizaba en todas sus reuniones y que tan buenos resultados le daba; con Tián a veces lo hacía en broma (sobre todo después de unas cervezas juntos), pero aquel día no era el caso.

Ricky tenía cuatro hijos (los cuatro niños, un encanto de niños) y Tián y Paula siempre les llevaban algún regalo cuando él y Cris los invitaban a cenar a su casa.

…¿Debería haber tenido eso en cuenta?
Pues sí.
No debería haber pasado por alto algo así.
Pues no.
¡Mierda!

—Tián…

—Qué.

Ya sabía el qué… Pues que tenía que llegar el día en que el destino, el azar y la mala leche, finalmente, aunasen fuerzas y se la devolviesen, porque ocurre cuando juegas demasiado con estos tres y con tantísimo cinismo.

—Tienes un hijo, Tián —otra vez…

Entonces trató de asimilar cada una de las últimas cuatro palabras de su amigo.

Tienes: De repente algo que no sabía que era suyo, era suyo.

Un: Pero podría ser peor, porque «un» podría haber sido «dos» o «tres»… o hasta «cuatro». «Un» estaba bien, le gustaba «un»

Hijo: ¡Coño!

Tián: Ésta última implicaba que las tres anteriores le afectaban directamente.

Trató de asimilar cada una de las últimas cuatro palabras de Ricky.

No lo consiguió.

Coño…

Pero algo tendría que decir, porque en aquellos momentos Ricky lo miraba exactamente como lo hizo su padre aquel día de aquel verano en que metió su coche en la piscina de los abuelos.

¿Abuelos?...

—...Y que seguramente tendrá unos abuelos maravillosos —se le ocurrió de repente— O tíos, o tioabuelos de esos que llevan sombreros de paja y

que saben un huevo de *kunfú*... ¿No?...

«¿No?...» no era una pregunta, sino más bien un ruego.

—Tián... —la forma en que dijo «Tián» esta vez fue como si clamase al cielo— Tienes. Un. Hijo —y otra…

Y dale…

—Oye, Ricky, joder… —y se llevó la mano a la sien y se la frotó como si de esa forma fuera a conseguir que de ahí saliese el genio que le diese todas las respuestas— Ricky, no puedes venir aquí y soltarme algo… así… de golpe. ¡Ala!... ¡Joder, Ricky, no puedes hacerme padre de repente!

—¡Ei! ¡Echa el freno, tío! —saltó también su agente— ¡Que yo no te he hecho padre!

—¡Claro que lo has hecho! ¡Sí! Sí… desde un punto de vista hipotético… y cabrón.

—¿Un punto de vista… cabrón? —se maravilló Ricky a quien casi se le escapa la risa en esta ocasión.

—Sí. Un punto de vista MUY cabrón.

—¿Ah, sí? Pues es curioso porque no recuerdo haberme ido contigo a la cama, Tián. ¡Ni haber engordado veinte kilos ni mucho menos haberme abierto de patas sobre la camilla de un hospital!

—¡Venga, Ricky, coño! ¡Un padre tiene nueve meses para ir haciéndose a la idea! ¡Yo soy padre desde que has entrado por esa puerta! —dijo señalando la puerta con gesto acusatorio, como si fuese el asesino del sheriff de una novela de *Agatha Christie*.

—No, Tián, te equivocas... —le dijo Ricky esta vez como si le hablase a un niño— No eres padre desde que he entrado por esa puerta —la señaló también— Eres padre… desde hace ocho condenados años.

—Oh… Mierda…

—Sí. Oh. Mierda —le dio la razón— Y ¿bien?...

—Y bien… ¿qué?...

—Y bien… que qué vas a hacer, porque no tiene tíos que sepan *kunfú*.

—¿Y que no sepan?...

Ricky se dijo que aquella era la pregunta retórica más absurda que jamás había oído, pero aún así se la contestó:

—No. Tampoco.

—¡Mierda!... Oye, Ricky, mañana salgo para Colonia ¿Podemos dejarlo para cuando haya vuelto? ¿Por favor?... Joder —¡joder, sí!— Déjame al menos un poco de tiempo para asimilarlo.

Tengo un hijo.
¡Joder!
Tián, tienes un hijo.
Joder. Peor…

—No tiene a nadie, Tián...

—Qué…

—Que tan sólo te tiene a ti.

Entonces Tián se lo quedó mirando durante lo que le pareció más que tan sólo un segundo (o por lo menos, se dijo, durante un segundo condenadamente largo, ya que como él decía «no todos los segundos duran sólo un segundo») y se dijo que siempre conseguía arrancarle esa expresión de la cara (por lo menos un par de veces todos los meses), esa expresión de chico en prácticas sorprendido porque la destructora de documentos de la oficina se ha atascado porque le ha metido un taco ASÍ de documentos que ni siquiera hacía falta triturar.

—¿Cuánto hace que sabes eso?...

En ese instante Ricky se llevó las manos a los bolsillos y le dijo:

—Te recuerdo que llevas más de una semana fuera.

Y como de verdad, se dijo, se sentía como un chico en prácticas sorprendido porque la destructora de documentos de la oficina se ha atascado porque le ha metido un taco ASÍ de documentos que ni siquiera hacía falta triturar y, además, Ricky tenía razón,... no hizo otra cosa que devolverle la mirada y decirle:

—Ricky… Eres un capullo. ¿Lo sabías?... —claro que lo sabía.

Capítulo 2

Martí
19 de octubre (16:25)

Éste era uno de esos bares (en las ramblas de Barcelona) al que la gente que acude a tomarse un cortado, una birra o un anisito… en realidad no quiere ni café, ni cerveza ni anís, porque cada vez hay más gente que se cita para tomarse un café y encenderse un cigarrillo simplemente porque en algún sitio habrá que verse. Y es en bares como éste («en aquest espai es permet fumar») en los que se decide quién gana las elecciones todos los años, si la Mariana se acostó con *el penas* (aunque nunca llegaron a conocerse) y cuál va a ser la canción del verano.

Éste era especialmente antiguo: con fotos en blanco y negro del aspecto que tenía en tiempos de la posguerra, techos de vuelta catalana, baldosines con cenefas en el suelo y en una esquina un viejo con una boina tipo *martínez-soria* tocando la guitarra.

Martí entró y cerró la puerta tras él, barrió el local con la mirada y (sinceramente) no le costó nada identificarlos.

Suspiró y se dirigió hacia ellos…

…Y es que no hace falta ponerse un chaquetón azul marino que te llegue hasta casi rozar los dedos de los pies, zapatos de esos tan relucientes que en un día de sol te dejan ciego si los miras fijamente y… «*¡cázpita!*» ¡gafas oscuras!... Pero… QUÉ problema (se preguntaba Martí a menudo) tenía todo el mundo con lo de las gafas oscuras siempre que se citaban con él.

Cuando llegó hasta ellos, sin preámbulos ni tonterías, corrió una silla y se sentó enfrente de ambos (sobre la mesa: dos cortados, un cenicero de barro a rebosar de ceniza y servilletas de papel «gràcies per la seva visita») y aguardó unos instantes antes de empezar a hablar. Enfrente suyo y a su derecha un hombre de unos ochenta años con aspecto de gozar de muy buena salud, con algunas manchas en la piel y una frondosa melena blanca que seguramente no permitía ponerse el casco de una moto; *rólex* de oro, pulseras de oro y un diente de oro que vislumbró cuando igual que si fuera un lobo de repente le enseñó los dientes. El otro (enfrente suyo y a su izquierda) tendría, dilucidó Martí, treinta y tantos, y a diferencia del que a todas luces era su jefe seguramente su sueldo no le daba para un rólex, pero sí para un *notifixis* de plata satinado, volver a llevar al sastre el traje que se compró para su primera puesta de largo, una corbata de la semana fantástica del *cortinglés* y para estirar la misma

camisa (dándole al *roll-on*) durante al menos tres días seguidos.

Martí tenía claro con cuál de los dos tenía que hablar, así que se dirigió al hombre del *rólex* y pronunció:

—¿Zeñor… —dejando su pregunta suspendida entre el aire y el humo del tabaco que llenaba el lugar.

—Discúlpeme, pero no puedo darle mi nombre —dejó claro de inmediato el hombre de la frondosa melena con un grave tono de voz y una advertencia implícita acompañando cada una de sus palabras.

—Comprendo —asintió Martí— ¿Puede, no obztante, darme un nombre, el que… zea?... Zi voy a trabajar para uzté tendré que dirigirme a uzté de alguna manera.

—No —respondió aquel con rotundidad— No creo que nuestra relación vaya a prolongarse mucho. Llámeme como quiera.

Martí hizo un gesto de negación con la cabeza al tiempo que metía la mano en el bolsillo interior de su americana. Entonces el hombre del *notifixis* se estremeció, hasta que Martí sacó sus cigarrillos, un mechero y una sonrisa socarrona que traía escrito a letra por diente «*¡vaya zuzto!… ¡¿eh?!…*».

Pero lo dejó estar y volvió al otro, al del *rólex*, pues estaba claro que era aquél el que cortaba el bacalao:

—No puedo llamarle «como quiera» Ezo… Ez… Ridículo —le dijo Martí al tiempo que se llevaba un cigarrillo a la boca, lo besaba y lo encendía con sumo cuidado— *Buenaz tardez «como quiera». El trabajo eztá hecho «como quiera». Ezte ez mi número de cuenta «como quiera»…* Ridículo —se ratificó, y después de eso dio una calada.

—¿Me está vacilando?... —le preguntó su cliente entonces, incrédulo, llevando sus pobladas cejas blancas casi hasta la raíz de su melena de león albino— ¿Cree que soy idiota?...

—Lo ziento, eze nombre tampoco vale —otra calada, una cortina de humo, una mirada rasgada…— ¡Vamoz hombre! ¡Ezta ez zu oportunidad de zer quien uzté quiera! —sonrió divertido— ¿Quién le apeteze zer?... ¿Eztalone?... —y se cuadró— ¿Mezi?... ¿Julio Igleziaz?... —y abrió bien los ojos— ¡¿Quién?!...

—El puto *oso yogui*… ¡Joder! —sentenció por fin el oso yogui con una ruidosa palmada sobre la mesa que hizo que el viejo que tocaba la

guitarra perdiese un par de acordes.

—¿En zerio?...

—Sí. En serio.

—Vaya… —exclamó Martí escupiendo humo por la nariz— Ezta ez la primera vez que tengo a un dibujo animado como cliente. ¿Ezo?… —y entonces desvió la mirada al otro (el del *notifixis*) quien aún no había abierto la boca— Ezo quiere dezir que uzté ez… ¿*Bubú*?…

—Por ejemplo... Sí… —dijo por todo decir *bubú*.

¡Lechez!

—Vayamos al grano. Señores. Por favor… —pronunció entonces, solicito, el *oso yogui*— No tenemos mucho tiempo. Me están esperando —y dicho esto sacó una fotografía de un bolsillo interior de su largo chaquetón, después un sobre, y plantó ambos sobre la mesa enfrente de Martí.

Martí contempló la fotografía con detenimiento, como si tratase de reconocer en quien aparecía en ella algún rasgo que le dijera de quién se trataba, pero sólo se trataba de un japonés con traje y corbata con cara de haberse chupado un limón.

—¿Ez «ÉL»?... —les preguntó al cabo.

—Claro que es «ÉL» —pronunció el *oso yogui*, y dudó un instante… hasta que decidió preguntarle, al cabo:— ¿Para qué?… Joder… ¿Para qué coño iba a enseñarle una fotografía de otro hombre que no fuera... «ÉL»?...

—Podría zer zu padre… —alegó Martí de inmediato— Zu hermano… —arqueó una ceja— O zu tío.

—Y… —titubeó de nuevo el *oso yogui*— ¿Para qué iba a darle una fotografía de su padre, de su hermano o de su tío?...

—Tal vez quizieze que primero liquidaze a zu padre,… a zu hermano… —y arqueó de nuevo una ceja— O a zu tío —apuntó.

—No —dijo esta vez con determinación el *oso yogui*— No quiero que liquide ni a su padre, ni a su hermano, ni tampoco a su tío… Sólo a «ÉL»…

—Entoncez… —dilucidó Martí— Ez «ÉL»

—Sí… —corroboró el *oso yogui*— Sí, joder, sí… Es «ÉL»

—Bien.

—Bien…

—Y, cómo lo reconozeré… —preguntó Martí a continuación.

—Acabo de darle una fotografía suya…

—No me faztidie, ¿vale? —lo señaló Martí en tanto que apagaba la colilla de su cigarrillo entre la ceniza del cenicero en el centro de la mesa y se llevaba otro a los labios, lo encendía, de nuevo con sumo cuidado (como si realmente existiese una técnica para algo así) y añadía…— Todoz loz japonezez ze parezen una barbaridad.

—Bu… Bueno... —intervino entonces *bubú* inesperadamente para los otros dos— Éste, éste japonés… —apuntó— Éste concretamente… Tiene una verruga, aquí… —señaló con el dedo sobre la fotografía— Aquí… ¿La ve?… Aquí.

—Vaya… ¿Ezo ez una verruga?... —inquirió Martí nuevamente mientras el humo de la primera calada de su segundo cigarrillo le salía por la nariz, al tiempo que intentaba limpiar con las yemas de los dedos lo que había pensado que podría ser una fea mancha de a saber qué sobre la fotografía.

—Sí… —afirmó *bubú*— Sí.

—¡Recórcholiz! —no pudo evitar opinar Martí— ¡Menudo verrugón!

—Sí… Recorcho…eso… Sí… Menudo verrugón —le dio la razón *bubú*.

—¿Tieeene alguna otra duda? —solicitó impaciente entonces el *oso yogui*.

—Zí —continuó Martí— ¿Cómo quiere que lo haga?

—Que cómo quiero que lo haga…

—Zí. ¿Cómo quiere que lo haga?

—Y… ¿Qué coño más da eso?…

—Claro que da —les explicó Martí, y dio una calada— ¿Quieren que parezca un azzidente?... —otra calada— ¿Qué la gente zepa que lo han matado?... —y otra calada más— Qué… Cómo… —les pidió, y un telón de humo ascendió desde las comisuras de sus labios ocultándole por un

segundo el rostro.

—Quiero que se cargue a ese tío… —le dijo el *oso yogui* entonces quien parecía que empezaba a perder la paciencia— Y me da igual cómo COÑO lo haga.

—No. No da igual —insistió Martí a este respecto, y expulsó de nuevo el humo por la nariz— Zi ze eztuviera conztruyendo una caza… ¡En zerio!… Zi ze eztuviera conztruyendo una caza… ¿Uzted le diría a zu arquitecto que le da igual cómo ze la haga?... —y entonces arqueó las cejas, como si esperase una respuesta que en realidad no esperaba, y antes de que ninguno de los dos tuviese tiempo de responder a esto… continuó— Zi ze encarga un coche… ¿Le daría igual el color y loz extraz que le pongan?... —realmente aquél era un punto al que Martí siempre daba importancia— En zerio ¿Le daría igual?... ¿Y zi ze lo entregan de color roza y zin elevalunaz eléctrico? ¿De verdad le daría lo mizmo?...

—¡PÉGUELE UN TIRO! —lo interrumpió de repente el oso yogui dando otra fuerte palmada sobre la mesa— ¡Joder!...

Y el viejo de la guitarra perdió otro acorde, y los observó un instante antes de recordar que en bares como aquel no se observa a nadie.

—¡Oiga, no haze falta dezir tantoz tacoz! —lo señaló Martí con los dedos con que sostenía el cigarro y el humo representando formas grises en movimiento entre los dos— ¡Caray!... Penzaba que loz hombrez de zu edad no dezían tacoz…

—¿Me está llamando viejo... —afirmó-preguntó al mismo tiempo el *oso yogui*.

—Entrado en añoz —aclaró Martí.

—Bien.

—Bien.

—…Bien —añadió *bubú*.

—¿Quiere que le pegue un tiro en la cabeza?... —inquirió Martí, para terminar— ¿En la nuca? ¿En el pecho?... Dónde…

—¡En los cojones!

—…¡¿En loz cojonez?! —repitió Martí completamente anonadado esta vez mientras escupía el humo de su última calada acompañado por su exhalación de asombro— ¡¿En loz cojonez?! ¡¿En zerio?!… —otra vez— Qué curiozo —apuntó finalmente mientras apagaba la colilla de su último

cigarrillo de aquella mañana.

Por un momento el oso yogui se recordó que estaba tratando con un asesino, un asesino que lo estaba sacando de quicio, sí, pero un asesino a fin de cuentas («*un tío que lleva una pipa y que mata gente*»), por lo que se dijo que tal vez debería disculparse, así que cambió de tono y le dijo…:

—Sí… Primero en los cojones,... y luego en la cabeza. En ese sobre… —añadió de repente (antes de que Martí tuviera tiempo de interpelar con cualquier otra absurda pregunta), y entonces señaló el sobre encima de la mesa que había sacado junto con la fotografía de uno de los bolsillos de su chaquetón, queriendo así correr un (es)tupido velo delante de su reciente «*en los cojones*» dirigido a un «*tío que lleva una pipa y que mata gente*»— En ese sobre… Ahí… Ahí tiene todo lo que necesita saber.

—Bien. Eztá bien —terminó Martí algo fascinado por aquella petición (*¡primero en loz cojonez y luego en la cabeza!*), pues en toda su carrera como profesional jamás le habían pedido nada parecido (y eso, se dijo, que había atendido a peticiones realmente fuera de lo común).

Así las cosas Martí recogió la foto sobre la mesa, después el sobre, se guardó ambos en el bolsillo interior de su americana, se puso en pie y se dispuso a marcharse.

—Recibirá el resto cuando hablen de nuestro hombre en los periódicos —terminó deseando terminar (¡por favor!) el *oso yogui*.

—Zeñorez… —se despidió de ellos con un gesto de asentimiento, y sin más dilación abandonó el lugar al compás de las cuerdas de una guitarra de un viejo que ya no mira a nadie.

.
.
.

—¿De dónde COÑO has sacado tú a ese idiota?… —le preguntó al cabo de un buen rato el *oso yogui* a *bubú*.

—Dicen… Dicen que es el mejor —argumentó (aunque con serias dudas entonces) *bubú*.

—¿¡Ah, sí?! Y quién coño lo dice… —inquirió de nuevo el *oso yogui*— ¿Su padre, su hermano o su tío?... —y un largo mechón blanco de su frondosa mata de pelo le calló sobre la frente, le temblaban las manos— ¡Joder!

Capítulo 3

Tián
21 de octubre (20:05)

A Tián no le gustaba el wratsburg, detestaba el wratsburg y todo lo que terminaba en «…burg» ¡Y la cerveza le hinchaba la barriga como un globo y le provocaba aerofagia! Pero parecía que en Colonia sólo servían salchichas y cerveza en todas partes.

Llevo dos días en Alemania y ya estoy hasta los huevos de Alemania.

En su hotel, en la Wallrafplatz, le contaron que durante la segunda guerra mundial la *Dom* (la catedral de Colonia, la cual Tián contempló pensando de ésta que no era si no «otra iglesia más») fue enteramente cubierta por sacos de arena para protegerla de los bombardeos (quien le soltó semejante alarde de conocimiento de la historia de Alemania en tiempos de la guerra parecía fascinado, Tián… no; así que recogió sus maletas, se apiadó de él por parecerle, tal cual le dijo, «*un pringao*», y lo dejó ahí). Aquel día el cielo vestía de gris y de tanto en tanto dejaba caer cuatro gotas moteando las calles y aceras de la ciudad engalanándola con pequeños topos de su mismo tono grisáceo, hacía un frío de narices y había mimos («*mimos gilipollas*» como a menudo se refería a ellos) en todas las esquinas que cruzaba; mimos gilipollas de esos que te cortan el paso, con la boca así «O» igual que si estuvieran flipados por a saber qué y que hacen como si tuvieran un cristal delante suyo, algo que a Tián sacaba especialmente de quicio [por lo que sin ningún cuidado («*¡pero si no hay ningún cristal, joder!...*» pensaba Tián cuando de repente el mimo pasaba de «O» a «OOO») él atravesaba su cristal imaginario y seguía su camino].

Llevo dos días en Alemania y ya estoy hasta los huevos de Alemania.

…Y se refugió el resto del día en la habitación de su hotel.

Lo único que lo sacó de su ensimismamiento aquella tarde, mientras permanecía tumbado sobre la cama del hotel observando anonadado el techo, fue la *cancioncita de las pelotas* (como siempre se refería a ésta, y no es que ésta hablase de pelotas, ni se trataba tampoco de ningún himno de ningún equipo de fútbol; a Tián no le gustaba el fútbol, ningún deporte de echo). La *cancioncita de las pelotas* sonaba siempre que lo llaman al

móvil, esa absurda melodía que el pocasluces de el Miralles (en lo que éste creyó un derroche de agudeza y originalidad) le pasó durante la última reunión de antiguos alumnos a la que Tián acudió sólo para vanagloriarse de sus éxitos con los fracasados (*además de gilipuertas*) de sus ex compañeros; la *cancioncita de las pelotas* que ahora no había manera de eliminar de su teléfono.

Así que se incorporó, lentamente, ladró «¡puta melodía!», se levantó, cogió el teléfono y contestó:

…

—Sí.

—¿Tián?...

—Hola, Paula, guapísima. ¿Por qué no me has llamado hasta ahora?...

—¿Por qué no me has llamado tú?...

—No he podido —porque no había podido, claro.

—Pues yo tampoco he podido. Y te acabo de llamar, ¿no?... Ahora.

—Ya, pero «ahora» Y… ¿Antes de «ahora»?...

…

—Dejémoslo.

—Dejémoslo.

—¿Qué tal tu vuelo?...

—Un asco.

—¿Por qué será que viniendo de ti no me extraña? Y ¿la reunión?...

—Otro asco.

—¿Qué ha pasado?...

—Quieren cambiarle los nombres a mis personajes.

—Y... ¿Qué más da?...

—Paula, cariño… ¡Claro que da! Son mis personajes. ¿Qué derecho tienen

ellos a cambiarles los nombres?...

—Bueno, ellos son los editores ¿no? Y tengo entendido, según me ha contado un escritor guapísimo que vive conmigo, que son una editorial muy, muy, muy importante.

—Sí, Paula, son los editores, pero eso no les da derecho.

Paula reía al otro lado de la línea.

¿Por qué será que me soporta?...

Ella reía y Tián suspiraba porque ella reía.

—No pienso discutir contigo por algo así.

—No. Claro que no.

—¿Cuándo vuelves?...

—Mañana. A las tres y cuarto. ¿Vendrás a recogerme?...

—Mañana estaré reunida todo el día. Creo que ya te lo dije...

—Sí, sí,… joder… Es verdad, lo había olvidado. Con los del bufete, ya… —la interrumpió— Me acuerdo, sí —entonces su móvil vibró y miró la pantalla: Ricky— Oye Paula cariño te llamo luego, ¿vale?... Me está llamando Ricky para lo de los alemanes estos...

—Claro. Ya hablamos luego. Un beso. Te quiero.

—Te quiero.

...

—¿Ricky?...

—Tián... Dime, ¿cómo ha ido la reunión?...

—Un asco.

—¿Por qué será que viniendo de ti no me extraña?...

—¡Joder!… Paula me ha dicho lo mismo. Oye… ¿No estarás liado con ella, o algo así?...

—¿Por qué no te vas a la mierda, o algo así?

—Claro. En cuanto vuelva a Barcelona.

—Cuéntame lo de la reunión...

—Quieren cambiarle los nombres a mis personajes.

—¿Y?...

—¿Cómo que «y»?...

—Tián, Tío... No seas capullo, ¿quieres?... Qué coño más da...

—Quieren llamar a Bea... «Agneta» y a Pancho... «Egmont» Y no quieras saber cómo cojones quieren llamar al pájaro carpintero que si no tiene nombre es por algo, ¡joder! Oye, estos tíos publicarán un huevo de cuentos pero no tienen puta idea de lo qué es una moraleja —también Ricky se rio de él. «*¡Será mamón!*»— ¡¿Te estás riendo?! Joder, te estás riendo. ¡No puedo creer que te estés riendo! Te estás riendo…

—Perdona.

—Sí, sí… Perdona, claro. Pero qué jodido.

—Oye… ¡Deja que te de buenas noticias!… —le soltó Ricky de repente, de forma que cualquiera al otro lado del auricular pudiera imaginárselo repantigado sobre el sofá con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Buenas noticias!... Joder, ya ni me acuerdo de lo que es eso.

—¡Agárrate!

—No seas capullo y suéltalo ya —le pidió Tián mientras se sentaba a los pies de la cama, se descalzaba y se encendía un minidavidoff.

—¡Televisión Española está interesada en tus personajes!

—…¿Cómo?

—Oye, últimamente te cuesta encajar las noticias.

—¿De verdad?...

—¡De verdad!

—Joder… —se puso en pie otra vez.

—¡Quieren hacer una serie de televisión!

—Y... Tú crees… ¿Qué eso es buena idea?... —inquirió Tián, dubitativo.

—¡Pues claro que sí!… ¡Tián!… —y entonces se lo imaginó de pie, frente a la ventana de su oficina y con la sonrisa colgando ahora de las comisuras de sus labios— *¿Sabes los beneficios que esto te reportará?... Si la serie cala, y lo hará, porque todos los niños adoran tus condenados personajes… ¡Nos vamos a forrar! Piensa…* —le dijo— *Piensa… ¡¿Quién coño daba un duro por los teletubis?!... ¡¿Eh?!... ¡En serio!… ¡¿Los has visto alguna vez?!... Pues el tinquipinqui ese… Jooooder… ¡Ese es el puto amo!... ¡¿Y el pocollo?! ¡El pocollo ese está montado en el dólar! ¡Y ni siquiera habla el muy cabrón!...*

—¿Cómo coño sabes tú tantos de programas para críos?... —quiso saber Tián de repente.

—Tengo cuatro hijos, ¿recuerdas?... Me levanto con ben ten y me acuesto con jony bravo todos los putos días.

—No sabía que te fueran los tíos con nombre de macarra.

—¡Vamos, Tián, no me jodas!...

—De hecho no sabía que te fueran los tíos, pero oye… que me parece cojonudo, en serio. ¿Se lo has contado a Cris?...

—Tián… —le imploró esta vez.

…

—Quiero poner una condición —pidió Tián después de pensárselo un par de segundos, volviendo al tema.

—¡Lo que quieras!

—Quiero que se respete el mensaje de mis cuentos, mis moralejas… ¿Entiendes?... Son cuentos para niños, Ricky, y no quiero que mancillen mis personajes.

—¡Tranquilo! ¡Ya he cerrado el trato! —sonriente, otra vez, repantigado (otra vez) sobre el sofá— *De hecho quieren ser tan fieles a tus cuentos que piensan contratar a Iván.*

—¡¿A Iván?!... —se sorprendió Tián.

—Sí. A Iván. ¿Hay algún problema con eso?...

—Iván es un buen ilustrador, Ricky, pero necesita una semana entera para terminar una puta ilustración. Y un dibujo animado, joder... Un dibujo animado necesita al menos un centenar de ilustraciones para tirarse un pedo.

—Bueno… —se despreocupó Ricky— *Eso a nosotros no nos atañe. Tián, sólo piensa en la cantidad de niñas que querrán para Navidad una muñeca Bea que diga cualquier gilipollez cuando le aprieten la barriga. ¡Joder!* —rio (de nuevo repantigado sobre el sofá, de pie frente a la ventana de su oficina o en alguna postura irreverente)— *¡Nos vamos a forrar con el puto merchandising!*

—Bueno… Supongo que sí es una buena noticia.

—¡¿Lo supones?! ¡¿Cómo que lo supones?!... ¡Pero que mamón!

—Mejor me cuentas mañana los detalles. ¿Por qué no nos vemos en el *Zúrich*?... Y así nos tomamos un café de verdad, en serio, que estoy hasta los huevos del café de aquí, y…

—…Mañana —lo interrumpió Ricky en un momento.

—Mañana. Sí. A las tres y cuarto estoy ahí. Puedes venir a recogerme, ¿no?...

—Pues no.

—¿Cómo? ¿Tú tampoco?... No me fastidies, Ricky, vamos… Ya sabes cuánto detesto tener que coger un chino.

—No puedo.

—No puedes.

—No puedo.

—Y por qué no puedes, si puede saberse…

—No puedo… porque he anulado tu vuelo.

Un segundo de silencio, dos, tres…

Nada.

Cuatro… Cinco… Seis…

…Joder.

—¿Que has hecho qué?...

—He anulado tu vuelo.

—Ricky... —entonces Tián se sentó otra vez a los pies de la cama y se llevó una mano a la cabeza, y se otorgó un par de segundos más: uno, dos, y…— Ricky... ¿Ya te he dicho que estoy teniendo un mal día?...

—¿Cuándo no tienes tú un mal día?...

—Y... ¿Puede saberse por qué has anulado mi vuelo?...

—Bueno. De hecho no lo he anulado. Lo he cambiado.

—Ah... —*¡QUE GUAY!*— Lo has cambiado —repitió con punta— Pues que bien, ¿no?... Y ¿adónde se supone que me voy, Ricky?...

—Vuelas mañana, pero no a Barcelona… Te… Te vas… a… Japón, a Kyoto. También te he sacado un billete para el tren bala que te llevará hasta Tokio. Los tienes en la recepción del hotel.

—No.

—No… Qué...

—No sé.

—No sabes… Qué...

—Ricky... ¿Es que te he hecho alguna putada en el pasado o algo por el estilo?... De verdad, porque si es así no lo recuerdo.

—No, a mí no.

—Y… ¿Qué esperas que le diga a Paula, Ricky?... ¿«¡Cariño! Me voy a Japón a buscar a Daniel san que es mi nuevo hijo, que por cierto se me había pasado comentártelo. Prepara un poco de sushi para cuando volvamos y sonríe, tonta, que ya eres mamá»?...

—Tu vuelo es a las ocho, Tián. Y se llama Katsuhiro.

Capítulo 4

Jose (sin acento en la «e»)
21 de octubre (21:00)

Jose acababa de cumplir los veintiuno, era alto, de complexión atlética, pelo negro y ojos verdes, le gustaba el deporte (cualquier deporte, porque los practicaba todos) y aparte de eso le gustaba leer, ir al cine y cualquier tipo de actividad al aire libre, era amigo de sus amigos, soñador y romántico…

O por lo menos así era como se describía él en los catorce perfiles que tenía en internet.

Jose… acababa de cumplir los veintisiete, media un metro sesenta y siete, le sobraban diez kilos, tenía el pelo (el que le quedaba) negro y los ojos verdes (eso sí), había conseguido el oro olímpico en el *olimpic games* de la *playstation* que también utilizaba para matar trolls y someter sistemas estelares enteros, una vez se leyó un libro (*El hobbit* con ilustraciones), se bajaba las películas de Internet y, sí, era soñador… Además de eso también era virgen y creía que si no solucionaba aquello sus hormonas, finalmente (de algún modo), acabarían con él.

«*Piensa en verde*» le había dicho en una ocasión un amigo, un tal amazingman (de Cuenca) al que conocía del chat.

amazingman dice:
la mente es una herramienta q t cagas tio
n serio
pero la gente no lo sabe
pq la gente no tiene putaidea d stas cosas
sabias q el ser humano utiliza solo el 10% d su capacidad mental???

jose83 dice:
me tomas el pelo :L
y q hacemos con el otro 90??????????

amazingman dice:
pajas!
juasjuasjjuas

jose83 dice:
jajjaja

amazingman dice:
JUAS!

amazingman dice:
XD

amazingman dice:
en serio tio
la mente canaliza tus deseos y ejerce una presion d la leche sobre ellos
lo lei en algun sitio no se
piensa en positivo y las cosas te iran bien
ya sabes piensa en verde y tal vez algun dia te desvirgen!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

jose83 dice:
muy gracioso ¬¬
tu piensas en verde???

amazingman dice:
juas! todo el dia
yo lo veo todo verde :D
como si estuviera en matrix!!!
joder tio con la concentracion necesaria se pueden hasta mover objetos

jose83 dice:
como es eso O.O
como los caballeros jedi???

amazingman dice:
justo
como los putos jedi!!!
piensa en verde ponte las pilas y ves a buscar a la luna esa ya!!!!

jose83 dice:
q dices tio

jose83 dice:
q esta en el puto japon :L

amazingman dice:
y q

jose83 dice:
lo dices en serio?

amazingman dice:
comprate un billete y vete
pero eso si

no t vayas si antes no empiezas a pensar en verde ;)

Piensa en verde.

Piensa en verde.

En verde…

Eso fue hace dos días.

—Mamá, me voy a Japón :D

—¿Qué?...

—Mamá… Me voy a Japón ¬¬

—Eso ya lo he oído.

—Entonces ¿por qué me preguntas «qué»?...

A la madre de Jose ya no le sorprendían las absurdas ideas de su hijo, pero por absurdas que le parecieran… en su deber materno no podía pasarlas por alto y se veía obligada a cuestionárselas (ya que a fin de cuentas era su hijo).

—Está bien —le dijo entonces— Te haré otra pregunta. POR QUÉ… te ibas a ir a Japón.

—No me iba a ir, me voy a ir… —dilucidó Jose «*y no me cambies los tiempos, ¡joder!*»

«*Es por la japonesa esa*» *se dijo enseguida su madre «¿no?...*»

—Es por la japonesa esa, ¿no?...

—Mamá, tu poder de deducción es acojonante :S

—Pepito, cariño…

—Mamá, me llamo Jose, joder… Deja ya de llamarme como al tío Pepito, coño, que ya no soy ningún niño -.-'

—Claro, mi niño, perdona —no tardó en disculparse— Joselito, cariño,

¿por qué?…

—Jose, joder mamá… Jose.

—José cariño…

—Jose mamá Jose, ¡sin acento en la «e» coño! >_<

—Está bien, Josesinacentoenlaécoño… ¿Por qué?... ¡Si sólo la conoces del chat ese!

—Por eso precisamente, mamá, porque sólo la conozco del «chat ese», y quiero… conocerla de verdad.

—Lo siento, no me vale.

—¿Qué?...

—Que no me vale —dijo otra vez— Eso no es un «por qué», es una mieeerda de «por qué», en serio, no vale como «por qué», lo siento… ¿No tienes un amigo de Cuenca al que también conoces del chat ese? ¿Por qué no te vas a Cuenca?...

—No es lo mismo… —*¡No es lo mismo… Joder!*

—¿Por qué?...

¡¿Por qué?!...
¡Yo te diré por qué!
Porque desde que la conozco voy cachondo que te cagas y si hace falta irse a Japón para echar un polvo… ¡Pues se va a Japón, joder! ¡Que aquí no hay manera!
¡¿Por qué?!...
¡Porque me pone tan cachondo que cada vez que los cinco van a ver al calvo, lo hacen con un manga debajo del brazo!
¡¿Por qué?!...
¡Porque ya no puedo ni ver goku o ir a comer a un japo con mis amigos sin que en el restaurante se crean que les he robado la katana que tienen de exposición y que me la llevo metida en los pantalones!
¡¿Por qué?!... ¡¿Quieres saber por qué?...

—Por qué. En serio, dime por qué.

—Porque… La quiero… :/

—Porque la quieres —repitió su madre de forma que semejante afirmación

pareciese la más absurda del mundo.

—Sí. Eso es. Porque la quiero. La quiero. La quiero un montón. Por eso. Sí…

—Pues búscate una japonesa aquí —se le ocurrió a su madre entonces— José, cariño…

—Jose, sin acento —la corrigió de nuevo— Por favor… ¬¬

—Josesinacento, cariño, si todas son iguales. Si te traigo a la Llolis, la hija de los Ashikaga, y te digo que es… ¿Cómo se llamaba?...

A Jose le alucinaba que nadie pudiera apedillarse «Ashikaga», porque con cualquier nombre de pila delante aquello sonaba fatal.

—*Luna* ^^

—*Luna*. Y te digo que es la *luna* esa… ¡Ni te enteras!…

—Maaa-maaá… —*¡la Llolis!*— Pero si la Llolis pesa doscientos kilos, mamá… O.O ¡Joder, que la Llolis es de *Mordor*!

—¿Qué es de qué?... Oye conmigo no hables friki que no te entiendo, ¿quieres?...

—Es un puta nave nodriza.

—Ahora se ha adelgazado —*¡y está hecha un figurín!*— ¡Está así! —le dijo su madre entonces mostrándole su dedo meñique.

…

—Oh, sí… Ahora pesa ciento noventa y nueve :/ —pronunció Jose a quien casi se le escapa la risa «*¡Joder! ¡¿Me tomas el pelo o qué?! ¡Que me queda poco, no te pases!*»— Vamos, papá es gallego, ¿no?… —se le ocurrió entonces— Dime… Si te trajese a otro gallego que se le pareciera… ¡Joder! ¿Te ibas a quedar tal cuál?...

—De hecho lo que tu padre es… es gilipollas, y si me trajeras a otro ya lo creo que me lo quedaría, pero por favor, cariño,… que no se le parezca.

—Mamá… O.ó

—Pepito…

—Mamá… Me voy a Japón.

—Vaya… —se dio por fin por vencida su madre— Ahora sí que ya no tengo dudas que eres hijo de tu padre.

Capítulo 5

Japan Airlines vuelo JAL7401
con destino al Aeropuerto
Internacional de Kansai

22 de octubre (08:05)

Maca

Se había sacado el título de TCP (Técnico Cabina Pasajeros) y odiaba que la llamasen «azafata»

Azafata. Joder…

Pero Maca siempre tenía una sonrisa para todos aquellos «azafata, por favor…», «señorita, por favor…» o «señorita azafata, por favor… ¿puede traerme un vaso de agua?»

Un vaso de agua, un café, un café con hielo…

«Un güisquete guapa»… ¡Y después de eso un guiño!

¡Joder, que un avión no es un bar!

En ocasiones los pax (como se referían a los pasajeros los TCP) podían resultar irritantes.

Entonces un *¡dong!* indicó a los pax que ya podían desabrocharse los cinturones de seguridad.

…Y de repente medio avión se puso en pie.

¡Y la mitad formaba ya fila enfrente del baño!

Coño… Que ya somos adultos. ¡Qué gente!

Pero Maca se dijo que ningún pax conseguiría sacarla de sus casillas aquel día, porque (aquel día) se sentía como hacía mucho no había vuelto a sentirse, como hasta la noche anterior ignoraba si algún día volvería a sentirse… Se sentía BIEN. Entonces pensó que se sentía como la protagonista de uno de esos anuncios de compresas que a una le hacen creer que tener la regla es mejor que tener un orgasmo, y no pudo evitar reírse (risita que ocultó rápidamente colocándose la mano delante de la boca en cuanto se topó con uno de esos pax observándola con ojos de

rana salida).

Tián:

Odio volar.

Contaba con ir a Colonia y volver cuanto antes a Barcelona, pero el «bueno» de Ricky lo envió a Japón (*¡y en un vuelo con escala en Barcelona!*).

¡Maaanda huevos! Pasando por casa… ¡pero sin pasar por la casilla de salida!

Pero antes de despegar del Aeropuerto de Barcelona (*¡de Barcelona! ¡Estando a tan sólo unos pocos kilómetros de casa! ¡Ricky, cabrón!...*) ya se dijo que no se bajaría del avión (¡no!), porque podía ser muy capullo (¡sí!) pero no se bajaría (¡no!).

¡Pues claro que no!

«*¡¿Quieres que vaya a recoger al crío, Ricky?! ¡De verdad te crees que soy un irresponsable! ¡¿Verdad?!...*» ¡Pues no! ¡Joder, NO! ¡Seguiría adelante! ¡A Japón! ¡Al puto Japón! ¡Claro que SÍ!

Un vuelo de un huevo de horas en un asiento pequeño, incómodo y con un tío enorme (*¡qué cojones… gordo!*) a su lado. Tián no tenía nada en contra de los gordos («*de hecho cuando yo era un crío…*» se dijo «*era un puñetero mamut*») pero es que aquél además de gordo olía mal (muy mal… ¡Peor que mal!).

Puso los ojos en blanco, suspiró con resignación y murmuró «¡putada!».

Y encima no se había traído su ordenador (¿por qué?... ¡Pues porque ya debería estar en casa!) y aquello lo crispaba, porque no era uno de esos escritores que llevan siempre consigo una libreta y un *pilot*, y la revista esa que uno se encuentra en el respaldo del asiento de delante (normalmente hecha una mierda y con los sudokus ya resueltos) a aquellas alturas se la sabía ya de memoria.

Odio perder el tiempo.

Aunque por otro lado, se dijo, ahora disponía de un montón de horas para ir haciéndose a la idea de que tenía un hijo; un hijo, se dijo (otra vez, por enésima vez), un hijo al que no podía evitar imaginarse con su misma

cara de capullo y los ojos achinados.

Tián, tienes un hijo.
Joder... ¡Y ya tiene ocho años!

Entonces se acordó de su madre, un recuerdo que su inconsciente subconsciente había intentado evitar durante los últimos tres días, cosa que al parecer no conseguía.

—Ariasu… —se sorprendió pronunciando su nombre en alto.

Y se preguntó qué le habría ocurrido. Ricky no le dijo nada de eso y Tián prefirió no preguntar, aunque conociéndolo seguro que lo sabía.

Se preguntó por qué ella nunca le dijo nada, nada en ocho años…

Joder… Nada en ocho condenados años…

Y si hubiese muerto él antes que ella, se preguntó entonces,… ¿hubiera muerto ignorante de que tenía un hijo?

Odio los aviones.

Martí:

Sin duda aquél tenía que ser su último trabajo.

Dezpuéz de ezto me retiro.
Zeguro.
¡Ya lo creo que zí!
¡Zeguro, zeguro! ¡Zegurízimo!... ¿Zeguro?…
Oooh… ¡Rayoz!

¡¿Pero a quién creía que pretendía engañar?! Llevaba toooda una vida cumpliendo últimos trabajos:

«Ézte ez el último», «ézte y me retiro», «dezpuéz de ézte a tomar por zaco»…

—¿A quién pretendo engañar?… —se escuchó quejándose a sí mismo por enésima vez en su vida.

Antes de embarcar había conseguido que la niña que le había facturado el equipaje (*porque de «chica» nada. ¡Rayoz! ¿Cuántoz añoz tendría?... ¿Diezinueve, veinte?...*) le diera un asiento junto a la salida de emergencia donde por lo menos ahora podía estirarse cómodamente y descansar dada

la cantidad de horas que iba a pasarse en el aire. Se hacía mayor, se dijo mientras se ponía cómodo y entrecerraba los ojos, pero al parecer las mujeres (*¡incluzo laz niñaz!*) seguían quedándose colgadas de su mirada de perro y barba de tres días (pensamiento éste por el que sin darse cuenta sonrió socarronamente).

…

—¿Es la primera vez que vuela Japón?... —escuchó entonces, de repente.

Quién… ¿Qué?... ¡Caray!... ¿Ze puede volar Japón? ¿Entero?... ¡Caracolez!... Y i¿máz de una vez?!...

—Me llamo Frederick Friedman —le dijo con acento alemán, al cabo, el hombre que tenía sentado a su lado (un hombre sonriente, un hombre y una sonrisa).

Martí se lo quedó mirando un instante.

—Martí Martín —se presentó también.

—Éste es Conde de Northwood —le dijo Friedman seguidamente.

—¿Quién?... —le preguntó Martí.

Entonces Friedman le señaló la urna que llevaba entre las manos (lo que Martí había pensado que era uno de esos botijos horteras comprados en un todo a cien recuerdo de su visita a Barcelona).

No era un botijo. Era una urna.

—Mi perro… —pronunció Friedman al cabo— Lo adquirí en Japón, creo es justo que regrese a país de origen para descansar finalmente.

—Claro —asintió Martí perplejo— Eztoy zeguro de que ezo ez algo que debía quitarle el zueño al pobre… conde de notgut —y añadió sin disimular su sarcasmo— Vaya… Zi ze va a Japón porque ze le ha muerto el perro, me preguntó a dónde ze irá cuando ze le muera la mujer.

—¿Usted nunca ha tenido una perro?... —le preguntó Friedman, algo ofuscado de pronto, pues a pesar de no conocer bien el idioma no había pasado por alto la ironía de sus palabras— No tiene idea de cuánta cariño que les puede conseguir coger.

—Una vez tuve un perro, zí —le respondió Martí evocando años pasados que de repente se le antojaron siglos enteros.

—¿Cómo se llamaba?... —le preguntó Friedman unos segundos después, de nuevo complaciente.

—Martí —le respondió Martí— Me llamaba y me zigo llamando Martí, ze lo he dicho haze un rato.

—El perro… —le aclaró Friedman— Me refería al perro, su perro…

—Ah… El perro.

—El perro… —Friedman una vez más.

—El perro… Perro.

—…¿El perro… Perro?... —repitió Friedman confuso.

—El perro ze llamaba «Perro»

—¿Su perro… se llamaba «Perro»?...

—Mi perro ze llamaba «Perro»

—¿Es que no tenía nombre el pobrecito?... —inquirió Friedman de nuevo pasados unos segundos.

—Zupongo que zí… —dilucidó Martí entonces—, pero nunca me lo dijo, azí que lo llamaba «Perro»

—Entiendo —asintió Friedman, meditabundo— ¿Acaso… se lo encontró? ¿No lo adquirió?...

Llegados a este punto Martí empezaba ya a estar algo harto del alemán, porque su primera idea de aquel viaje era echarse una larga cabezadita.

—No ze tome lo que voy a dezirle a mal zeñor… *—¿Cómo narizez ze llamaba el plazta ézte?…*

—Friedman —le respondió «el plasta éste» sonriente.

—Friedman —repitió Martí igualmente sonriente— Pero hablar de Perro me produze noztalgia, eztoy algo canzado y uzté ez baztante plazta, ¿zabe?… ¿Le importaría… que dejázemoz de hablar de perroz, de condez y de urnaz?...

—¿Plasta?... —repitió Friedman como si no entendiera.

Ya lo creo que lo ha entendido.

—Graziaz —le dijo Martí, y entonces empujó el respaldo de su asiento hacia atrás e intentó conciliar el sueño.

Tián:

Oprimió el botón sobre su cabeza para llamar a la azafata.

—Azafata por favor, un whiskey, doble. Gracias —…y una azafata con unas piernas larguísimas que no pudo evitar guardar en la carpeta «tías buenas» en el disco duro de su cerebro se alejó por el pasillo.

¡Joooder!…

Entonces el gordo que tenía al lado le miraba y sonreía, pero Tián no estaba de humor y además aquél tío olía fatal.

Ohhh… ¡Váyase a la mierda! Por favor, en serio. Y de paso cómprese un desodorante roll-on con extractos de algo y de no más de cien mililitros para que no se lo quiten antes de subir al avión (¡como han hecho conmigo!) y eficacia duradera. POR-FA-VOR.

¡Gracias!

«*Yo aquí incómodo con MI metro noventa de estatura…*» se dijo por no dejar de seguir quejándose por lo mismo, «*…¡Y en los asientos que dan a la salida de emergencia tres enanos que no tocan con los pies el suelo!*»

Aunque entonces se fijó en un tío bastante grande (tanto de hecho que parecía que viajaba empotrado en su asiento) que dormía al lado de un gilipollas que llevaba encima uno de esos botijos que valen veinte céntimos y que venden en los *todo a cien* como souvenir por diez euros.

Pobre imbécil…

—Su whiskey… —lo sorprendió entonces la azafata, acercándole el vaso que además contenía dos hielos de esos que nunca se derriten, una servilleta de papel con el logo de la aerolínea con la que volaba y una sonrisa de dientes de espuma.

—Oh… Mi whiskey. Gracias.

—¿Desea unos cacahuetes? ¿Alguna otra cosa?... —le ofreció la azafata a

continuación.

—Claro… —balbuceó Tián.

Pero qué maja…

Entonces le entregó una bolsita blanca con el logo de la aerolínea impresa a ambos lados y… un ticket (con el logo de la aerolínea impreso en la parte de atrás).

—Son cuatro con ochenta —dijo ella a continuación.

Después de emborracharme con tus enormes ojos castaños.
Qué ingenuo…

Pero le pagó (claro), porque, se dijo, llevaba pagando toda la puta vida, porque las cosas ya no eran como antes y los listos que tenía detrás se habían traído sus *tuperbares*.

¡Acojonante!

Al parecer el gordo que tenía al lado no quería nada, y Tián se dijo que mejor para él, que mejor para su bolsillo, que mejor para su colesterol que seguramente tenía por las nubes y que mejor para la báscula que debía tener en el baño y a la que castigaba todas las mañanas.

Se congració con él, y hasta le sonrió.

Pero cuando aquél vio que abría su bolsita de cacahuetes dirigió de nuevo su atención a Tián y le sonrió otra vez.

Mira qué simpático el cabrón…

No dejaba de sonreírle y Tián se preguntó si es que iban a pasarse lo que quedaba del viaje (lo que era bastante) sonriéndose como dos gilipollas.

Pero al rato, por fin, aquél alzó la mano uniendo su dedo índice con el pulgar y le dijo:

—Can I take one?...

Tián no pudo más que quedarse mirándolo durante un buen rato.

¡¿Qué?!...

—¡No! —le dijo entonces.

¡Ni de coña! ¡Vamos!
¡Pero qué gorrón el guiri!
¿Lo ha entendido?...
...Ya lo creo que lo ha entendido.

Tián no sabía mucho inglés, pero entendía que aquellos dos dedos tan unidos lo que querían era robarle un cacahuete, y aunque no dominaba el idioma estaba seguro de que «¡no!» era una palabra bastante internacional.

—Y una «chit» gordo cabrón —murmuró aún (porque sabía que «chit» en inglés significaba «mierda») antes de olvidarse definitivamente de aquel inglés o americano o lo que fuese de donde fuese que se hablaba inglés.

Tienes un hijo.
…Joder.
Tián… Tienes un hijo.
¡Joder! ¡Mierda! ¡Joder!

Jose:

Pensó que no decirle nada a luna de su pequeña [además de loca, inconsciente, arriesgada, ¿absurda?... «*no, qué cojones*», hilarante, totalmente improvisada, conflictiva (porque su madre jamás se lo iba a perdonar) y descabellada] aventura… le daría a aquello un toque de romanticismo (*¡peazo sorpresa!* □.□)que haría que el amor de su vida cayese rendida en sus brazos en cuanto le abriese la puerta de su casa estilo manga y clavase sus ojos rasgados en los suyos que entonces tendrían que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no se le resbalasen, cayesen y quedasen colgados fijos de su escote.

Pero ahora, habiendo despegado ya del Aeropuerto de Barcelona y con más de veinte horas de vuelo por delante… «*¡Mierda!*» Tal vez, se dijo, hubiera sido mejor comentárselo porque (y entonces un miedo atroz se apoderó de él y sintió un calor terrible que ascendía desde su abdomen y que llegaba hasta la punta de las raíces de su escaso pelo) corría el riesgo de llegar y que ella estuviera fuera, que se hubiese ido a pasar unos días con sus amigos o con sus padres o con sus amigos y los padres de sus amigos… Y entonces… ¡¿Qué iba él a hacer solo en Japón?!... :L

«*Pero si todas son iguales*» le vino de repente a la memoria las palabras de su madre.

Si llegaba a Japón y luna no estaba… se dijo entonces, ¿podría mirar de dar con otra a la que le gustase (*¡difícil!…* :S) y conseguir que lo

desvirgase antes de volver a Barcelona?

Bueno, se dijo, sí que era cierto que todas se parecían un montón :D

Maca:

Ninguno. Ningún pax conseguiría borrarle la sonrisa de los labios aquel día. Ni siquiera aquel que le había pedido un whiskey doble y que le había ofrecido unos cacahuetes y que a la hora de pagar se había hecho el sueco mientras, encima, no dejaba de mirarle las piernas.

Es este uniforme que nos ponen… ¡Joder!…

Y en aquel instante se oyó al comandante Castro al mando de la aeronave, hablando con su subcomandante (un tal Borja al que Maca no conocía muy bien aún pero que tenía loquita a la Vane que no había conseguido que la incluyeran en aquel vuelo).

Enseguida Maca se dio cuenta de que no se trataba de ningún enunciado, de que se había dejado la línea abierta. Entonces sus palabras le llegaron como empujadas por una brisa de aire inexistente a través de la cabina de los pasajeros para emborracharla de nuevo, como la noche anterior, con su tenue tono de voz que tanto la encandilaba. Y recordó sus brazos, enroscados a su cintura; la suavidad con que la tocaba, cada caricia, cada beso, cada gemido… Sus labios canallas pegados a su nuca, a sus costillas, a sus ingles. Sus profundos ojos negros (que tanto le recordaban a los del capitán Harlock, un pirata del espacio de una serie de dibujos japoneses de los ochenta del que se enamoró de niña). Rio… Y después pensó en su sonrisa satisfecha reflejada en sus pequeños y profundos iris oscuros...

…¡Y lo bien que le queda esa americana con hombreras que les ponen!

—Oh… Jordi, cariño… —murmuró, y suspiró, tanto por el error que cometía al dejarse el intercomunicador en abierto como por los dulces recuerdos de hacía sólo unas horas que su voz le traía.

Pues sabía que en lo que quedaba de vuelo (y eso que acababan de despegar) ya no podría evitar continuar pensando en sus recias piernas duras como barras de metal, en su espalda incapaz de cerrar en un abrazo, en su pecho (con airbag de piloto y de pasajero), en cómo la nuez de su cuello subía y bajaba rítmicamente con cada embestida, en cómo sus manos de delicados dedos acariciaban con exquisito cuidado sus…

Shrrr

—…domingas como campanas DE CAMPANARIO!

—¿Colgaban igual?

—¡Igual! Ding-dong… Ding-dong…

<Risas>

—¡Exageras!

—No, de verdad… ¡Uno de los mejores polvos de mi vida!

—Insisto, exageras.

—No. Lo digo en serio. Tendrías que haberla visto, cómo cabalgaba la muy… ¡Joder!… ¡Sólo le faltaban el sombrero de tejana y las botas con espuelas!

<Más risas>

—Tiene unas berzas de campeonato… ¡¿Eh?!...

—¡De escándalo! Ese uniforme que llevan no le hace justicia. ¡MENUDAS CANTIMPLORAS, Borja, tío! ¡Pero vaya par de GLOBOS!¡ En serio!…

—Eres un cabronazo.

—Soy un cabronazo.

—¿Te comportaste como un galán, supongo?...

—La verdad es que le mentí como un bellaco, lo reconozco.

—Eres un cabronazo.

—¡Y Maca una campeona! Joder… ¡Oh, joder! ¡Oye apaga eso ¿quier…

Shrrr

De repente Maca sintió todas las miradas clavadas en ella, clavadas en sus tetas como cantimploras y en la etiqueta con su nombre en el broche que llevaba en la solapa de la chaqueta en el que rezaba en letras mayúsculas «MACARENA»

«*Una campeona…*» se repitió para sus adentros «*¡UNA IMBÉCIL!*»

Ninguno. Ningún pax conseguiría borrarle la sonrisa de los labios aquel día.

Y así fue.

La sonrisa se la había quitado, de golpe, el comandante Castro, el mismo que con la suya se la había pintado en la cara hacía tan sólo unas horas.

—Soy una imbécil… ¡Joder!

Tián:

¡Como cantimploras!

Martí:

Como cantimploraz…

Friedman:

¿Como cantimploras?…

Jose:

¡Como CAN-TIM-PLO-RAS!… :F

Y notó que algo se movía y se apretaba en el interior de sus pantalones obligándole a cambiar de postura y a mirar ruborizado :$ a la octogenaria que tenía sentada a su lado.

Maca:

Horas más tarde aterrizaban por fin en el Aeropuerto Internacional de Kansai.

Los pax se despertaban, se desperezaban y se levantaban y ella les pedía que por favor siguieran sentados, y entonces se sentaban y suspiraban… Y aquel del whiskey doble murmuraba «*a la mierda*»

Entonces Maca se dirigió como siempre al intercomunicador, mientras el avión enfilaba a la zona de desembarco del muelle número cuatro.

Shrrr

—Señoras y señores, acabamos de aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Kansai. La hora local es las cuatro y treinta y dos minutos de la mañana, les informamos que hemos llegado con veinte minutos de adelanto. El comandante Castro quien, por cierto, tiene la polla como la de un niño de dos años y, tampoco, sabe hacer café… y el resto de su tripulación, les desean que hayan disfrutado del vuelo y esperan volver a verles muy pronto de nuevo a bordo, gracias.

Capítulo 6

Tián
23 de octubre (05:05)

—Welcome to the Kansai International Airport —era china, bueno japonesa (*porque quién los distingue*) y hablaba en inglés. Miraba a Tián y sonría todo el tiempo, y Tián estuvo a «esto» de preguntarle por qué coj... le sonría; sin embargo no lo hizo, y no por educación (porque a Tián, como tantas otras cosas, aquello le traía al fresco) sino porque la única pregunta que entonces le entraba en la cabeza era:

¿Qué. Coño. Estoy. Haciendo. Yo. Aquí?...

Por lo visto (había leído en la revista de la *Japan*, la misma de la que se quedó con ganas de resolver los sudokus que alguien ya había resuelto y que otro había pintarrajeado y vuelto a resolver encima con un boli de otro color), el Aeropuerto de Kansai, construido en una plataforma sobre el mar, sufrió un terremoto de la leche al que llamaron *kobe* (esto ocurrió en 1995) y cuyo epicentro estuvo a tan sólo veinte kilómetros (lo dicho « *¡de la leche!*»); sin embargo lo soportó sin demasiados inconvenientes pues cuando lo construyeron ya se esperaban que tarde o temprano (porque al parecer esto en Japón es bastante habitual) ocurriera algo así, y por lo tanto lo construyeron lo que se dice «bien» (B·I·E·N porque los japoneses, como todo el mundo sabe, lo hacen todo condenadamente bien). Tres años más tarde pasó un tifón de esos que ves un día cualquiera en las noticias en la tele mientras terminas de comer para volver a tu trabajo y por lo que te dices «*¡Joooder! ¡Pero qué fuerte!…*» con vientos de esos de más de doscientos kilómetros por hora, pero tampoco entonces pasó nada (¡e incluso los cristales de la terminal aguantaron sin problemas!). Así que, se ijo Tián, un «*¡ole!*» para los ingenieros japoneses ¡en serio! Pero lo que de verdad le dio que pensar fue «*¡¿Por qué coño en un país en el que los terremotos tienen nombre propio,… construyen un aeropuerto sobre el mar?!*»

Ya entonces se dio cuenta de que cuando terminase su corta estancia en aquel país, regresaría a casa sin entender un ápice más a aquella gente. Pero tendría que volverse con uno de ellos (uno pequeño, sí, pero uno de ellos al fin y al cabo) y aquello era algo que lo crispaba enormemente, porque «AQUELLO» no era algo que hubiese planeado.

—Vamos Tián, joder… Que cosas como ésta le ocurren todos los días a la gente normal —le había dicho Ricky en un alarde de comprensión y de camaradería, aunque con una sonrisa cargada con algo de mala leche (eso sí, mala leche de amigo) enmarcando su cara de amigo tocapelotas— ¡Y tú

no vas a ser diferente a los demás!...

Pero a esto Tián le había dicho que no, claro que no, porque…

—…a mí no me ocurren estas cosas Ricky. Porque mi vida está condenadamente ordenada, planificada, pensada, urdida incluso (¡¿urdida?! Sí, también) y está or-ga-ni-za-da. Yo controlo hasta el más mínimo detalle de todo lo que ocurre en ella, porque lo llevo haciendo así desde que tenía cuatro años, porque si llueve o sale el sol en mi pequeño universo privado es porque así lo he planeado con al menos dos semanas de antelación, y por eso los putos alemanes no editaran mi último libro con esa mierda de nombres sin gancho. Puede que a la gente normal le ocurran «estas cosas» Ricky… Pero a mí no, no a mí.

Sin embargo… había ocurrido.

¡Joder!

Algo en su pequeño universo privado había escapado a su control, y de repente Tián se sentía algo más cerca del resto de los mortales.

Pero decidió dejar de darle más vueltas a su reciente aproximación a ese otro mundo (tan diferente al suyo) en el que vivía el resto de la humanidad menos él, y buscó primero la terminal de autobuses y después el autobús que que iba a la estación de trenes de Kyoto donde debía coger el tren que lo llevaría hasta Tokio (algo que logró consultando el folleto que le entregaron al desembarcar, el cual estaba en japonés y en dos idiomas más que se parecían al japonés pero con banderas con otros colores que Tián no conocía; sin embargo también en inglés, en francés, en alemán, en italiano, en ruso ¡y hasta en español!). Así las cosas aquello no le resultó en absoluto complicado y de repente todo empezó a parecerle bastante simple, por lo que se dijo que no tardaría en dar con el chico (*tu hijo, Tián, joder…*) y volver «c*agando leches*» a Barcelona.

El trayecto hasta la estación de trenes de Kyoto no duró demasiado. El autobús iba abarrotado de japoneses y Tián hizo el trayecto primero de pie y al rato sentado en posición fetal sobre su maleta mientras seguía ensimismado pensando en los últimos acontecimientos (y derroteros) que habían varado en su vida, en cómo habían cambiado las cosas desde hacía… «*¡joder, ni una semana!*», pues no había transcurrido aún una semana desde que Ricky le dijera que tenía un hijo y se encontraba ya (*¡ya!*) en Japón, y sintió un miedo atroz (de nuevo) que le recorrió el cuerpo y le puso los pelos de punta.

Tián siguió pensando en ESTO hasta que llegó a Tokio, porque se había planteado dejar de continuar comiéndose la cabeza con estas cosas pero… no podía evitarlo (*¡del todo imposible!*). Sin embargo en el trayecto de Kyoto hasta Tokio logró relajarse un poco cuando se congració por vez

primera con los japoneses al advertir que en el tren bala estaba permitido fumar (*¡joder!*) en los vagones para fumadores donde se puso cómodo y acabó en un momento con media cajetilla de *minidavidoff*; y por primera vez desde que dejó Barcelona y con el humo revoloteando a su alrededor, una parte del viaje (¡por fin!) fluyó tranquila, transcurrió como debían transcurrir todas las cosas en su vida de acuerdo a sus normas, a sus estandartes de bienestar y a unos pasos previos a una planificación que no había tenido lugar… Con todo, en su asiento 23B en el tren a Tokio, se sintió bien, entonces cerró un momento los ojos, suspiró y hasta llegó a sentir cierto amodorramiento al que se rindió sin pensárselo (por primera vez en mucho tiempo) dos veces.

¿Así que… «esto» es Tokio?

La primera impresión que tuvo de aquella ciudad lo dejó bastante indiferente.

¿Dónde estaban los japoneses esos con sombrero de paja que tiran de un carro con ruedas? ¿Y las tías esas con la cara pintada de blanco?...

Aquello no era Tokio, o por lo menos no el Tokio que él se había imaginado.

¿Dónde estaban los viejos con perilla que les llega hasta las rodillas? ¡¿Y los ninjas?! ¿Dónde estaban los ninjas? ¿O es que sólo salían de noche? Y…

*Joder… ¡¿Pero qué co** hace un lamborgini aparcado enfrente de la terminal?!*
¡La leche!
¿De verdad Tokio es «esto»?

…

Entonces pensó en buscar un taxi para que lo llevase al hotel, pues estaba exhausto después de un viaje tan largo con un gordo tan guarro sentado a su lado y enanos tan enanos en la salida de emergencia, después de tener que coger un autobús y más tarde un tren (por mucho que en éste se pudiese fumar). Por otro lado, en aquel momento lo último que quería era seguir comiéndose la cabeza (otra vez, lo intentaría otra vez, porque tenía que haber alguna forma de no continuar pensando en ello) con algo a lo que no tendría que hacer frente hasta el día siguiente; así que trató de olvidarse de que tenía un hijo (por el momento, claro) ya que había quedado al día siguiente condenadamente temprano (aunque de hecho fue Ricky el que había quedado en esto) para ir a recoger a su hijo y, y, y… ¡Y entonces le asaltó el pensamiento de que ya se encontraba en «*…el*

día siguiente»! ya que había llegado a Tokio de madrugada (por mucho que él tuviese la sensación de encontrarse todavía en el «ayer») y de que (¡mejor dejar de continuar intentándolo!) ya no lograría dejar de pensar en ello!

¡Mierda!

Apenas había recorrido aún cien metros tras salir de la estación para mezclarse con un Tokio que jamás hubiera imaginado… y se detuvo, apoyando ruidosamente (*¡au!...*) la frente contra un poste metálico en medio de la calle, dejando finalmente que aquello que ya no podría quitarse de la cabeza lo embargase todavía más.

...Mi hijo.
Hijo. Hiiijo. Hiii. Jooo.

No lograba acostumbrarse a aquello, por más que lo intentaba, y realmente lo intentaba, pero «hijo» y «padre» eran palabras que se le antojaban extrañas, como si no tuvieran cabida dentro de la misma frase en su extenso argot personal.

Pa… Pad…re… ¡Aggg!

Y entonces se dio cuenta de que tenía un taxista a sólo un metro enfrente suyo, con el coche detenido y una mirada y una sonrisa que en parte asustaban clavadas en él («*estoy en la parada de los taxis...*» se dio cuenta Tián en aquel instante contemplando el poste metálico sobre el que acababa de apoyar sus pensamientos).

El taxista, que seguía mirándolo sin pestañear, era un hombre mayor, uniformado y con guantes blancos que no dejaba de sonreirle mientras tampoco dejaba de contemplarlo fijamente desde la ventanilla bajada de su taxi (igual, se dijo Tián mirándoselo de la misma manera, que si fuera gilipollas,… y se preguntó si realmente lo sería).

Pero no había más taxis. No había más pasajeros. Aquel era su taxi.

Pues vale…

—¡Konbanwa!... —pronunció el taxista finalmente.

Tián se lo quedó mirando un rato más, y al cabo asintió y le dijo:

—*Conrad*… Hotel. Hotel *Conrad* —porque qué otra cosa iba a decirle (porque, pensó, podría haberse cagado literalmente en él y Tián no se habría dado ni cuenta, porque qué leches significaba «conanavá»… Y se dijo que tal vez le había preguntado que cómo le va, que si el japonés y el español guardaban alguna similitud fonética tal vez «conanavá»

significase «cómo te va» ya que por lo menos sonaba bastante parecido).

Entonces aquél asintió y sonrió de nuevo (¿de nuevo?... No, se dijo Tián, de hecho no había dejado de sonreírle ni un solo segundo).

…¿Debería devolverle la sonrisa? ¿Parecer igualmente cordial? ¿Igual de gilipuertas?...: ¡No!

Por qué COÑO iba a sonreírle, se dijo Tián entonces, si no tenía ganas (pues seguía cabreado desde su última conversación con Ricky). Pero aquel taxista no dejaba de hacerlo y entonces se dio cuenta de que no tenía un sólo diente en su lugar.

…Cuando de pronto la puerta del taxi se abrió por sí sola, accionada por algún tipo de resorte que dejó a Tián de repente con cara de idiota y la palabra «joder» colgando en la boca (*la verdad es que consiguen sorprender estos enanos cabrones*) y por lo que supuso que le había tocado un taxista japo pijo (porque, se dijo… *¡También habrá pijos en Japón!*).

Subió.

Éste era un taxi con los asientos cubiertos de tapetes de esos que la abuela de Tián hacía con ganchillo y que en casa utilizaban como salvamanteles, tenía además encajes colgados por todas partes alrededor del techo [por lo que dedujo, definitivamente, que no se trataba de un taxista japo pijo sino de un taxista japo hortera (ya que también debía de haberlos)] y entonces descubrió que aún tenía más ganas de acabar con todo aquello y de regresar a casa cuanto antes mejor.

Quiero. Volver. A. Casa.
A mi casa.
A mi mundo perfecto. Y en orden.
A mi pequeño universo privado en el que las normas las pongo yo, en el que nada se sale de su orden.

En una ocasión, recordó, Paula le había dicho que vivía dentro de un cascarón.

—Quiero volver a mi cascarón… —murmuró para si, sin percatarse de que lo hacía en voz alta.

—Hotel *Conrad* —asintió el taxista entonces, y arrancó.

¡Por fin!

—Hotel *Conrad*, sí —le confirmó Tián.

Entonces el taxista asintió y le sonrió de nuevo, esta vez a través del retrovisor interior, mostrándole una vez más todos sus dientes fuera de sitio.

¡Están FATAL estos japoneses!

Tokio, pensó Tián contemplando cuanto acontecía a su alrededor mientras el taxi circulaba, era una ciudad curiosa, y se dijo que «curiosa» debía de ser lo que todo el mundo piensa la primera vez que, desde que se es un niño y se aprende a leer, vuelve a ir por la calle incapaz de entender nada: un letrero de macdonald's en el que rezaba «*mcdonald's*» en japo, «rebajas» en japo, «2 x 1» en japo, «OFERTAS EN EL INTERIOR» en japo y «¡gracias por su visita!» también en japo. En el interior del taxi había un pequeño letrero en el que ponía «taxi» seguido de un número muy largo, otro en el que ponía «OCUPADO» y otro en el que podía verse un cigarro encendido tachado en rojo al lado de un «prohibido fumar» (dedujo, claro) todo ello en japonés.

El taxista (y entonces se reafirmó en que realmente era gilipollas) le hizo de guía turístico.

Oh, vamos, no… No necesito un guía, no me fastidie, ¿quiere?...

—Roppongi. Roppongi hills... —le dijo aquél, no obstante, mientras lo observaba a través del retrovisor interior y asentía (sonriente, siempre).

…Lo que me faltaba.

Pero también Tián asintió (y hasta le sonrió) porque de repente le supo mal continuar con su estoica máscara de seriedad para un hombre que desde que se había subido a su taxi aún no había conseguido desinflar sus carrillos.

Entonces aquél señaló un edificio enorme lleno de tiendas y aquello le hizo pensar en Paula.

Paula…

—Roppongi hills... —repitió.

Tián se preguntó si aquel hombre realmente creía que lo entendía.

Siguieron por una enorme avenida, pasaron por delante del *Imperial Palace Plaza*.

—*Imperial Palace Plaza…*

—Lo he entendido, sí, gracias... —asintió Tián también como un gilipollas (*...¡como un gilipollas occidental!*).

Tokio se le presentaba más que como una ciudad como una jungla urbana pero perfectamente estructurada, como si todos allí se rigieran por normas inquebrantables. Por grande que fuera, que creyera que era o por lo enorme que aquella ciudad había oído que le parecería,… allí no existía el caos propio de otras grandes ciudades como Nueva York o como la misma Barcelona. El tráfico estaba perfectamente (*¡condenadamente!*) ordenado, nadie se saltaba un semáforo, no se oía un claxon y ni siquiera las motos adelantaban a los coches (coches que estaban, todos, relucientes, literalmente). Los semáforos cambiaban y los viandantes caminaban y los coches y motos seguían a un extraño compás, igual que si se tratase de una coreografía perfectamente ensayada (cosa que lo espeluznó y fascinó a partes iguales, pues Tián adoraba el orden y aquella ciudad estaba mejor ordenada que su cajón de las corbatas). Había japos con traje, japos con bermudas y sandalias de goma luciendo sonrientes son piernas blancas como la leche y japos con kimono y zuecos (o algo parecido) de madera, los había que tenían el pelo de color azul, de un naranja muy-muy chillón o verde pistacho, y también los había calvos (porque calvos los hay en todas partes). Casi nadie fumaba y casi todos tomaban café en la calle.

Aún no había amanecido del todo y los comercios mantenían todavía encendidas sus luces de neón, sus farolillos de vieja fábula nipona y carteles luminosos. Pasaron frente a un edificio que a juzgar por su concurrencia parecía importante y Tián distinguió las palabras «duty free» en rojo y azul luminoso en un lugar de su fachada con las ventanas iluminadas de un llamativo verde botella (de hecho pudo ver varios de estos: *ishimaru* duty free, duty free *nakaura* y *nosequemás* duty free), al lado de un tal *laox* y del *sega tower* que a Tián le recordó a los videojuegos que le regalaban de niño y a los que nunca (¡jamás!) les encontró ninguna utilidad (…y le sorprendió ver cola en la calle a aquellas horas tan tempranas para entrar en éste último, aunque no se sorprendió tanto por la cola que generaba como por los japos que había en ella esperando con una consola portátil en las manos. *Hacen cola para los videojuegos… ¡Jugando a los videojuegos!*). Aclaró un poco más y la luz del sol alargó varios palmos las sombras matutinas que comenzaban a pasearse por la ciudad, pero aunque el sol ya asomaba las tiendas continuaban anunciando sus mejores ofertas con sus luces de colores más llamativos y Tián pensó que seguramente mantenían encendida toda aquella luz artificial tanto de noche como de día. Había puestos de comida con farolillos encendidos en rojo y en amarillo con un pulpo con sombrero anunciando todo tipo de pescados (*crudo. Seguro*) y también hot dogs. Vio a un japo tirando de un carro con ruedas paseando a dos turistas, aunque sin sombrero de paja (*…¡aquí estaba! ¡El muy cabrón!*), vio a un

montón en bicicleta y a otro montón en moto, también vio un concesionario *toyota* y uno de *harley davidson*, una tienda de *casio*, una de *sony* y una de *ricoh*, y un edificio con las letras de *bulgari* ocupando toda la fachada…

—Hotel *Conrad* —pronunció el taxista entonces devolviéndole a la cabina de su coche.

…Hotel Conrad, por fin.

El taxi se detuvo y el taxista continuaba sonriéndole (a través aún del retrovisor interior) con su mirada de tío estreñido clavada en él y sus dientes retorcidos.

Entonces Tián se dijo que aquello que hacía escasos minutos le había dicho de «*poponchi jils*» o como fuera que fuese que había dicho (¡y significase lo que significase!) sonaba bastante bien. La verdad era, recapacitó, que aquel taxista se lo había currado (como él decía) pues le había dicho aquello de «*poponchi jils*» y no sabía cuántas cosas más y también le había leído todos y cada uno de los nombres de todas y cada una de las calles por las que iban pasando (…¡y sin dejar de sonreírle tan solo un segundo!) y que por eso se había ganado una propina, motivo por el que también pensó que (tal vez) los japoneses empezaban a caerle bien, ¡lo cual le asustó!, pero al final le pagó y le dio cien yenes de más (Tián ignoraba si en aquel país de locos sonrientes se estilaba o no lo de dejar propina pero,… se dijo también, ¿quién coño le dice que «no» a un euro un dólar o un yen de más?).

—Arigatou, arigatou...

—El gato, sí... Yo también.

—…Arigatou. Sayonara.

Eso también lo entendió.

Ya. Como el terminator ese. Sí, muy bueno…

—Sayonara baby, sí... —pensó que era un buen tío (aquel taxista japonés, al final, le había caído bien, «un poco raro, sí» había que admitirlo «pero majete...»).

—Sayonara. Sayonara…

—Ale, sí, venga, sayonara para ti también… Y arréglese esos piños, ¿quiere?...

Entonces le dejó su equipaje en el suelo, se despidió de él inclinando repetidas veces la cabeza (una, dos, tres… otra, otra más… ¡Ya!), le entregó un recibo y finalmente se fue (todo ello sin dejar de sonreírle en todo momento).

El *Conrad* era un hotel enorme, en una avenida enorme y con una entrada enorme; todo a su alrededor, se dijo Tián, era condenadamente grande, igual que si hubiesen construido aquella entrada y todo a su alrededor para recibir gigantes (*gigantes guiris, está claro, porque los japoneses estos son la leche de pequeños*).

Suspiró desanimado y murmuró «…joder»

Pero… ¿Qué coño estoy haciendo yo aquí?

Entonces dejó caer al suelo el recibo que le había entregado el taxista feliz al tiempo que buscaba sus *minidavidoff* en el bolsillo interior de su chaqueta, se llevó uno a la boca y después se obligó a sonreír (aunque fuera un poco) mientras contemplaba de nuevo la majestuosidad de aquel hotel.

Sí. Los japoneses hacen las cosas condenadamente bien.

…Cuando se fijó que justo enfrente de la puerta de acceso al hotel había un tío (japonés, claro) barriendo; éste le miraba, y también sonreía (*¡claro!*), y en aquel instante Tián se percató de que el suelo de la calle, si no fuera por el recibo del taxi que acababa de dejar caer,… estaba más limpio que el de su propio estudio en el Paseo de Gracia.

Mierda…

Y miró al japonés que barría y sonreía, y también él le sonrió, tratando de escribir con su mirada en su frente «*ese papel insignificante pero que se ve un montón porque usted tiene el suelo impoluto… ¡No es mío!*»

¡Pero… a quién coño pretendo engañar!

Suspiró.

—¡Lo siento!... —le dijo finalmente, pero aquél no le entendió.

Entonces se acercó hasta dónde Tián se encontraba con sus maletas aún en el suelo, su *minidavidoff* aún apagado entre los labios y su cara de güiri de esos «que ha venido aquí a ensuciarme el suelo y que esto seguro que en su país no lo hace»… y recogió el recibo; después de eso le sonrió, de nuevo (aunque de hecho, recapacitó Tián, en ningún momento desde que

se bajara del taxi y se percatase de su presencia… había dejado de sonreírle).

—En mi país también tiro los papeles al suelo, ¿eh?… —le dijo entonces (alzando un poco la voz, por si acaso aquel hombre, al igual que ocurre con los ancianos, no oía bien porque no hablaba su idioma)— No es que aquí haga lo que no hago allá —lo miró fijamente, a ver si así quien parecía que no pillaba nada de lo que le decía… entendía por lo menos que era con él con el que hablaba— Claro que de donde yo vengo… —*Pero… ¡Qué coño es eso de «de donde yo vengo»! ¡¿Es que acaso vengo del futuro, o de otro planeta?!*— ¡¿Será posible?!... —se lamentó, *mierda…*— Vale. Lo sieeento… —se disculpó de nuevo— Lo siento. En serio. Es que vengo de España y ahí sí que hay papeles en el suelo. En todos los suelos. En tooodos… Hay papeles por todas partes —trató de explicarle haciendo aspavientos con ambas manos en todas direcciones— No me entiendes, ¿verdad?... —le preguntó finalmente.

Aquél continuaba sonriéndole, como cuando le sonríes a alguien para darle las gracias por algo sin necesidad de decir «gracias» (razón por la que Tián aún se sintió peor).

Seré capullo…

—¡Por lo menos podrías haberte cagado en mí!... —casi le rogó, dándose definitivamente por vencido, regresando sobre sus pasos y alejándose de él— ¡Porque eso es lo que hacemos en el planeta de donde vengo!... —seguía rezongando de espaldas para alguien que continuaba sin decirle nada.

La verdad era que había muy poca gente que a Tián aún pudiera sorprenderle, y la verdad era (también) que siempre fue bastante capullo (algo que Ricky le recordaba con bastante frecuencia). Así que se detuvo y se dio la vuelta y encaró de nuevo con la mirada a aquel hombre (apoyado ahora sobre el mango de madera de su escoba, escrutando el infinito), y rebuscó en todos sus bolsillos hasta que dio con uno de esos caramelos de aerolíneas que siempre te tocan de menta y... ¡lo dejó caer!

Entonces el japonés, diligente, caminó de nuevo hasta él, lo recogió y (una vez más) le sonrió.

¡Joder!
*¡¿Pero qué coj**** le pasa a la gente en este país?!*

—Bienvenido al *Conrad Tokio*, Señor.

El mozo, el botones, el portero, el gerente... Otro japo más.

—¿Habla mi idioma?...

Aquel era un hombre de mediana edad, alto y moreno («¡curioso!» se dijo Tián, porque pensaba que los orientales no se ponían morenos) y como parecía que ya no podía ser de otra forma… ¡también éste le sonreía! Y Tián se preguntó si es que tal vez los japoneses se colocaban todas las mañanas (*¡sólo levantarse!*) e iban fumados todo el pu** día para no dejar de sonreír de aquella manera.

—Por supuesto —le dijo entonces el botones del *Conrad*.

—¿Ah, sí?... ¿Va fumado?...

—¿Cómo dice?...

—Perdone… Olvídelo.

—Por supuesto que hablo su idioma —le dijo otra vez— Permítame por favor —y recogió su equipaje— Por favor, sígame, por aquí...

Claro.

Sólo estaba deseando descalzarse y tumbarse un rato.

El hall del hotel era de una majestuosidad hilarante (y eso que Tián estaba acostumbrado a los buenos hoteles) y pensó que por lo menos, durante el tiempo que permaneciese allí, estaría a gusto: En una habitación amplia, limpia, ORDENADA y (*ojalá*) con *redbul sin* en el minibar (*¡eso sería la leche!*).

Y se dirigió al mostrador de recepción.

La recepcionista (una japonesa, apuntó, realmente atractiva) llevaba una mascarilla que le tapaba la boca y buena parte de la cara, igual que si fuera un cirujano, como si en lugar de a darle una habitación a lo que se dispusiera fuera a abrirle las tripas.

Coño…

El botones fumado dejó sus maletas en el suelo, tras él; ni por asomo dejó de sonreír y aguardó.

—¿Está bien?... —le preguntó Tián a la recepcionista mientras le entregaba su pasaporte que ella recogió, comprobó rápidamente y acto seguido dejó sobre el mostrador entre ambos. Tián aún se la quedó mirando un rato, después le hizo un gesto con la mano, como si se tapase

la boca…— ¿Está bien?... —repitió— ¿Es que le ocurre algo?...

A modo de respuesta ella tan sólo le sonrió (*claro…*).

—Estoy muy bien señor, gracias —respondió ella en un español perfecto a la vez que codificaba una tarjeta-llave para su nuevo huesped.

Entonces también Tián le sonrió, y pensó que al final acabaría acostumbrándose a sonreírle a la gente (*¡Y Paula estará encantada!*) y después de eso asintió y se dijo que igual llevaba aquella mascarilla para no tragarse el humo de la mierda que se fumaban el taxista, el barrendero y el botones del hotel.

—Su habitación es la 3535, en el piso treinta y cinco —pronunció ella de nuevo, y entonces le devolvió su pasaporte junto con la tarjeta-llave— Ya han subido su equipaje señor Díez —«*¡Joder!*» Se giró ¡El botones ya no estaba ahí!— Bienvenido al *Conrad Tokio*. Esperamos que disfrute de su estancia con nosotros.

Entonces Tián dudó un instante. «*Pero… qué coj…*»

—¿Puede… —pero su pregunta quedó en el aire.

—¿En qué puedo ayudarle Señor Díez? —sonriente, aún, siempre…

—¿Puede… Puede dejar… de sonreír, sólo un instante?... —sonreía, no podía verlo a través de aquella mascarilla pero sus ojos se achinaban aún más si cabía y la delataban— Póngase seria —le pidió a continuación; y creyó entrever que lo intentaba, pero que no lo conseguía— Mándeme a la mierda. ¿Por favor?...

Nada.

¡La leche!
Ojala me hubiese traído mi ordenador.

Una vez en su habitación se dijo que fue todo un detalle por parte de Ricky alojarlo en un hotel de tanta categoría (porque Ricky lo conocía bien, mejor que bien, y sabía que si algo gustaba a Tián era el orden y la limpieza) aunque, se dijo también, aquello fuera a costarle un ojo de la cara. Cama doble, moqueta, veinte armarios, un escritorio y una tele del tamaño de UNA TELE, además de un descansillo a la entrada con una mesa entre dos sofás para recibir visitas y otra tele del tamaño esta vez de una tele; el baño era un lujo y había un patito plateado con corona de rey en la bañera (*muy mono*). En resumen: la habitación era lo suficientemente grande como para que no se agobiase mientras

permaneciese allí, pero eso, pensó entonces, no sería por demasiado tiempo.

Con todo ya había amanecido y Tián se acercó a la ventana y contempló Tokio desde las alturas, la increíble panorámica que su habitación en el piso treinta y cinco le ofrecía; enfrente del hotel había un parque y más allá el mar. Entonces se fijó en cómo miles de lucecitas rojas coronaban la ciudad suspendidas en el aire como miles de luciérnagas de esas, caviló, que sólo hacen que tocarte las pelotas en verano; aquellos leds de color rojo destacaban en el paisaje aunque el sol tratara ya de lidiar con ellos, y se dijo que tal vez tampoco los apagasen en todo el día (ignoraba su significado). Pero aquel era uno de esos momentos en que se sentía relajado, no los tenía a menudo y entonces estaba teniendo uno, por lo que se acercó al minibar para comprobar que éste estaba atestado de alcohol (aunque no encontró redbul, «*putada...*») y sonrío socarronamente.

Se sentó en la silla enfrente del escritorio y, finalmente, se encendió el *minidavidoff* que se encajó en los labios antes de que el barrendero flipado se quedara con él y… aspiró profundamente.

…¡Ummm!

Y de repente se dio cuenta de que debía (*¿debería?...*) llamar a Paula, pero también de que no tenía narices para ello; se dio cuenta de que no tenía narices de llamarla y decirle qué era lo que estaba haciendo ahí, sobre todo cuando ella creía que seguía en Alemania (aunque ignorase por qué. Seguramente pensase que había recapacitado con respecto a los nombres en alemán de sus personajes y que por eso habría pedido una segunda reunión con los editores alemanes).

Mentiroso… ¡Y cobarde!

Se levantó de la silla y se sentó a los pies de la cama, se descalzó y sintió la moqueta bajo las plantas de los pies.

.
.
.

Y entonces se fijó en un folleto sobre la mesita de noche con los menús de los diferentes restaurantes del hotel, todos ellos en el piso veintiuno. Había uno tradicional japonés, uno en el que servían comida occidental y otro en el que sólo servían marisco.

«*Paula…*» se atrevió a suspirar. Descolgó el teléfono y marcó...

...

—*Konbanwa...* —escuchó a una chica al otro lado de la línea.

—Sí… ¿Cómo va?... —no pretendía hacerse entender, ni tampoco entender lo que fuera que le dijeran.

—*¿Sumimasen?...*

—Español. ES-PA-ÑOL... —levantó la voz igual que si fuera sorda.

—*Pañol...* —repitió.

Aguardó.

.
.
.

—*Buenos días...* —identificó entonces a la recepcionista de la mascarilla.

—Buenos días... —titubeó un instante— Quisiera... enviar un telegrama. Por favor.

—*¿Un telegrama?...*

A Tián no le extrañó que se extrañara, en un país en el que las puertas de los taxis se abrían por sí solas «*…¡¿quién coño envía un telegrama hoy en día?!*»

—Bueno, un mensaje, lo que sea...

—*Por supuesto, Señor Díez. ¿A quién desea enviarle el mensaje?...*

—Mensaje para Paula Ascoa, la dirección es la misma que la mía. Dígale... Dígale... Joder... —Qué coño, pensó, iba a decirle…

—*¿Joder?...*

—¡No, no! ¡«Joder» no! ¡Borre eso!... Dígale... Dígale... *Estoy en Tokio, te llamaré en cuanto pueda y...* y añada... *Llama a Ricky...* Eso, póngale todo eso.

—*Estoy en Tokio. Te llamaré en cuanto pueda. Llama a Ricky. Le enviaremos el mensaje ahora mismo Señor Díez.*

—Gracias.

—A su disposición.

Colgó con un agrio sabor de boca.

Que se lo explique Ricky, joder…
Mierda...
.
.
.
¡Oh, mierda!
¡Paula me va a matar!

En unas horas, pensó, llamaría a la casa de acogida donde tenían al chaval (si es que se trataba de una casa de acogida, se dijo, porque ni siquiera sabía eso con certeza), lo recogería y volvería a Barcelona cagando leches.

Y entonces se dejó caer en la cama con los brazos en cruz y se quedó contemplando el techo como si ahí fuera a encontrar escrito lo que tenía que hacer a continuación, como si hubieran instrucciones para «algo ASÍ», porque en el fondo sabía que nada no sería tan sencillo como «recoger al chaval y volver cagando leches»

…¡Ni de coña!

Capítulo 7

Martí
23 de octubre (09:30)

Al parecer la información que le había facilitado el *oso yogui* era bastante fidedigna, y el japonés que a todas luces (según le dijo) estaba haciendo que las acciones del parque *yellowstone* cayeran en picado… era un hombre de estrictas costumbres.

El hombre del verrugón (un tal Norimaki) salía todos los días a las ocho y media de la mañana de su casa a las afueras de la ciudad, lo hacía en un lujoso coche con chófer y dos guardaespaldas, y pisaba por primera vez la calle quince minutos más tarde en una amplia avenida de Tokio donde se apeaba para desayunar en un lujoso restaurante de su propiedad antes de continuar, media hora después, hasta su lugar de trabajo en un concurrido edificio de oficinas de un montón de plantas (que Martí ya había visitado tras haber aterrizado, justo antes de dirigirse a su hotel, con tal de cerciorarse de que todos sus cristales estaban perfectamente blindados). Desde su casa hasta llegar a aquel enorme edificio, Norimaki se mezclaba con el tráfico de Tokio pasando primero por su garaje, por lo que (tal cómo apuntaban las notas del *oso yogui*) el punto más claro en el que lo tendría a tiro sería al entrar o salir de su restaurante, es decir a las ocho cuarenta y cinco o a las nueve y cuarto, antes o después de tomar su desayuno (*¿qué lechez dezayunaran loz japonezez eztoz?...*) todas las mañanas.

—¿Qué lechez dezayunaran loz japonezez eztoz?... —se dijo Martí de nuevo en la habitación de su hotel en la planta veintitrés mientras contemplaba aquellos cuadraditos negros rellenos de arroz y con «*…una coza MUY rara en el zentro*» que le acababan de subir y que tan poco apetecibles le parecían— Pero… ¡¿Qué lechez ez lo que he pedido?!...

¡Caaa… racolez!

Y es que (se dio cuenta entonces) uno no puede pedir (¡sin más!) que le suban «*algo típico zeñorita, no zé… Lo que zea que ze come aquí*», porque uno puede pedir que le suban lo típico del lugar cuando no se viaja más allá de Francia, pero no estando en Japón y menos aún cuando Martí era un hombre tan de callos y de tinto con gaseosa de a cincuenta céntimos el litro.

Así que pasó un buen rato desmontando el desayuno que le habían traído para poner todo el arroz a un lado y tirar el resto, pero hecho esto se dio cuenta de que tampoco le apetecía empezar el día con un plato de arroz

blanco (aunque descubrió, no obstante, que aquella especie de plastilina verde que lo acompañaba era muy buena. Picante, sí, pero muy buena).

Así que se acercó hasta la mesita de noche, cogió el teléfono y marcó el cero.

—*Konbanwa...* —escuchó al otro lado de la línea.

—Dezearía pedir otro dezayuno, por favor.

Aguardó.

.
.
.

—*Buenos días señor Martín...* —escuchó de nuevo— *¿En qué podemos ayudarle?*

—Dezearía pedir otro dezayuno, por favor —otra vez.

—*Por supuesto señor Martín. ¿Qué es lo que desea pedir?*

—¿Tienen jot-doc?...

…Porque, se dijo, los hot dogs estaban bien, le gustaban y… «*ireeecórcholiz!*» en todos los países sabían exactamente igual.

—*Por supuesto. ¿Desea alguna otra cosa?*

—No. Zólo ezo, graziaz.

—*Enseguida se lo subirán.*

Así aquella mañana, finalmente, pudo desayunar lo que consideró medianamente bien: «*jot-doc con la plaztilina verde ezta*»

Y pasó el resto de la mañana frente a la ventana. Se puso su parche de cuero en su ojo derecho, lo que anulaba por completo su campo de visión en ese lado pues era el izquierdo el que utilizaba para apuntar, y dejó que las horas transcurrieran, sin prisa, mientras miraba una y otra vez a través del visor de su fúsil (su socio, como él lo llamaba), calibrando una y otra vez también la mirilla a izquierda y a derecha, a la derecha y a la izquierda, adelante y atrás… Ahí. ¡Quieto!

Sólo montar su fúsil le había ocupado un tiempo considerable, lo que era habitual, sabía, cuando llevas el cañón como parte del tirador de tu maleta con ruedas, la mirilla en una de sus ruedecitas y el resto de piezas metálicas (que eran casi todas) camufladas de igual forma. Por eso ni siquiera se había ido a dormir aún desde que llegara a Japón, porque (sobre todo teniendo en cuenta que antes de acudir a su hotel ya había pasado por el edificio de oficinas de Norimaki) no podía permitirse el dormirse si tenía que tenerlo todo listo para antes de las ocho cuarenta y cinco o a las nueve y cuarto para poder guiñarle el ojo a su objetivo a través de la mirilla de su rifle desde su habitación sin que aquél se diera cuenta y, de esta forma, saber que el tiro sería certero.

Su habitación en el piso veintitrés le otorgaba una panorámica perfecta para lo que tenía que hacer, una trayectoria limpia para un disparo de unos quinientos metros justo a la entrada del restaurante (aunque, se dijo, ya podría estar aquel restaurante cerca de otro hotel más económico); no obstante el Conrad le parecía un lugar ante todo agradable y apropiado para alguien como él.

Así, aquella mañana temprano (antes de pedir su desayuno, la primera vez), Martí ya había tenido a Norimaki a tiro, a la hora indicada, ni un minuto antes ni un minuto después de la hora señalada en la documentación que le había entregado el *oso yogui* en Barcelona. Y ya entonces pudo mirarlo a la cara como si en lugar de tenerlo a medio kilómetro de distancia lo tuviese tan cerca como para retorcerle el verrugón.

¡PUM!...
Bromeó, y rio.
¡Y le reviento el limón!
¡Muahahaha!

Pero aún no era el momento, «*¡no!*» se dijo, pues «EL MOMENTO» sería pasado mañana (a la misma hora), porque antes de eso tenía que prepararlo todo, asegurarse de que nada iba a fallar y hacer, aún, mañana, otra vez,… otra prueba más.

—Dentro de exactamente cuarenta y ocho horaz… —se dijo mientras sacaba un pitillo de su elegante pitillera de plata en el bolsillo interior de su americana que descansaba sobre el respaldo del sillón en el que permanecía sentado, enfrente de la ventana.

No había que precipitarse, porque si algo sabía bien de su profesión era que jamás había que precipitarse (*¡jamáz!*), y aquel día estaba destinado a los preparativos (o a la «toma de contacto» tal y como él lo llamaba).

Norimaki permaneció en la calle exactamente catorce segundos. Siete segundos desde que se apeó del coche y desapareció en el interior del

restaurante y siete más, media hora más tarde, desde que asomó de nuevo por la puerta del restaurante y se subió otra vez en su coche hasta que el chófer cerró la puerta tras él. Aquello dejaba a Martí, exactamente también, un margen de siete segundos para actuar (antes o después de que Norimaki se colase en su restaurante); siete segundos a tiro, siete nada más.

Uno. Doz. Trez. Cuatro. Zinco. Zeiz. Ziete…

Suficiente. Porque si te dedicas a contar los segundos, pensó (algo que había estado haciendo casi toda su vida), te das cuenta que estos son condenadamente lentos. Y esperó que en siete segundos dispusiera del tiempo y temple suficientes para un segundo disparo «*¡en loz lichiz de Norimaki!*» antes de que éste cayera al suelo; sabía que sería complicado, pero aquello era lo que le había pedido el *oso yogi* (*primero en loz cojonez y luego en la cabeza*), aunque tendría que cambiar el orden de los factores para tener éxito, pues sabía que si le daba primero en los lichis… ¡después no habría forma de acertarle en el limón!

Se llevó el pitillo a la boca y suspiró.

Martí había aprendido a disparar en la finca de su abuelo (¡de eso hacía una eternidad!) y aprendió disparándole a melones, pues su abuelo tenía un extenso melonar en aquella vieja finca en Espluges de Llobregat, por eso, desde siempre y cada vez que cumplía un encargo, veía las cabezas de sus víctimas como enormes melones en los que hacer diana, y al reventar... ¡reventaban exactamente igual! Sin embargo, ahora en Japón, se le antojó que las cabezas de los japoneses se asemejaban más a limones que a melones.

—Lo que va a hazer que no pueda volver a tomarme una trizte limonada —caviló, igual que no había vuelto a poder comer melón desde que empezara a dedicarse a dispararle a la gente.

Entonces se encendió el pitillo que aún mantenía apagado entre los labios y aspiró profundamente.

Apuntó, calibró, giró a izquierda, a derecha y… ¡PUM!

…Y el primer pájaro que pasó volando por encima del restaurante de Norimaki cayó fulminado.

¡Lizto!

Capítulo 8

Tián
23 de octubre (08:00)

¡Despertó de repente, sobresaltado, hincando los codos sobre el colchón y levantado el cuerpo como activado por algún tipo de resorte invisible!

Sus cabellos empapados en sudor al igual que su almohada, sus ojos fuera de sus órbitas y su corazón a punto de atravesarle el pecho……:

«¡JODER!»

Entonces miró a Paula que dormía apaciblemente a su lado y reparó en la tranquilidad que le transmitía. Después de eso se fijó en cómo la luz ambarina de las farolas de la calle se filtraba a través de sus cortinas con estampado de flores azules y le recortaba el rostro, acentuando en la oscuridad de su habitación sus pómulos, su cuello, sus ojos, sus orejas, nariz y boca.

Finalmente se quitó de encima las sábanas, se desperezó, se levantó y suspiró con desazón.

Mierda…

Volvía a tener pesadillas.

Se dirigió al baño y encendió las luces; el fluorescente sobre el espejo que había encima de la pica parpadeó dos y tres veces antes de encenderse por completo.

Pisó descalzo sobre el suelo de frías baldosas de color vengué de su baño de diseño de diez mil euros y sintió un escalofrío.

¡Qué frío!… Coño.

Y posó sus manos sobre sus parpados, frotándolos con fuerza, y parpadeó una, dos,… tres veces.

Entonces llevó las manos a las manecillas del agua y jugó con éstas hasta que dio con la temperatura deseada, para dejar después que ésta hiciera presa y se estancase entre sus palmas… A continuación hundió la cara entre las manos y sintió la calidez del agua besando cada centímetro de

su rostro.

Ummm…

…Hasta que levantó la cabeza dejando que el agua que ahora le resbalaba por la cara descendiera como un río con sus cauces por su cuello, para que lloviese después sobre su pecho desnudo y acabase salpicándole los pies, empapando el suelo…

«*Ummm...*» suspiró de nuevo.

Y se observó en el espejo, pero…

Pero... ¿Qué CO. JO. NES?...

…Para darse cuenta de que quien le miraba reflejado en éste no era él.

Precipitadamente, se llevó las manos al rostro y recorrió con sus dedos cada gesto de su semblante anonadado: Su piel era ahora tersa (¡y pálida!), sus labios finos y su cabello oscuro cayendo sobre unos ojos diminutos, unos ojos estriados y rasgados y enjutos…

¡Miii-eeer-da!...

Entrecerró los ojos como si así fuera a conseguir ver aquello desde otra perspectiva, pero su yo oriental continuaba reflejado en el espejo enfrente suyo y cuando volvió a abrir del todo los ojos lo invadió una terrible sensación de pánico, como si el miedo mismo venido desde otra galaxia hubiera caído del cielo colándose en él y apoderándose de su cuerpo. Gritó:

¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh...

—…hhhhhhh! ¡JODER! ¡MIERDA! ¡COÑO!... —Despertó al fin.

¡Y observó en derredor! ¡RÁPIDO! Y miró a izquierda y a derecha mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad y un reloj digital sobre la mesilla de noche marcaba las nueve cincuenta y cinco, cincuenta y seis… con relucientes números rojos.

—Joder, joder, joder…

Estaba en el *Conrad*.

—¡JODER! ¡MIERDA! ¡JODER!

Pensó que ya no se dormiría (y menos aún en la cama de un hotel) porque las pocas veces en su vida que había conseguido volver a dormirse una vez despierto fueron siempre en su cama, en su casa, en su castillo, en su fortaleza, en la tranquilidad de su mundo (o después de una buena juerga, claro,… pero eso, se dijo, no contaba porque en esos casos nunca le importaba dónde caía rendido). Ya no se dormiría, se dijo otra vez (*¡putada!*), porque Tián era de esa CLASE de personas, de esas que necesita estar en su váter para poder hacer lo que tiene que hacer, por lo que seguramente, caviló a continuación, tampoco se sentaría en ningún retrete mientras permaneciese en Japón, y no porque no quisiese sino porque fuera de casa su esfínter no se estimulaba (o por lo menos eso decía el doctor Vizmanos).

—En fin… —murmuró y se puso en pie.

Entonces se dirigió al baño y entró, encendió la luz y mantuvo un segundo los ojos cerrados… para abrirlos lentamente, al cabo, antes de obligarse a observarse en el espejo y cerciorarse de que seguía siendo él mismo.

Nada había cambiado. Suspiró…

—En fin… —murmuró otra vez— Parece que sigo teniendo la misma cara de capullo occidental que cuando llegué.

Entonces se apoyó con ambas manos sobre la pica del baño, observó al patito de goma con corona que había en la bañera y lo mandó a la mierda, bajó la vista y...

¡Coño!

—Pero qué cojones es esto… ¿Un váter o el puto halcón milenario?…

¿Cómo podía no haberse fijado en algo así antes? Aquel retrete, se dijo, tenía más teclas que su *mac*.

Y se puso de cuclillas y lo estudió un instante.

¡La leche!...

Hasta que finalmente decidió sentarse y se bajó el pantalón y se sentó y…

—¡Ah! ¡Joder! ¡Qué Asco! ¡Coño!... —se puso de nuevo en pie de un salto.

«*¡Mierda!*» ¡La taza estaba caliente! Como cuando te sientas después de alguien que ha estado ahí sentado también durante una hora o más, tal y

como la dejaba su hermano cuando de críos se encerraba en el baño y no salía hasta que terminaba de leerse su *spiderman*.

¡¿Pero quién coño va a haberse sentado en este váter como para dejarlo así aún después de tantas horas?! ¡Qué son las diez de la mañana, joder!

No tiene sentido…

…¡Mierda!

¡¿Se me ha colado alguien en la habitación?!...

Pero no tiene sentido. Si alguien hubiera jiñado en mi váter… ya tendría que estar frío.

Qué asco. Qué asco. Qué asco. ¡Pero qué asco… JODER!

Y se fijó en los botones en la consola a la derecha del retrete.

¡Acojonante!

¡Ahí estaba!

—El puto váter este tiene calefacción…

¡Leches!

Entonces se sentó de nuevo, aunque sabía que no haría nada, porque su esfínter no se estimularía, claro… Pero de pronto la sensación de calidez que manaba de la taza de aquel váter dejó de parecerle asquerosa para resultarle repentinamente agradable.

…Y probó con los botones.

—¿Qué coño es todo esto?...

¡Y un chorro de agua caliente le roció las pelotas!

—¡Oh! ¡Joder!... ¿Pero qué mieeeeeerda?…

Y a continuación presionó otro que le dejó el culo empapado.

—¡COÑO!... El de las pelotas debe de ser para las tías…

Y otro más. ¡Aire!...

—¡La leche!

Y entonces, inesperadamente… su esfínter se relajó y…

Aquella mañana (¡sin haber dormido apenas!) salió a la calle con el único pensamiento de que si en todas partes tuviesen váteres como aquél… « *…yo no tendría estos putos problemas de estreñimiento que tengo siempre fuera de casa*»

Entonces se encendió un *minidavidoff* con una cerilla de una cajetilla del Conrad que había cogido del mostrador de recepción.

Tragó humo, escupió humo y murmuró «*…¡a la mierda!*»

Antes de salir había llamado al centro en el que tenían al niño (al número que le había dado Ricky y del que no estaba seguro aún si se trataba de un orfanato, de un colegio o qué) y manteniendo la conversación más penosa que no olvidaría en mucho tiempo, una muchacha (sonriente, tal vez con mascarilla, porque ahora no podía evitar imaginarse a las recepcionistas de todas partes sin su mascarilla y, como todas, seguramente también con cara de estreñida) le dijo que no acudiese antes de las once:

—Katsuhiro… —dijo con determinación en cuanto le cogieron el teléfono sin dar tiempo a preguntar («Katsuhiro», la única palabra en japonés que conocía).

—¿Katsuhiro?...

—Katsuhiro, sí. Soy el padre de Katsuhiro.

¡Joder! Soy el padre, joder… El padre de Katsuhiro. ¡No voy a acostumbrarme a esto!

—¡Oh!… ¡Katsuhiro!

—Sí. «Oh, Katsuhiro». Yo soy su padre.

—¿Padre Katsuhiro?

—No. «Padre Katsuhiro»… no. Si fuera «Padre Katsuhiro» sería cura. Soy EL PADRE de Katsuhiro —*otra vez, joder, no me acostumbraré jamás*— Su padre. Su sensei…

—*¡¿Sensei?!...*

…Llegados a este punto la chica le colgó.

A Tián lo de «sensei» le sonaba a figura paternal o algo por el estilo (por lo que había visto en las películas de japoneses).

Pero no perdió los nervios, aún, y volvió a llamar…

Un segundo, dos, tres… y… ¡Vamos allá otra vez!

La segunda vez fue otra chica la que le atendió, otra que para su tranquilidad y la de la poca paciencia que sacaba a la calle todas mañanas… hablaba español perfectamente.

—Aún está durmiendo —le dijo— Venga a partir de las once, entonces Katsuhiro estará listo.

Así las cosas Tián se dedicó a caminar por los alrededores del hotel hasta al menos media hora antes de su cita en el colegio (si es que se trataba de un colegio, se dijo una vez más) de su hijo, o dicho de otra manera… de su cita con su hijo («SU hijo» se dijo otra vez), de su cita con su futuro (el de él y el suyo), de su cita con lo que le había traído el destino, de su cita con su nueva vida y con su nuevo «yo» (su «yo» de «padre»), de su cita con la paternidad, con sus nuevas responsabilidades y con el nuevo rumbo que a partir entonces tomaba su vida.

Pero trató de ocupar el pensamiento con otras cosas.

Resultaba increíble, se dijo, la actividad que respiraba aquella ciudad a horas tan tempranas.

Cuando salió a la calle ésta estaba en plena ebullición. El tío del día anterior, el que barría, se encontraba de nuevo barriendo la impoluta entrada al hotel; al verle sonrió (*¡claro!*) y Tián le devolvió la sonrisa y (*que cojones…*) sacó otro caramelo de aerolíneas del bolsillo de su pantalón, lo desenvolvió y se lo llevó a la boca y aguardó un buen rato con el envoltorio entre los dedos para ver su reacción. Si aquello no le hizo gracia (porque Tián, se dijo, se habría cagado en toda su familia, pasada y venidera) lo disimuló como para que le dieran un oscar (en ningún momento dejó de sonreírle).

«*Al final...*» se dijo «*¡el jodido va a acabar cayéndome bien!*»

Al rato llegó un autobús con japoneses vestidos de botones japoneses, camareros japoneses y cocineros japoneses entre otros, lo que le recordó

que aún no había desayunado.

¡Coño!…

…Y como creía haber visto un starbucks bajando unas escaleras a unos pocos pasos de la entrada del hotel (en un pequeño boulevard con unas pocas tiendas), se dirigió hacia allí sin miedo ya a que la cafeína de un cappuccino le estriñera las entrañas y saboteara (como tantas veces le ocurría siempre que viajaba… ¡claro que eso fue antes de descubrir los váteres japoneses!) su delicado esfínter.

Pero todavía eran las nueve y media. Las horas transcurrían con insolente lentitud y Tián las maldijo (maldijo las horas, maldijo los minutos y maldijo los segundos).

…Y bajó un par de calles, atravesó un parque y pasó por delante de un ostentoso restaurante y un pájaro calló fulminado a sus pies (al que no le prestó ninguna atención).

«*Sonríen por el váter…*» dilucidó por fin «*¡no van fumados!*»

Y más tarde (a eso de las once menos diez) se encontró sentado en un banco en un parque cuyo nombre había visto en una placa a la entrada pero que entonces era ya incapaz de recordar. Se encontraba a sólo unos pasos del lugar donde tenía que recoger al chaval disfrutando de su cappuccino GIGANTE con un japo sentado a su lado (porque en Japón, se dio cuenta enseguida, si te sientas en un banco en un parque con nombre japonés de esos imposibles de recordar tienes muchas probabilidades de que en cualquier momento se te siente un japonés al lado. ¡Al cabo de un rato ya eran tres compartiendo el mismo banco! Y sólo un poco más tarde un cuarto japonés atravesaba el parque en dirección a ellos para unirse al grupo. ¡Aquello dejó a Tián fascinado!... porque había decenas de bancos vacíos a la vista; mientras que en España, se dijo entonces, uno es capaz hasta de quedarse de pie con tal de no compartir el banco con nadie si es que no hay ninguno libre). El japonés que tenía sentado a su izquierda (y menos mal que su derecha daba a una de las esquinas del banco porque no hubiera soportado encontrase sentado entre dos) era uno de esos japoneses que parece que tengan cien años o más, porque, se dijo, todos los japos viven cien años o más; éste le miraba sonriente (lo que para Tián era ya bastante habitual) mientras sostenía en una mano uno de esos bowls de cartón que escupía una gran cantidad de humo y sacaba de ahí unos fideos con unos palillos que manejaba con la otra mano con una naturalidad innata. Entonces le acercó sus palillos con algunos de esos fideos colgando y se los ofreció, instante en el que Tián decidió que ya había compartido su banco con toda aquella gente durante demasiado tiempo.

—NO... —le dijo— PERO GRACIAS... —seguía con la misma pu** manía de gritar a los viejos igual que si fueran sordos.

Pero aquel le seguía mirando, y Tián se preguntó si sería porque esperaba que de igual forma también él le ofreciera un sorbo de su cappuccino.

…¡Ni de coña! ¡Vamos!

Y de repente le asaltó el recuerdo de la primera vez que puso los pies en Nueva York, entonces se dijo que aquello era igual que en las películas y pensó que en Tokio estaba teniendo exactamente la misma sensación. Si en Nueva York uno tiene la sensación de estar en *La jungla de cristal*... allí era igual que estar en una peli de *Bruce Lee* (aunque Tián nunca vio ninguna).

Comprobó la hora:

Las once. Por fin...

Capítulo 9

Maca
23 de octubre (11:00)

—Es… ¡Uuuuu!… —Maca se desesperaba al mismo tiempo que mantenía el móvil en su oreja difícilmente apoyado sobre su hombro derecho mientras se pintaba las uñas de los pies de un rojo descaradamente oscuro, todo ello en una extraña posición sobre la cama aún sin hacer del hotel— ¡Es… Es… Es un capullo! ¡Un capullo ASÍ de grande! —dijo separando las manos lo que la pintura para uñas, el auricular y su complicada postura sobre la cama se lo permitieron —¡En serio! Ohhh… ¡Y yo una idiota por creerle! ¡JODER! ¡Joder-joder-joder!… ¡Mierda!

—*Maca, cariño…* —Vanessa (la Vane) era todo lo contrario a un «capullo» [de hecho era una «vagina», porque era mujer; pero considerando el sentido figurado de la palabra («capullo» como persona muy hija de…) Vanessa era todo lo contrario y en una ocasión Maca le había confesado que de ser lesbiana seguramente se enamoraría de ella]— *En serio. Olvídalo ya. ¿Quieres?… Por favor. Piensa que en cierto sentido también tú te has aprovechado de él, los dos habéis echado un polvo, ¿o no?… ¡Y muy bueno, por cierto, por lo que me acabas de contar! Así que si él se ha beneficiado de tu cuerpo también tú te has beneficiado del suyo. ¿Cierto?...*

—Vane, tía, en serio… ¡Joder! Que yo no quería echar SÓLO un polvo, yo quería…

—*Ya sé lo que querías* —la interrumpió su amiga, tajante— *Y él se lo pierde. Piensa en ello como tu venganza: ¡Por capullo ahora te quedas sin volver a catar mis tetas como cantimploras!*

—Vane… ¿Por qué coño no naciste con polla?...

—*¿Cómo has dicho?...*

—¿He dicho eso en voz alta?...

Rieron.

—*…Y no olvides…* —insistió Vanessa corriendo un tupido velo sobre las últimas tres líneas— *No olvides… Que siempre fue más feliz quien más amo, y esa…*

—…Y esa siempre fui yo —terminó Maca, interrumpiéndola también, tarareando la canción favorita de su amiga— Eres una romántica Vane, nunca vas a cambiar… ¿Lo sabías?... Deberías dejar de ver estúpidas comedias americanas y pasarte por la Tierra de vez en cuando.

—Y por Tokio, claro… ¡Pero qué suerte que tienes, cabrona!

—Ojalá te hubieran incluido a ti también, sabes que no deseaba otra cosa.

—En ese caso seguro que me habría tirado al Borjita…

Más risas.

—Sí. Y ahora estaríamos las dos pintándonos las uñas sin tirar de móvil.

—Oye… ¿Cómo es Tokio?...

¿Cómo es Tokio?...

—Pues… —dudó un instante, entonces dejó de pintarse las uñas y se incorporó en la cama, cogió el móvil con la mano y puso cara de « *niputidea*» —Ni puta idea, la verdad. Aún no he salido del hotel.

—¿Que no has qué?... ¡Pues no seas tan perraca y sal ya! ¡¿Quieres?!... ¡Estás en Tokio y te quedas en el hotel! ¡No puedo creerlo!…

—Pues este hotel es cojonudo, ¿sabes?... El váter tiene calefacción y…

—¡A la mierda el váter!... Que para eso los inventaron. Sal Maca, sal un poco… ¡Coño! —parecía realmente ofendida— *A ver si así de paso conoces a algún tío con nombre de marca de motos y te retira.*

—¡Eso TÚ no lo permitirías!… —rio.

—…Pues no, la verdad es que no.

—¿Pero sabes?… —admitió Maca al fin— Quizás tengas razón. Así que voy a ver si hay algún macdo por aquí y hablamos luego. ¿Nos conectamos a las diez?...

—A las diez. Y ahora voy a dormir un poco. Que aquí es muy tarde.

—Te quiero Vane. Y si ligo con un tío con nombre de marca de motos,… no me voy de aquí sin que su amigo con nombre de marca de ordenadores se comprometa a salir contigo. ¿De acuerdo?...

Aquello arrancó a su amiga unas carcajadas y Maca se sintió mucho mejor (pues había algo en Vanessa que siempre la reconfortaba).

—*Vale. De acuerdo* —le dijo Vanessa para acabar, y colgaron a la vez.

Capítulo 10

Tián
23 de octubre (11:00)

Una vez allí, Tián llegó a la conclusión de que el lugar en el que tenían al chico no parecía un colegio (*¡para nada!...*), y de que no sabría decir qué era lo que aquel lugar a él le parecía. Y lo escrutó con la mirada…

Se trataba de una viejísima estructura en su mayoría de madera hecha exclusivamente para ser funcional, sin caprichos de diseño ni de ningún otro tipo, sin necesidad de tener que agradar y sin más adornos que aquellos farolillos rojos que ya entonces estaba harto de ver por todas partes y que volvía a ver ahora enmarcando tan austera entrada. «*La de una casa desvencijada, el hogar de la desesperanza, una última morada* »… se dijo, y no pudo evitar sentir cómo el corazón se le encogía al pensar en quien (por mucho que aún no lo conociese) habitaba en ella.

Entonces exhaló un hondo suspiro… ¿de resignación?, quizás nervioso, ¡tal vez incluso de miedo!… antes de dirigirse definitivamente a la entrada.

Y cuando finalmente se plantó delante de la puerta y fue a llamar con los nudillos se percató de que ésta estaba abierta (invitando a quien quisiera a entrar). Entonces se asomó, pero no se veía a nadie en lo que parecía una pequeña recepción al lado de una escalera de caracol metálica que subía hasta lo que seguramente sería (por la altura del edificio, dedujo Tián) su único piso superior.

Así que entró.

…Y un gato de juguete de color dorado le dio la bienvenida moviendo la pata arriba y abajo. Tián le devolvió el saludo con la mano, se paseó por la estancia, reparó en varios títulos enmarcados colgados en la pared que no podía leer y en una maceta con una orquídea morada sobre el mostrador al lado de la escalera.

—¿Hola?...

Nada.

—Hooola…

Tampoco.

—Joder…

.
.
.

—¿Ho… la?... —escuchó de repente, al cabo. Entonces se giró y se encontró con una muchacha de unos veintitantos que atravesaba el umbral de una puerta que quedaba parcialmente oculta detrás de la escalera de caracol que Tián no advirtió al entrar. Era una muchacha hermosa y alta, le sonreía (*¡claro! ¡¿Cómo no?!...*) y vestía con lo que Tián describiría como «*algo típico de aquí*» que no era otra cosa sino un kimono de color azul oscuro con estampado de flores naranjas ribeteado en dorado y plata.

—Hola… —consiguió decir al fin— Soy Tián, digo… Sebastián. Sebastián Díez. Me están esperando —se le acercó tendiéndole la mano que ella aceptó con gusto— Soy el padre de… —y dudó un instante— ¿Cómo era aquello?… Sí… Kat… ¿Kat… su…

—…¿Katsuhiro? —terminó ella por él.

—¡Sí! —confirmó Tián sonriente— Sí. Yo soy su padre.

—¿Padre?... —repitió la chica del kimono azul.

—Tú no hablas español… ¿Verdad?... —le preguntó Tián sin esperar una respuesta— No. No lo hablas —terminó por confirmar.

—Padre… —dijo ella otra vez.

«*¿Otra vez?... ¿Es que tengo cara de cura?...*» se dijo Tián entonces.

Tián había esperado encontrarse con la misma chica (la segunda con la que habló) cuando llamó para preguntar por el chico; ésta, se dijo, debía de ser la primera con la que había hablado (la que no tenía ni pu** idea de español).

—¿Padre?… —otra vez, y dale, y (*además*) sonriendo...

Y Tián (sarcástico-irónico-mordaz) quien odiaba volar y a los alemanes no pudo evitar contestarle:

—Sí. ¡Yooo soooy tu padre!…

Pero ella lo miró extrañada, con desconfianza tal vez, y entonces dio media vuelta y desapareció por la misma puerta por la que había

aparecido.

¡Genial!...

—Y ahora qué… —se preguntaba cuando de repente apareció de nuevo acompañada ahora de otra mujer; una mujer de unos cincuenta, con el pelo blanco y las uñas pintadas de rojo, la sonrisa si la tenía seguramente guardada en la billetera y vestida al más puro estilo occidental: camisa, tejanos y deportivas.

Y detrás de ella… un niño.

Un niño de unos ocho años que en NADA se parecía a su padre. Tenía el cabello liso y negro (muy negro), los ojos como el carbón, la piel de un blanco casi lechoso y a pesar de pertenecer a *smileland* sin sonrisa que regalarle a nadie; vestía de forma sencilla y no dejaba de mirar al suelo como si ahí fuera a encontrar rayado en alguna baldosa cómo aquellos tres adultos esperaban que se comportara.

Katsuhiro caminaba cogido de la mano de la señora del pelo blanco y las uñas rojas, en su otra mano llevaba una mochila que más que cargar arrastraba al caminar (igual que parecía que también arrastraba los pies, el pensamiento, cada hálito que exhalaba y muy probablemente también el alma).

Entonces Tián se dio cuenta de que estaba aterrado. Ya lo había estado antes durante los últimos días a raíz de los últimos acontecimientos que habían varado en su vida, y había vuelto a experimentar esa misma sensación aquella misma mañana minutos antes de salir del hotel para acudir a recoger al muchacho (ya entonces lo supo, lo supo MUY bien, se miró al espejo de la puerta de su habitación y se dijo «*Tián. Estás acojonado*» y después de eso salió al pasillo, bajó al hall y acudió a aquel colegio, orfanato o lo que fuera que fuese aquel lugar). Antes incluso de volar hasta Japón ya había experimentado aquel sentimiento sobrecogedor, y también entonces se dio perfecta cuenta de ello, pero… no se había percatado de hasta qué punto estaba asustado hasta aquel preciso instante en que notó que le temblaban las manos que guardó rápidamente en los bolsillos mientras se frotaba las palmas con las yemas de los dedos que resbalan con el sudor que apareció de repente.

Entonces se dijo que ya había imaginado ese momento, pues lo había dibujado cientos y cientos de veces en su mente desde que supo la noticia y se subió a aquel avión con destino a Tokio y hasta ese mismo instante,… pero nada de lo que imaginara previamente incluyó jamás el miedo que de repente se apoderó de él.

Pero parpadeó dos, tres veces, y se obligó a regresar al mundo real, preguntándose cuánto tiempo habría estado ausente: Una hora, una

semana, un mes… o una vida entera durante aquel instante que para Katsuhiro, para la chica del kimono azul y para la señora que un día perdió la sonrisa fueron tan sólo un par de segundos.

Hasta aquel instante no había dejado de imaginarse a su hijo igual que todos los niños japoneses con los que hasta entonces se había cruzado, a los que se había quedado observando (casi sin darse cuenta) desde la ventanilla del taxi o desde que había salido del hotel aquella misma mañana, como los que iban sentados enfrente suyo en el autobús hasta la estación de Kyoto o como los que jugaban en el parque en el que se había acabado su cappuccino hacía apenas media hora… Y sin embargo aquél niño (aquel, ahora) le resultaba condenadamente diferente a todos los demás.

¿Por qué… estoy sintiendo esto?...

Porque es como un pedazo de mí. Porque soy yo.

Porque en mi vida he contribuido a crear… nada…

Hasta ahora.

Porque vive por el sólo hecho de que aunque sin quererlo Ariasu y yo creamos vida.

Una persona. Una personita.

Que sonríe. Que llora. Que duerme. Que sueña (dormido y despierto). Capaz de amar y capaz de odiar. Que un día te dirá «te quiero» y que al siguiente se enfadará contigo porque esa noche no le dejarás salir. Que aprende. Que enseña. ¡Que vive! Y que convive… Una personita que un día te pedirá que lo lleves al cine y que otro día se sacará el carné de conducir. ¡Que tiene carné para vivir!… Y que se enamorará y que reirá entonces con más ganas que nunca, y que cualquier día se preparará un café con leche, o con baileys… ¡como hago yo! Que programará el despertador y que también lo apagará todas las mañanas antes de ir a trabajar. Que un día tendrá hijos (también), otros hijos, como él, como él mismo lo fue un día, tal cual lo es ahora, como lo es hoy para... mí.

…Que respira y que deja de mirar al suelo y que aún no sonríe y que… ¿Me mira?…

—…¡Joder!

Pero Tián no rehuyó su mirada, como quien contempla algo que aunque no carente de explicación no alcanza a comprender del todo. Se lo quedó mirando durante un buen rato: un minuto, ¿una hora?... ¡Ocho años! (no

sabría decir durante cuánto tiempo).

Hasta que por fin la chica del kimono azul lo sacó de su ensimismamiento, cogiendo la mano de Katsuhiro de las manos de la mujer del pelo cano y acercándoselo a Tián, quien sin darse cuenta sacó sus manos temblorosas de los bolsillos que las custodiaban para que ella posara las del niño sobre las suyas. Entonces le dijo:

—Padre… —sonriente, claro...

—No me jodas… —murmuró Tián en voz muy baja, sólo para sí. Katsuhiro, se dijo, tenía las manos cálidas, y de repente le parecieron increíblemente diminutas; sus dedos, cada uno, del meñique al pulgar, sus palmas y sus muñecas…

El niño miraba a Tián ahora como si de repente todo se hubiera aclarado, como si su repentino interés por lo que alguien hubiera escrito sobre las baldosas del suelo y que hacía sólo un segundo tanto-tanto le preocupaba… ¡de pronto hubiera desaparecido!

Y… ¿Ya está?…

—¡Padre! —dijo otra vez (¡en una sonrisa imposible!) la muchacha del kimono azul.

—Un. Momento —solicitó Tián— Un momento… Joder… —entonces devolvió la mano del niño a la chica del kimono y se dirigió a la mujer del pelo cano— ¿Podemos hablar un momento?... ¿En privado?... Por favor…

Cruzaron la puerta por la que había aparecido la chica del kimono azul para desaparecer después y regresar con Katsuhiro y con aquella otra mujer: una mesa, dos sillas, un armario y otro de esos gatos dorados que te miran y que mueven la pata como si nunca se fueran a cansar, en la pared un calendario con la foto de un jardín nevado y los días del mes tachados hasta el día de hoy.

—¿Existe… algún problema? —le preguntó entonces la mujer del pelo blanco en un español perfecto (lo que confirmó a Tián que se trataba de la misma con la que había hablado por teléfono la segunda vez).

En aquel instante a Tián le asaltó el pensamiento de que había dejado a su hijo con una desconocida, la chica del kimono azul (aunque alguien, seguramente, a quien Katsuhiro conocía bastante mejor que a él, su propio padre), y de repente descubrió que aquello no le gustaba, y que

aún le gustaba menos descubrir que algo así pudiera preocuparlo.

—¿Existe algún problema?... —insistió la mujer que aún esperaba a que reaccionase.

—No… No, que va. No hay ningún problema, en absoluto…

No, que va, joder… ¡Y una leche!...

Pero ella no dejaba de observarle con aquel aire inquisitivo que había traído ya a la recepción de aquel lugar, y arqueó una ceja forzándole a una respuesta sincera.

…Mierda.

—Este niño… —dijo Tián por fin— Verá… Este niño... A mí no me conoce. Había pensado… —la mujer del pelo blanco seguía con una ceja en arca— Sólo pensaba que, y si… Mierda… —sentía que debía preguntárselo— Sólo pensaba que tal vez estuviera mejor con ustedes, aquí. A ustedes SÍ les conoce. Y ésta… —le dijo abriendo los brazos como si lo que quisiera fuera abarcar aquella pequeña habitación entera— Esta es… su casa.

—Discúlpeme si no lo entiendo, señor Díez… —habló de nuevo la mujer del pelo blanco, su rostro todavía (siempre) una máscara estoica.

—Quiero decir, que tal vez… Que tal vez sería mejor para él… ¡Para todos!… Si lo adoptaran... ¿Aquí?... —acabó preguntando.

Cejas en arcas de nuevo (ahora las dos).

—Pero eso no es posible —alegó ella como si realmente no entendiera lo que Tián trataba de decirle.

—¿Por qué… no?...

—Porque usted es su padre.

—Pero podría darlo en adopción.

—Pero eso no es posible.

—¿Por qué?...

—Porque usted es su padre —otra vez.

—Sí. Yo soy su padre, claro… Pero… El chico estaría mejor aquí, con una familia de su misma nacionalidad, sin moverse de su país… Con gente de

su misma cultura, que lo entiendan…

—Katsuhiro habla español perfectamente —alegó ella entonces.

—No me refería a esa clase de entendimiento…

—Creo que ya le entiendo señor Díez —concedió al fin— Pero eso no es posible —insistió.

—¿Por qué no va a ser posible?... —insistió Tián también.

Pero Tián ya conocía la respuesta.

Entonces la mujer de pelo blanco y sonrisa ausente lo miró una última vez y, por última vez también, le dijo:

—Porque usted es su padre —y antes de que diera la charla por concluida, añadió— Y señor Díez… Procure cuidar su vocabulario en presencia de Katsuhiro. Por favor.

Capítulo 11

Jose
23 de octubre (11:05)

La calle en la que vivía *luna* no era como se la había imaginado. No había ni un solo árbol perfectamente podado al más puro estilo bonsái (bien pensado, se dijo después, no había ni un solo árbol :L), los pájaros no cantaban (porque tampoco los había), ni había pétalos diminutos de color rosa flotando en el aire ni plantas de las que pudieran desprenderse; las casas vecinas no tenían cada una su particular jardín zen ni había tampoco vendedores de noodles humeantes tirando de sus carritos de madera de dos ruedas. Lo que SÍ había era un patio diminuto que utilizaba un restaurante cercano para sacar las basuras y un montón de gatos japos husmeando en éstas qué llevarse a la boca aquel día; definitivamente aquel, concluyó, no se parecía en nada al barrio en el que vivía *doraemon*…

Aquello (en parte) lo desanimó bastante, como cuando te das cuenta de que algo no está saliendo bien desde un principio y eres de esos que piensa que lo que mal empieza mal acaba.

…¡Ayyy!

Pero se acercó hasta la puerta con el número 33 pegado sobre la fachada, y como aquella era la calle «*Nubononononosequé…*» todo indicaba que tras esa puerta «*¡por huevos!* ^^» se encontraba el amor de su vida (o por lo menos, se lo pensó otra vez, el que tenía que ser «*¡por huevos!... otra vez*» el amor de aquella etapa de su vida).

TOC-TOC-TOC… llamó, pues si existía algún timbre no lo encontró.

Joder…

Nada.

TOC-TOC-TOC…

Joder… Qué corte. Coño @_@

Nada.

TOC-TOC-TOC…

Joder… ¿Me voy?...

Nada.

…Pues me voy.

¡No! No me voy.

TOC-TOC-TOC…

Joooder… ¿Pero qué pasa?… Que no me abren... :/

Llamó de nuevo…

TOOOC-TOOOC-TOOOCOOOCOOOCOOOC…

…Cuando por fin (¡de repente!) se abrió la puerta y un japonés del tamaño de dos japoneses ocupó el umbral de lado a lado con el rostro completamente encarnado (*¿está?… Joder… ¡Está anaranjado el tío este!*); las cejas le iban de la parte superior de las orejas a unos lóbulos de la nariz totalmente abiertos y mostraba unos dientes más amarillos que él mismo y cuanto menos retorcidos. Miró a Jose fijamente a los ojos (con unos ojos tan abiertos y redondeados que cualquiera diría que no eran los de un japonés) y a continuación le dijo algo (exageradamente largo y exageradamente malsonante) de lo cual Jose tan sólo pudo a entender una palabra: «nintendo»…

—¿Pero qué me dice?... —dio un salto hacia atrás— ¡Coooño ya! —exaltado— Ahhh… Japonés ¬¬

—¿Pañol?...

—Español. Sí XD

—Hablas pañol...

—Es-pañol. Sí.

—¿Quién coño eles?...

—Y tú dónde coño has aprendido la palabra «coño»… :L ¡Coño!

—Novia pañola.

—Claro… —alegó Jose por fin algo más relajado— ¿Está *luna* en casa? —fue al grano.

—¿*Luna*?... —inquirió el japonés de color naranja rebajando por fin la intensidad del amarillo de sus facciones y devolviendo las cejas a su lugar original— ¿Qué *luna*? ¿La luna Valencia? Mi novia pañola ela de Valencia, pelo no de la luna Valencia, sólo de Valencia.

—No, no, no… —trató de no exasperarse— Nooo. Luna es su nick. Disculpa.

—¿Nick?... Yo tengo amigo que se llama Nick, pelo no pañol, melicano. Es de…

—¡Se llama! —lo interrumpió de repente— Shiru XD

—¿Shilu?...

—Aha… :')

—No hay Shilu aquí.

—¿No hay Shiru aquí?... —repitió Jose incrédulo— ¿Cómo que «no hay Shiru aquí»?… ¿Qué quieres decir con «no hay Shiru aquí»?... O.O

—Aquí no vive Shilu ninguna. Te han comido tu pelo pañol.

«*Tomado… ¬¬ Tomado el pelo, joder…*» lo corrigió Jose con el pensamiento.

—Pelo te plesento mi helmana —se ofreció entonces el japonés del tamaño de dos japoneses con el color amarillo ya en la totalidad de su rostro rechoncho y de repente una sonrisa.

Pero para entonces Jose tenía el pensamiento en otro sitio (en muchos sitios de hecho, a la vez que en ninguno en particular), la mente nublada, la vista en blanco, el corazón hueco y el alma sujetándose al cuerpo con todas sus fuerzas para no darse de bruces contra el suelo. Así que se dio la vuelta y regresó por donde vino.

—Mierda… :L —y así, de repente, dejó de pensar en verde.

—¡ES GUAPA MI HELMANA, PAÑOL!... —insistía, mientras se alejaba, el japonés capaz de pasar del naranja al amarillo igual que si fuera un camaleón.

Capítulo 12

Tián
23 de octubre (11:35)

Hechas las comprobaciones de rigor que probaban que se trataba de la misma persona a la que la madre de Katsuhiro hacía referencia en sus últimas voluntades, Tián (quien al final perdió la cuenta de cuántas veces la chica del kimono azul fotocopió su pasaporte) se vio en la calle con un niño de ocho años cogido de su mano tan fuertemente como si en cualquier momento el suelo bajo sus pies fuera a abrirse y ambos fueran a caer en un abismo; un niño al que no se atrevía a mirar porque en aquel preciso instante no dejaba de observarle desde una distancia de metro y poco más abajo con sus diminutos ojos negros de los que se dijo que parecían no saber parpadear.

…Joder.

—Vamos… —le dijo entonces, y comenzó a andar tirando de la mano de Katsuhiro quien no hizo ningún esfuerzo por impedírselo.

Tián se percató de cómo caminaba a su lado, de cómo lo acompañaba y de cómo de vez en cuando miraba hacia arriba y lo observaba nuevamente (perplejo), y entonces percibió el calor en la palma de su diminuta mano, la cual también sudaba, con la que se agarraba a la suya con tantísima fuerza. Observó sus pies al son de sus pasos, sus desgastadas deportivas rojas y los flecos de sus pantalones ocultándole los cordones.

Lo oyó suspirar y también Tián suspiró, y después se preguntó si también él estaría nervioso.

Así, y en completo silencio, llegaron al mismo parque en el que hacía sólo un rato Tián se había terminado su cappuccino. Se sentaron en un banco, suspiró nervioso (de nuevo) y trató de que no se le notase.

«*¿Y ahora… Qué?…*» se dijo, y finalmente se encaró hacia él y lo observó directamente un segundo.

Y… ¿Qué coño le digo yo ahora?...

—Yo soy Katsu —habló el niño primero para sorpresa del adulto.

Por lo que a éste aún le costó un par de segundos más conseguir articular

palabra, pero al final lo logró:

—Sí… —pronunció Tián al cabo— Katsumoto, ¿no?...

—Katsuhiro —lo corrigió.

—Katsuhiro, claro coño, perdona… —«*¡Mierda!*» se dijo entonces «*la señora aquella me dijo que no hablase así delante del niño. ¡He de vigilar con eso!...*»

—Pero puedes llamarme Katsu —habló otra vez el niño— Todo el mundo me llama Katsu.

—Katsu… —repitió Tián, y sin quererlo sonrió.

—…

—Yo me llamo Sebastián —se presentó él entonces—, pero puedes llamarme Tián.

—Tián —pronunció Katsuhiro como si lo que quisiera fuese probar qué tal sonaba aquello salido de sus cuerdas vocales —Tián. Vale.

—…Y soy tu padre, Katsu.

…

—Vale —dijo otra vez.

—¿Vale?...

—Sí. Vale.

—¿Qué quieres decir con… «vale»?... —inquirió Tián— ¿El qué vale?... ¿Que vale que bien que soy… tu padre?... ¿O que vale que te valgo como padre?...

—Sólo «vale» —le dijo Katsuhiro— No quieras buscarle tantos significados a esa palabra.

—Vaya…

—«Vaya» que.

—Que no me esperaba una respuesta así de un niño de ocho años…

—Casi nueve.

—Bueno, casi nueve —se corrigió Tián— Pues no me esperaba una respuesta así de un niño de casi nueve años.

—Vale —pronunció Katsuhiro.

—Vale —repitió Tián.

En ese instante pensó que no llevaba sus minicigarrillos encima y que daría lo que fuera por tener uno entre los labios. También pensó que le gustaba la voz de aquel niño, la voz de su hijo, y pensó que parecía un buen chico («*¡un buen tío!...*» se dijo). Pensó que parecía agradable y dicharachero.

—Estoy hospedado en el *Conrad*… —le explicó entonces— He cogido una habitación que compartiremos aún tres noches, nuestro vuelo sale el domingo.

—Me voy a España contigo —le preguntó Katsuhiro a continuación.

…Y Tián se dio cuenta de que le preguntaba sin emitir ninguna entonación.

—¿Qué te han contado en… —*en dónde, en el colegio, el orfanato, el qué…* —¿Qué te han contado las dos señoras de antes?... Las… Joder… Las… —*¡Joder Tián! No digas «joder»…*

—Si. Me han dicho eso.

—¿El qué?...

—Que vendrías a buscarme y que me llevarías a vivir contigo a España.

—Aha… —opinó Tián.

—Y ya me has venido a buscar —dilucidó Katsuhiro— Así… —sonrió, aunque levemente (pero por primera vez, se dio cuenta Tián, desde que acudió a buscarlo)— Así que ahora me voy a España... Contigo… —preguntó de nuevo sin preguntar.

«*…Y con Paula*» se dijo Tián de repente «*…que ya casi lo había olvidado*»

—¿Has desayunado ya?... —le preguntó.

Y de pronto Katsuhiro llenó su cara con una amplia sonrisa (para nada

leve en esta ocasión).

—Nooo. Todavía no.

—Pues vamos —le dijo.

Y entonces se puso en pie y le tendió de nuevo la mano, a la que Katsu volvió a agarrarse con ganas, y continuaron caminando (sin rumbo ni sentido, sin saber siquiera cuál es la dirección de la cafetería, bar o puesto ambulante al que padres e hijos van por primera vez cuando el destino decide que algún día debían conocerse).

Capítulo 13

No hay vida sin amor que
merezca la pena vivir
- Hank Moody -

Tián y Martí
23 de octubre (23:05)

El *Conrad* tenía un bar agradable unas cuantas plantas por encima del hall principal, una enorme barra circular central con pequeños reservados aquí y allá para que hombres de negocios y mujeres de hombres de negocios cerrasen tratos y se pusieran de acuerdo sobre cuál sería la moda de la próxima temporada (para lo que fuera que fuese que fueran a ponerse de acuerdo en poner de moda).

Tián se encontraba en uno de estos reservados, solo. Había dejado a Katsu durmiendo en su cama en la habitación del hotel y aprovechado aquel momento para tomarse un *lo-que-sea* con *redbul* y (ya de paso también) para tratar de poner en orden aunque fuera sólo un poco sus caóticos pensamientos, aún a sabiendas de que aquella sería («*ifijo que sí!*»… ya que no podría ser de ninguna otra manera) una ardua tarea.

—Pensamientos… —se dijo en la soledad de su reservado mientras se llevaba un purito a la boca— El problema… ¡es que ahora mismo de eso tengo un montón! —y suspiró y echó un trago de su no-se-qué-coño-he-pedido con *redbul*.

…Cuando de repente se le acercó un hombre tremendamente alto y corpulento («*¡PUTO-ARMARIO-ROPERO!*»), alguien a quien antes de que diera su siguiente paso Tián identificó como «*…el tío alto aquél que venía en el avión empotrado en su asiento sentado junto a la salida de emergencia*»

—Perdone… —pronunció entonces «*el tío alto aquél que venía en el avión empotrado en su asiento sentado junto a la salida de emergencia*»— ¿Ez Uzted Zebaztián Díez?... —le preguntó— ¿Zebaztián Díez? ¿El ezcritor?...

—El mismo que viste y calza —le respondió Tián (¡le encantaba aquella respuesta!)— ¿Ahora va a decirme que ha leído todos mis libros?...

—Ummm… No. De hecho no he leído ningún libro zuyo —respondió el «*puto armario ropero*»— Pero ziempre llevo uno conmigo. Y le he

reconozido por la foto de la contraportada.

«*¡Laaa leche!*» pensó Tián.

—No ha leído ninguno de mis libros —repitió, se ratificó, se preguntó— ¿Pero siempre lleva uno consigo?...

Esta vez Martí asintió con la cabeza.

—Sinceramente… —habló Tián de nuevo— No esperaba que en lo que queda del día nadie fuera a sorprenderme así. ¿Quiere…

—Claro —y se sentó frente a Tián, terminando de invadir su reservado, sin titubear.

—Dígame, señor… —dejó Tián la frase en el aire.

—Martín. Martí Martín —se dieron la mano.

…

—Dígame, siento curiosidad… ¿Qué libro mío… que no ha leído —puntualizó—… es el que lleva siempre encima?

—Ze titula *Todo lo que importa*.

«*Claro…*» pensó Tián. *Todo lo que importa*, su obra más vendida y a la que debía en gran parte su popularidad, la historia de un hombre que un día perdió la capacidad de amar.

—¿Y si siempre lo lleva encima… —empezó a preguntarle.

—«Enzima» no —lo interrumpió Martí, corrigiéndole— «Conmigo». Lo tengo en mi habitazión —señaló con su índice derecho hacia arriba.

«*¡Sin duda un tío de lo más peculiar!...*» se dijo Tián.

—…por qué no se lo lee?... —terminó (por fin) su pregunta.

—Me da pereza —fue sincero Martí— Ez que ez muy gruezo.

—Y… Si le parece tan grueso… ¿Por qué lo compró?... —preguntó Tián de nuevo.

—Oh, no lo compré.

—¿No lo compró?

—No lo compré.

—No lo compró.

—No.

—¿Se lo regalaron?...

—Tampoco.

—¿Por qué estoy pensando que me va a gustar que me explique cómo llegó ese libro a sus manos?...

—Pertenezía a un hombre al que liquidé —le explicó Martí entonces.

—¡¿Lo tenía un hombre al que liquidó?!... —repitió Tián sin poder creer qué estaba repitiendo.

—Zí. Lo tenía un hombre al que liquidé —se ratificó Martí.

—¿Es que usted… liquida… —*¡joder!*— liquida hombres?... —bajó la voz instintivamente, de repente.

—A vezez también mujerez —le aclaró Martí, las cosas claras— ¡Caracolez! ¡No tengo maníaz en eze azpecto!

—Aha… —asintió Tián boquiabierto.

—Pertenezía a un hombre al que liquidé —dijo Martí otra vez— Dezpuéz de ezo aparezieron loz pitufoz, no por mí, por otro tema, por un borracho me parece… El cazo ez que tuve que ezperarme en la habitazión del hombre al que acababa de matar, aquel hombre tenía zu libro y lo ojeé, me parezió interezante y me lo llevé.

—Muy interezante… —opinó Tián— ¡INTERESANTE! —se corrigió enseguida, «*¡JODER!*» Y no pudo evitar preguntarle, a continuación— Oiga… Antes… Antes ha dicho… ¿Ha dicho?… ¿«caracoles»?...

—Caracolez. Zí. ¿Por qué?...

—No lo sé… —admitió Tián, repentinamente admirado— Es que no me imagino a un asesino diciendo… «caracoles»

—Oh… Ez ezo… No ez Uzted el primero que me lo dize.

—Lo imagino.

—Ez que no puedo dezir palabrotaz.

—¿Cómo?...

—No puedo dezir palabrotaz —repitió Martí.

—¿Mata gente… —preguntó Tián de nuevo— pero... no puede decir palabrotas?...

—Azí ez. ¿Ez ezo malo?...

—En absoluto —llegó Tián rápidamente a aquella conclusión— Supongo que si te cargas a alguien sin decirle antes que es un pobre mal nacido… ¡Vale! No eres tan malo como otro asesino que además le diga eso más algún que otro taco de más de propina. ¿No?... Pero aún así… Bueno… No sé… No creo que eso le redima cuando le llegue su día.

—Zí que puedo dezir «mal nazido» —lo corrigió Martí una vez más— Ezo no ez ningún taco, zólo indica que un tío ha nazido mal, alguien que naze del revéz… ya ez un mal nazido, claro que puedo dezir «mal nazido». Aunque no lo digo mucho —admitió de pronto, pensativo.

—Y… —fue a preguntarle Tián: «*¿Qué le dice a un tío antes de pegarle un tiro?...*» —Dígame… ¿Qué le dice a un tío antes de pegarle un tiro?...

—Puez le digo… —le explicó— «Haz zido malo», «erez un villano» o también «erez un canalla»

—Y… ¿por qué COÑO no puede decir palabrotas?… —seguía preguntando Tián maravillado.

—Ze lo prometí a mi madre —respondió Martí.

—¡¿Qué?!...

—De niño me ezpulzaron de la ezcuela por dezir… ¡Caracolez! Eztá bien, haré una ezepzión por ezta vez —concedió— Me ezpulzaron un día por dezir «a tomar por el culo»…

—¿«A tomar por culo»?… —repitió Tián.

—No. «A tomar por el culo». No ez lo mizmo. Aquél día mi madre me hizo prometer que JAMÁZ volvería a dezir palabrotaz.

—¿El qué… no es lo mismo?... —quiso saber Tián de repente confundido.

—Uzted ha dicho «a tomar por culo», y fue «a tomar por el culo». No ez lo mizmo.

—¿Ah, no?...

—No. Zi envíaz a alguien «a tomar por culo»… zólo lo eztáz inzultando, eza fraze hoy día careze baztante de zentido, quien la ezcucha interpreta que lo han enviado a tomar por culo, nada máz —le explicó con dedicación— En cambio zi lo envíaz «a tomar por EL culo», eza palabra de máz, bueno, ni ziquiera ez una palabra, ¿qué ez?… ¿Un artículo?, doz letraz... «E» y «L»… le dan a eza fraze un zentido mucho máz profundo, entoncez quien te oye entiende que lo eztáz enviando a tomar por el culo de verdad, a que alguien le baje loz pantalonez hazta loz tobilloz y le meta por el culo un rabo de veinte zentímetroz de largo. Ez como dezir «gilipollaz», ezo hoy no tiene zentido, pero pruebe a dezirle a un tío que ez «tonto» y verá cómo ze pone…

—Joooder… —fue todo cuanto pudo opinar el famoso escritor que hasta entonces jamás se había quedado sin palabras.

—Zí. Cázpita —le dio la razón por dársela, sin más, Martí.

—Oiga… —*¡seguimos preguntando!*— ¿Nunca se ha planteado escribir?...

—No. Nunca. ¿Por qué?

—¡Porque debería! —opinó Tián sintiendo de repente un no-se-qué que hacía años que no sentía, realmente entusiasmado «*¡porque no todos los días conoces gente así! ¡Joder!*»— ¡Porque habla muy bien!

—¿Me toma el pelo?...

—No me refiero a cómo habla, joder… Sino a las cosas que dice.

—Y ¿cómo habla uzted en zuz libroz? ¿En zuz libroz dize tacoz?... —preguntó Martí esta vez.

—No. Mis libros son para niños, por lo menos los que escribo ahora. En mis libros hablo como usted.

—Caray… Me guztaría leer algo zuyo algún día. Tal vez empieze a leer zu libro.

—El que tiene usted es el último que escribí para el público adulto —quiso

dejarle claro Tián.

—Entonzez tal vez me compre uno de ezoz que ezcribe para críoz.

Llegados a aquel punto y con lo que estaba disfrutando de la conversación (*…¿tal vez debería volver a escribir para adultos?*) Tián echó mano de una cajetilla de cerillas del *Conrad* y por fin se encendió el purito que aún mantenía apagado entre los labios encajado en una sonrisa a medias.

¡Genial!

—¿Un purito?... —le ofreció a continuación.

—No. Graciaz.

—Claro… —admitió Tián— Si no dice tacos… ¿Qué coño va a fumar?

—Zí fumo —lo corrigió Martí— Pero no puritoz. Graziaz.

Y antes que Martí dijera nada más, una mujer alta, demasiado pintada y aún más arrugada los interrumpió con un «*...¿le importaría tirar el humo en otra dirección?*» que hizo que ambos se miraran un segundo entre ellos antes volverse y fulminarla (ambos, a la vez) con la mirada.

—En realidad eso no depende de mí, señora… —le dijo Tián— Son los ventiladores del techo los que lo mueven a su antojo.

—Es que me molesta —insistió ella— ¡Mucho!

—Eztá Uzté en la zona para fumadorez, zeñora —insistió Martí también— Zi le molezta el humo de loz fumadorez… ziénteze en el otro ala del bar. Ez muy zenzillo.

—¡No es usted precisamente un caballero! —se sintió de repente atacada la mujer arrugada.

—Y no lo pretendo —le respondió Martí.

…Instante en que a Tián le dio por escupir *donuts* de humo O O O O O O O…

—¡Son ustedes unos groseros!

—Lo juzto y nezezario. Tampoco hay que zer demaziado borde, digo yo…

Ante esto la mujer demasiado pintada y todavía más arrugada no pudo menos que levantarse, levantar aún más su mentón, recoger su bolso, sus arrugas y desaparecer; poco antes de llegar al área reservada para los no

fumadores aún podían oírla despotricar… echando más humo por la cabeza, opinó Tián, que mi pobre *minidavidoff*.

—Si es que… —opinó Tián para sí— Si no es por joder… le da un aire —mientras contemplaba a la mujer de las arrugas, de lejos ya, gesticular con las manos como si se estuviese fumando un puro gigante— Me cae usted bien —cambió de tema de repente, sonriente, dirigiéndose de nuevo a Martí e incorporándose en su butaca a la vez que desechaba la ceniza de sus primeras caladas en forma de *donuts* sobre el cenicero en el centro de la mesa.

—¿De verdad?... —le preguntó martí.

—De verdad. Sí —le confirmó Tián con la sonrisa en los labios, el humo de su última calada escapando de sus fosas nasales como si fuera un dragón adicto al *redbul* y la mente en lo que podría ser su próxima novela para el público adulto.

—Puez no zé... —admitió Martí— Mato gente y ezpanto a laz mujerez —pronunció aludiendo a la arruga maquillada que hacía sólo un momento ocupaba el asiento contiguo.

—Ya… —le concedió Tián— Pero a mí me cae bien. Así que me parece un buen tío, aunque en realidad no lo sea.

—Puez graciaz —aceptó Martí congraciado— Zupongo que ez cueztión de opinionez.

—Supongo —admitió Tián.

—¿Puedo preguntarle qué eztá haziendo aquí?... —preguntó Martí a continuación.

—He venido a buscar a mi hijo.

—¿Eztá eztudiando aquí?... —preguntó de nuevo.

—Sí… —le respondió Tián enseguida, aunque con un deje de duda en su afirmación— Supongo que puede decirse… que sí —*puesto que lleva ocho años estudiando aquí*— Y usted... ¿Qué está haciendo usted en Japón?

—He venido por trabajo.

—Oh… —opinó Tián— Mejor no me lo cuente, ¿vale?...

—Zí, ez mejor que no —coincidió Martí.

Y dicho esto, Tián, quien llevaba ya un rato pensando en el niño de ocho años que resultaba que no era sino su propio hijo al cual acababa de conocer aquella misma mañana y que entonces dormía en su habitación,… aplastó el final de su *minidavidoff* en el cenicero, se puso en pie y le tendió la mano a Martí.

—Me ha encantado charlar con usted señor Martín.

—Lo mizmo digo —se puso en pie también, se estrecharon la mano— Que le vaya bien lo que zea que ezté haziendo aquí.

—¡Gracias! —aceptó Tián— Que le vaya bien a usted también… —y sonrió satisfecho— Su… —dudó un microsegundo— Su… Lo… Lo que… El trabajo… Bueno… Eso… Joder… Lo que sea que ha de hacer ahora,… aquí, ahora, eso… En fin… Ojalá volvamos a coincidir otra vez en el futuro —terminó— Hasta siempre señor Martín.

—Hazta ziempre zeñor Díez.

Capítulo 14

Tián
24 de octubre (mediodía)

Tián pensó que ya que se encontraba con alguien que llevaba ocho años (casi nueve) viviendo en Japón, y concretamente en Tokio, valdría la pena arriesgarse a comer fuera del hotel donde sea que un niño de ocho años quisiese llevar a su padre al que acababa de conocer el día anterior, aunque ello, se dijo a continuación… «*sea a riesgo de que más tarde mi estómago me recuerde que no fue una buena idea y el halcón milenario que tengo instalado en el baño de la habitación del hotel no tenga potencia suficiente para saltar al hiperespacio*»

Para entonces Katsu ya conocía algo mejor a aquel señor que decía ser su padre, a aquel individuo que después de dejar *El refugio de la esperanza* (así llamaban a aquella casa de acogida en Tokio) y de camino al hotel se había reído de una pareja de novios porque él tenía el pelo azul y ella rosa (aunque lo que más sorprendió a Katsu fue que se acercara hasta ellos para que le vieran reírse en sus caras sin ningún reparo). También hizo algún que otro comentario mordaz sobre una cuidadora tremendamente gorda que bajaba del autobús escolar antes que los niños, de la recepcionista del hotel cuando llegaron al *Conrad* y de la máscara que le tapaba la cara así como de otra pareja con la que se cruzaron en el pasillo antes de llegar a su habitación y cuya última anotación fue «*…pobrecillos*» seguido de un exagerado gesto de negación con la cabeza.

Antes de salir a comer aquella tarde (después de que Katsu despertara pasadas las doce del mediodía de un sueño que venía necesitando desde hacía demasiado tiempo y al que se rindió finalmente en cuanto se echó por primera vez sobre su cama del hotel la noche anterior, momento en el que el cansancio por fin venció a sus pálidos párpados de repente tan, tan pesados) Tián había estado despotricando del sistema de alumbrado de Tokio por no sé qué problema que había advertido la noche anterior desde la ventana de su habitación («*…¡y es por eso por lo que estáis todos tan, tan pálidos!*» había dicho en un tono que demostraba que estaba completamente convencido de lo que decía); ya entonces Katsu advirtió que cada uno de los comentarios que hacía de este tipo iban (siempre) acompañados de aquella careta de frente arrugada de malhumor y descontento, como si las cosas nunca le salieran como él esperaba.

Con todo a Katsu le entusiasmó la idea de ser él quien eligiese el lugar donde ir a comer, y decidió que sería en un pequeño mercado del distrito de *Ginza* (lo que a Tián naturalmente sonó a chino,… o a japo) al que solía ir con su madre de la que ambos se dieron cuenta entonces preferían no

nombrar todavía. Entonces, pensó Tián, todo era demasiado reciente aún, pero ya habría tiempo para eso en adelante… se dijo (¡y vaya si lo habría!… se dijo también).

Katsu le habló a Tián de todas y cada una de las esquinas que iban dejando atrás, igual que si fuese un guía turístico, y así Tián supo que *Ginza* fue un terreno pantanoso antes de convertirse en una de las calles más importantes de la ciudad, otrora residencia de ranas y renacuajos y ahora atestada de centros comerciales, boutiques de moda y restaurantes de lujo; que su nombre significaba «*lugar de la plata*» y que un incendio la redujo a cenizas casi por completo en 1872 cuando tuvo que ser reconstruida. Lo mejor, se dio cuenta Tián, era que todo cuanto el niño le explicaba iba acompañado siempre de una sonrisa que parecía incapaz de abandonar sus pálidas mejillas, igual que el anfitrión que en su casa ese día lo dedica a su huésped más importante. Lo cierto, se dio cuenta entonces, es que desde el momento en que Katsu por fin comenzó a sonreír (el día anterior cuando le preguntó si había desayunado)… ya no dejó de hacerlo.

Parecía que Katsu se sentía a gusto, y de repente Tián se sentía importante para aquel niño, por lo que también sintió cómo la sonrisa de Katsu se adueñaba de sus mejillas donde se instalaba y quedaba fija igual que le ocurrió aquella vez de niño jugando a morder el bote de laca de su madre.

—A que te dedicas —le preguntó Katsu después de que les sirvieran la comida, sin entonación alguna como a Tián ya venía pareciéndole normal, mientras jugueteaba removiendo con los palillos los fideos en su bowl de yakisoba.

—¿De qué?...

—De yakisoba —repitió Katsu.

¡Ya ves… El tal Yaki es un sobón!

…Y Tián se pidió lo mismo (¡estaban buenísimos!).

—Escribo… —le respondió, mientras el único fideo que había logrado coger con aquellos malditos palillos hacía puenting desde la comisura de sus labios.

—Y que escribes —preguntó Katsu de nuevo.

—Cuentos. Escribo cuentos.

—Y son divertidos —preguntó otra vez.

—Supongo… —caviló Tián— Ya que se venden bastante bien.

—No te imagino escribiendo cuentos divertidos —admitió Katsu antes de arrugar la nariz en una mueca imposible.

—Pues se venden muy bien. En serio.

—Eso es porque cuando escribes no lo haces como si fueras tú realmente, seguramente te metes en la piel de tus personajes y hablas como lo harían ellos que no son sino personajes de un cuento infantil, seguramente no te expresas como eres tú en realidad. Me equivoco —preguntó una vez más.

«*…¡Joder con el chaval!*» se dijo Tián.

—Jo… —fue a decir «*joder*», pero en esta ocasión logró evitarlo— Su… Supongo —dijo— que tienes razón… —admitió Tián— Supongo que si me expresase como lo hago normalmente no sólo no vendería sino que tal vez me prohibirían en la mitad de las librerías del país.

—Y la otra mitad.

—La otra mitad me idolatraría por expresarme así —sonrió— Créeme… —asintió.

«*Porque si en mis cuentos fuera yo mismo…*» pensó a continuación, « *seguramente mandaría a tomar por culo, o mejor dicho a tomar por «EL» culo, a la lagartija sin cola, a la liebre Bea y por supuesto también a Pancho el zorro*»

—Por que estás siempre de malhumor —preguntó Katsu de nuevo.

A Tián le sorprendió su pregunta y se dio cuenta de que no tenía una respuesta para ésta, por lo menos no una sincera e inmediata.

—No… No estoy siempre de malhumor —mintió entonces.

—Vale —contestó Katsu dando cuenta de sus yakisoba.

Enseguida Tián comprendió que aquel «vale» equivalía a «vale, lo que tu digas», lo que le recordó a la relación que tenía con su padre cuando él también tenía tan sólo ocho años, y pensó que no era esa la clase de

relación que quería tener con Katsu.

—Olvídalo, por favor. Es sólo que a veces… —se concedió un segundo, dos…— A veces me pongo de mala leche, sólo eso.

—Por que —preguntó Katsu de nuevo.

—Por todo. No sé… —admitió Tián, quien se dijo que parecía que hablaba con un adulto escondido en el cuerpo de un niño— Porque hoy soy un día más viejo que ayer... supongo —añadió por completar de alguna manera una respuesta que en realidad no lo era.

—También eres más joven de lo que lo serás mañana —dilucidó Katsu.

—¡Coño! —se le escapó esta vez a Tián, y soltó los palillos en el interior su bowl de fideos a más de la mitad—… La verdad es que nunca lo había visto así.

—Que significa eso —inquirió Katsu una vez más, de repente extrañado, con su nariz arrugada en una mueca imposible.

—Qué significa el qué…

—Coño.

—¿Coño?...

—Sí. Coño. Que es «*coño*». Nunca lo he oído en clase de español.

¡Coño!…

—«*Coño*»… —repitió Tián. «*¡Coño, coño, coño!.. ¡JODER!*»— Es… Es una expresión —le dijo— Indica sorpresa. Es como decir… «*caracoles*»… Sí, más o menos, sí, eso es…

—Caracoles —repitió Katsu— Como el animal —preguntó de nuevo.

—Como el animal. Sí. De hecho un caracol y un coño son muy parecidos —concedió Tián, y después de eso titubeó— Bueno… Es más como una babosa, sí, pero con pelo… en la mayoría de los casos…

¡PERO QUÉ… CO… LE ESTOY EXPLICANDO AL NIÑO!

—Vaya —se sorprendió Katsu— Y hay coños en España —quiso saber.

—Sí. Muchos.

—Espero algún día ver alguno —admitió, hasta las cejas de curiosidad.

—…¡Seguro! Seguro que verás alguno algún día —dijo Tián, «*¡tengo que dejar de soltar tacos desde YA!*»… y haciendo a un lado su bowl de yakisoba todavía a la mitad…— ¿Te apetece un postre?...

Capítulo 15

Maca y Jose
24 de octubre (16:55)

No consiguió dormir, y se sentía exhausto. Pues se había pasado toda la noche pensando en si el japonés aquel del tamaño de dos japoneses y dientes retorcidos que le había abierto la puerta en lugar de *luna*… habría recibido, se habría leído y si aún conservaría el libro de poesías que le mandó a su cibernovia en el día de su aniversario :L …Desde el momento en que por primera vez (pasadas las doce, antes de acostarse) le asaltó este pensamiento… ¡ya no pudo evitar imaginarse a aquel tío enorme sentado en un sofá que (en su entonces retorcida imaginación) mantenía presas sus caderas mientras disfrutaba de los poemas que otro hombre había seleccionado cuidadosamente para otra mujer! -.-`

—Hay que joderse —murmuró por enésima vez aquella mañana.

¡Se sentía traicionado! Pues sentía como si acabase de romper con su novia (que era lo que era *luna* hasta el día anterior, por mucho que nunca hubiesen llegado a verse en persona); y entonces se dio cuenta que, curiosamente, le molestaba más el hecho de que aquel tío hubiese recibido un libro que no era para él que el hecho de que quien creía el amor de su vida (o por lo menos de aquella etapa de su vida) le hubiese mentido.

Pero estaba en Japón, y con o sin novia aquello le parecía MUY, MUY FUERTE [porque para alguien quien en su último cumpleaños se había vestido (y peinado, aunque esto sólo lo intentó) como el capitán Harlock… estar en el país del manga y el anime era sencillamente fuerte, MUY, MUY FUERTE]. Por eso se esforzó en dejar de pensar en luna (*¿En quién? ¿Luna? ¿Qué luna?...*) y salió a la calle con espíritu renovado y una sonrisa como esta :D …y se paseó por un montón de sitios cuyos nombres jamás sabría y estuvo en un montón de lugares de los que si algún día oía hablar nunca podría decir «*…yo también estuve ahí*». Hasta que sus decisiones (sin ningún fundamento) de torcer por esta calle o por esta otra… lo condujeron, entrada ya la tarde, hasta un concurrido mercado en el que decidió que se daría un buen atracón de sushi :P

Pero aquello, decidió en cuanto miró al otro lado de la calle y todos sus personajes favoritos lo saludaron desde aquel escaparate…

—…Será después de entrar en esa librería XD

Dado que no podía permitirse comprar las colecciones al completo de todas sus series favoritas >< optó por comprar los primeros números de cada una de ellas. Después de todo aunque las comprase completas tampoco podría leerlas pero… «*tener el primer tomo de cada una en japonés original, es más… ¡COMPRADAS EN EL PUTO JAPÓN! es un PUN-TA-ZO. ¡Un PUNTAZO así de GRANDE! ¡Tan GRANDE como el PUNTAZO de la bandera de Japón! Un PUNTAZO como éste: ¡PUNTAZO! ¡Sí, un PUNTAZO GIGANTE! XD*» Así que se paseó por los pasillos de aquella pequeña librería atestada de estanterías atestadas de mangas de todas las colecciones que conocía, colecciones de las que sólo había oído hablar y otras de las que jamás escuchó nada. Y así se hizo con los primeros tomos de *Hokuto No Ken*, *Dragon Ball*, *Saint Seiya*, *Dr. Slump*… Ah! y *Berserk* y ¡también con los de *Doraemon* y *Naruto*! No encontró nada de *Cowboy Bebop* ni de *Ninja Scroll* (*¡qué putada!*) pero antes de pagar dio con un tomo recopilatorio de *Kinnikkuman* que estaba de oferta al lado de la caja registradora y también con una edición de lujo de *Ranma ½* que incluía un muñequito del mismísimo *Ranma* en su versión masculina :)

Sólo media hora más tarde Jose se encontraba sentado a la barra de un sushi bar disfrutando de una buena ración de makis (picantes, no picantes, con aguacate, con cangrejo, con langostinos, sin mero…) ojeando las primeras páginas de las primeras aventuras de sus personajes favoritos. Para entonces ya no recordaba el nombre de la mujer que lo había llevado a aquel país, y se sentía un hombre feliz («*un friki de lo más feliz*» se dijo) en un país feliz leyendo, o mejor dicho contemplando las ilustraciones, de un manga sentado a la barra de un bar en un mercado japonés comiendo con palillos.

¡No se podía pedir más!...

…

—Qué… A ver. ¿Qué es esto? ¿Esto de aquí?... ¿Qué es? ¿Es pescado?... ¿Chu-chi?... —trataba de averiguar entonces alguien desde el otro lado de la barra dirigiéndose al japonés con delantal negro, gorro blanco y cara de qué-coño-me-dice-ésta que tenía enfrente.

Entonces Jose distrajo su atención de lo que fuera que el gato cósmico fuese a sacar de su bolsillo mágico en la próxima viñeta (de lo que sea que si Nobita había nombrado ya viñetas atrás… ¡él no se había enterado porque no sabía leer en japonés!), y puso un pie fuera de su mundo y se asomó a aquel otro en el que se encontraba en el sushi bar en el que estaba comiendo, y se quedó observando a aquella señorita que, pensó, resultaba bastante obvio que sabía menos japonés que el poco que él

mismo podía considerar que sabía :/

Se trataba de una mujer de unos veintitantos, alta y muy, muy atractiva, con unos enormes ojos castaños que, se dijo Jose, enamorarían a cualquiera □·□…y que aparte de eso no parecía conseguir que el camarero la entendiera (porque no parecía tener ni idea de nada de lo que aparecía en el menú que continuamente señalaba con el dedo esperando que aquel japonés, inexplicable y milagrosamente, comenzara a hablar en español en cualquier momento).

De pronto Jose creyó conocerla, y aguzó la vista (de repente diciéndose a sí mismo que seguramente así pasaba más desapercibido entre tanto japo de ojos rasgados). Se la quedó mirando y…

¡Coño!...

—¡Yo a ti te conozco! —la interrumpió en su inútil quimera para conseguir una hamburguesa, una ensalada, pasta, o cualquier otra cosa que no fuera pescado crudo.

—Ah, ¿sí?... —pronunció ella desde el otro lado de la barra.

—Sí. Eres la azafata del vuelo que me trajo aquí :F —recordó Jose.

—Ah… Sí.

—¡Sí! ¡La de las can…! —dijo Jose de repente gesticulando con ambas manos delante de sí sin pensar en que quien tenía delante era la misma persona portadora de semejantes OO de las que estaba hablando— ¡JODER! —calló de repente— ¡Seré capullo! :S

—Tranquilo —le dijo ella— No pasa nada —*¡porque ahora ya sé que todos los tíos sois iguales, porque seguramente disponéis de una entidad pensante colectiva, algo así como una enorme cabeza flotante de otra dimensión (¡que va muy salida!) y que transmite desde algún lugar del espacio-tiempo los mismos sucios pensamientos a todas vuestras cabezas huecas!*

—Lo siento. De verdad… :$

—Pues no lo hagas. Ya te he dicho que da igual.

—¿Quieres… —volvió a hablar Jose, porque de alguna manera tendría que corregir semejante metedura de pata— ¿Quieres que te ayude con el menú?...

—Vaya… —pronunció Maca «*Tal vez este espécimen de hombre tenga otras funcionalidades*»— Pues sí, la verdad… —concedió finalmente (ya

que estaba hambrienta) con una sonrisa de oreja a oreja— ¿Sabes… japonés?... —le preguntó.

—No —admitió Jose— Pero soy friki ^^ —le dijo mientras el sol, al que de repente creyó ver sonreír igual que en los episodios del *Dr. Slump*, empezaba a esconderse detrás de los edificios más altos de Tokio.

Capítulo 16

Tián
25 de octubre (07:35)

Despertó de golpe, con un grito ahogado que casi consume por completo todo el aire reservado en sus pulmones para aquel día. Maldijo y suspiró hasta que comprendió que ya estaba despierto,… y también que volvía a tener pesadillas.

Mierda…

Había soñado que… ¿Qué había soñado?... De repente ya no lo recordaba.

Se frotó los ojos con fuerza y cuando al fin estos se acostumbraron a la penumbra de su habitación contempló a Katsu dormido en la cama supletoria, a los pies de la suya, que hacía sólo unas horas habían solicitado en recepción. La noche anterior habían compartido colchón y enseguida Tián se dio cuenta de que sería mejor pedir otra cama, porque si en algún momento debía aflorar en él aquel instinto fraternal que a uno le lleva a dormir con su hijo en la misma cama… sabía que ese «momento» aún tardaría en llegar.

—Si lo desea podemos cambiarle a una habitación doble —le había dicho la misma muchacha (o por lo menos pensó que se trataba de la misma) de la mascarilla de matasanos y sonrisa invisible— El coste de la habitación no se verá incrementado.

—No, gracias… —rehusó Tián— No quiero rehacer el equipaje y volver a deshacerlo en otra habitación. Una cama supletoria estará bien.

—Nosotros nos ocuparemos de cambiar sus cosas de sitio. No tiene que preocuparse por eso.

¡¿VOSOTROS?!... ¿Vosotros vais a cambiar mis cosas de sitio?¿Vais a meter mano a mis pertenencias? ¿Vais a desordenar mis cosas y dejarlas después de cualquier otra forma en otra habitación? ¿Ya sabéis que el champú y el gel, no los vuestros del tamaño de la cagada de una mosca, sino los míos, no van en el mismo neceser? ¡Ah!… ¡¿Es que no sabíais que tengo dos neceseres?!...

¿Vosotros vais a cambiar mis cosas de sitio?...

¡Ni! ¡De! ¡Coña!

—No, gracias —insistió Tián— No es necesario, en serio.

Así las cosas, aquella mañana (¡increíblemente temprano!) padre e hijo se encontraban ya en el restaurante de la planta veintiuno dando buena cuenta del desayuno del día, en un grandioso comedor con más variedad en el bufete libre de la que nadie sería capaz de llevarse a la boca (ni siquiera en las tres horas que transcurrían cada mañana desde que se abrían las puertas de la sala para el desayuno hasta que las cerraban de nuevo para limpiar y prepararla otra vez para las comidas).

Había todo tipo de embutidos y quesos, panes de diferentes clases (¡los había que ni siquiera parecían panes!), fruta en todas sus variantes y varias clases diferentes de macedonias, leche (leche con esto, leche con aquello, leche sin esto, leche sin lo otro… ¡y seguramente también leche sin leche!), había zumos de naranja, de melocotón, de pera, de piña,… té, té helado, té caliente, té ni frío ni caliente, algo que parecía té y té con leche, pastas en apariencia de bizcocho y caramelo pero que seguro que no sabían ni a bizcocho ni a caramelo, había…

—Tián —lo llamó Katsu entonces desde detrás de la montaña de comida que ocupaba su plato— Nos sentamos ya —preguntó de nuevo sin entonación.

Tián revisó su plato, otra montaña de comida tanto o más voluminosa que la de su hijo, y por primera vez se dijo aquello de «…de tal palo, tal astilla» para quedarse después (inmediatamente) ensimismado por culpa de estas mismas palabras.

—Leches… —dejó escapar cuando por fin consiguió salir de su estado de estupor.

—Como dices —preguntó Katsu.

—Nada. Olvídalo. Sí, nos sentamos ya.

Y fue en el mismo instante en que se sentaban a la primera mesa que encontraron libre cuando el móvil de Tián empezó a sonar, con aquella musiquilla (*de las pelotas*) que tan poco le gustaba.

¡Joder!

¡Miralles de los cojones!

Desde que había aterrizado en Japón, y al recibir llamadas internacionales, la pantalla de su teléfono no le mostraba quién lo estaba llamando (ni siquiera el número del teléfono desde el que lo llamaban, lo tuviese o no en su agenda); así que descolgó y se llevó el auricular al oído mientras con la otra mano se hacía con el azucarero para el café, lo abría e hincaba en él su cucharilla y preguntaba…:

—¿Sí?...

—¿Tián?

—¡Paula! —*¡ha recibido el telegrama! ¡LECHES!...*

—¿Qué tal todo?

—¡De cojones!... —disimuló «*aunque… ¿para qué disimular? Si ya lo sabrá. ¡Mejor decir la verdad! ¡¿No?!…*»— Estoy en…

—¡Sé MUY, MUY, MUY BIEN donde estás Sebastián Díez! —lo interrumpió Paula.

Y lo que Tián sabía muy, muy, muy bien también era que si Paula utilizaba más de cuatro letras para su nombre era porque hablara de lo que hablase lo hacía muy, muy, muy en serio.

—Ah… ¿Sí? ¿Lo sabes?... —fue lo único que se le ocurrió en aquel momento.

—¡Sí, Tián! ¡Lo sé! ¡Ricky me lo ha contado! ¡De hecho!… ¡TÚ!… ¡Tú me has dicho!… ¡En un telegrama! ¡En pleno siglo veintiuno! ¡POR. FA. VOR!... ¡TÚ me decías que le preguntase a él!...

—Entiendo que no ha empleado su buen tacto de grandísimo abogado que TANTO lo caracteriza, ¿verdad?... —se dio cuenta enseguida— ¡Será capullo!...

—¡Y una MIEEERDA «capullo»!... ¡Aquí el único capullo que hay es usted señor Díez!

¡Acababa de tratarlo de usted!... (*¡JODER!*), entonces Tián supo que su mosqueo debía de ser descomunal.

—Cariño… —lo intentó.

—¡Y una MIEEERDA «cariño»! —segundo *«Y una MIEEERDA…»* en la misma conversación: ¡CAGADA!— *¡¿Cuándo pensabas contármelo?! ¡¿Eh?! ¡¿Una vez aquí con el niño?!... ¡¿Qué?! ¡¿Qué te has ido a Alemania y me has traído un niño japonés?! ¡Oh… Gracias amor mío! ¡Es de lo más, de lo*

más… De lo más ORIGINAL!... ¡Y yo que me esperaba una jarra de cerveza con un paisaje de montañas azules estampado en relieve!...

—Paula, cariño… —en esta ocasión no le interrumpió y Tián (*¡por fin!*) consiguió hacerse un hueco en la conversación— Verás. Nada, nada… ¡Nada es tan fácil como tú lo imaginas!... ¡¿Vale?!...

—¡Eso ya lo sé! ¿Y sabes para quién no es «tan fácil como tú lo imaginas»?…

—¿Para ti?...

—No, Tián. Para mí no. Ni tampoco para ti… Sino para ese niño… Para Katsuhiro.

Tián miró un momento a Katsu mientras éste se peleaba con algún tipo de embutido japonés cuyo nombre nunca sabría y se esforzaba en meterlo entre las dos mitades de un panecillo que para nada parecía un panecillo. Katsu sonreía, y parecía feliz; pero era cierto, sabía, que si para alguno de los implicados en toda aquella historia aquello no resultaba fácil… ese sólo podía ser Katsu (…y después de eso se dio cuenta de que había azúcar repartida por todas partes a su alrededor: sobre el mantel, sobre la comida, bajo la comida, en el interior del florero que había en el centro de la mesa e incluso en su silla. Por todas partes excepto en el café que tenía delante y que seguro que se le había quedado helado).

—*Tián…* —habló Paula de nuevo— *¿Por qué… no me lo contaste?...*

—Lo siento, cariño… En serio…

—Pásame con él.

—¡¿Cómo?!...

—…Por favor.

—¡¿En SERIO?!

—POR. FAVOR.

¡Deacuerdovaleloquetúdigas!…

—Katsu… —pronunció Tián entonces pasándole el teléfono por encima de un montón de azúcar esparcida por todas partes— Es para ti.

Katsu lo observó extrañado (primero a él y luego al aparato que cogió con ambas manos después de dejar el embutido sin identificar sobre el

mantel), pronunció «vale» y después se lo llevó al oído.

—Quien es —preguntó.

—Katsuhiro. Hola. Yo soy Paula. Soy la esposa de tu papá, Tián.

De repente Katsu sonrió… (aún más si era posible, se dio cuenta Tián, que mientras se peleaba con el embutido de color rosa chillón cuando trataba de encajarlo en el interior del panecillo sin apariencia de panecillo y que al parecer tanto lo estaba divirtiendo) y a continuación miró de nuevo a su padre mostrándole todos los dientes (menos uno que no tenía) como si su dentadura fuese aquello de lo que uno pudiera sentirse más orgulloso.

—¡Hola! ¡Paula!... —pronunció realmente entusiasmado— Pero puedes llamarme Katsu —le dijo después— Todo el mundo me llama Katsu a mí.

—Katsu, vale… Oye Katsu, no sé si tu padre te habrá hablado de mí, pero quiero que sepas que tengo muchas… ¡Muchas, muchas, muchas ganas de conocerte!

—¡Pareces una señora muy buena! —la halagó Katsu sin darse cuenta, con la inocencia propia de los niños de su edad que no tratan de adular a nadie— ¡Y yo también tengo todas esas ganas de conocerte a ti!

Tián sabía que Paula sonreía a miles de kilómetros de allí. También Katsu sonreía (eso podía verlo con sus propios ojos) y se quedó ensimismado escuchándolos hablar.

—…¡Y Atlas también tiene muchas, muchas, muchas ganas de conocerte! —le decía Paula entusiasmada (Tián podía oírla incluso a dos metros de distancia de su teléfono en manos de su hijo).

—Quien es Atlas —inquirió Katsu (como siempre, sin entonación).

—Atlas es nuestro perro. ¡Una pequeña bola de pelos muy, muy, muy simpática! Y también muy babosa… —rio...

—Algo así como un coño… Pero más grande —le preguntó Katsu entonces.

Aquello hizo que Tián saliera (¡de repente!) de su estado de abstracción, y al segundo siguiente su hijo le devolvía el teléfono.

—Quiere volver a hablar contigo —le dijo Katsu entonces, mostrándole una vez más todos sus dientes menos uno en una amplia sonrisa imposible de encuadrar en un primer plano.

Gra…cias…

—¿Paula?... —se atrevió a preguntar.

*—Tián, amor mío… ¡¿Dónde co** ha aprendido Katsu la palabra «coño»?!...*

—Ay… ¡Coño!

—Sí, esa.

—Amooor… —rio… «*¡Joder!*»— Siempre me ha gustado tu forma de ir al grano… ¡O a la llaga!... Oye, ¿tú sabes lo qué es la sutileza?...

—¡Tián! —lo advirtió.

—Pues en el colegio… Supongo… —se le ocurrió de repente. «*¡Coño-coño-coño!*»— Esas cosas se aprenden siempre en los colegios.

—¡¿En un colegio… JAPONÉS?!

—¡Pues claaaro!… Significará otra cosa en japonés, cariño,… no seas mal pensada ¿quieres?... De hecho creo que es una variedad de sushi o algo por el estilo, sí, creo haberlo leído en algún menú…

—¡¿Estás de coña?!...

—…De coña, no. Ko-ño. Lo llaman *kooo-ñoo-kiii sushi*… O algo así.

—Está bien, esta vez te daré el beneficio de la duda —concedió Paula al fin.

—Eres muy buena ¿sabes?... Y por eso te quiero tanto.

—Sí, claro… Oye, no quiero que lo malcríes... ¡¿Vale?!... Y seguro que su madre tampoco lo querría.

—Pues claro que no… —recapacitó Tián. «*Por supuesto que no…*»

—...Y procura NO DECIR TACOS si lo tienes delante. ¿Quieres?...

—¿Y si lo tengo detrás? —bromeó a ver si así conseguía hacerla reír.

—Tampoco, cariño, tampoco…

—Vale. Lo intentaré.

—…Y ahora deja ya de ser un tonto y venid los dos cuanto antes i¿Estamos?!... Te echo mucho de menos. Mucho, mucho, mucho. Y tengo muchas ganas también de conocer a Katsu.

—Claro. Enseguida.

—Te quiero, i¿vale?!...

—…¡Claro que vale! —la respuesta de siempre a la misma pregunta de siempre, una respuesta autoimpuesta desde que eran novios establecida por un pacto secreto entre los dos— Pues yo también te quiero,… y mucho.

«*¿Hay alguien de quien te gustaría despedirte antes de marchar?...*» le había preguntado Tián a Katsu antes de acabar el desayuno. Katsu había asentido con la cabeza, y ahí se encontraban ambos, increíblemente temprano (aún) delante de un restaurante que aún no había abierto porque aún no eran horas de dar de comer a nadie (Katsu le había dicho que abrían todas las mañanas para los desayunos aunque,... le dijo también, «*…no tan pronto como el del bufete del hotel*»).

Tián suspiró resignado… «*En fin…*» Y entonces fue a echar mano de sus puritos y encontró el bolsillo interior de su americana vacío, lo que le recordó que ya se le habían acabado (porque se había llevado dos cajetillas para los dos días que iba a pasar en Alemania. ¡No para dos días más una semana entera que pasaría después en Japón!). «*Pues al cuerno* » ladró (de nuevo resignado). Por suerte, se dijo entonces, aquel restaurante en el que Katsu esperaba encontrase con a saber quién se encontraba muy cerca del hotel (tanto que acudieron a éste a pie) pues de encontrarse más lejos, dilucidó, el madrugón le habría parecido del todo irreverente.

Pero la espera no se prolongó mucho más. A las nueve menos cuarto en punto un lujoso coche negro con los cristales de las ventanillas tintados hizo aparición delante del restaurante. Tián se quedó observando aquel larguísimo vehículo que parecía que nunca hubiera soportado el peso de una mota de polvo sobre su flamante chasis (¡se lo quedó observando igual que si fuera un ovni! Como si en cualquier momento fuera a bajar de él un ser proveniente de otro planeta; aunque el mismo Japón, caviló un segundo, ya le parecía otro planeta). Pero de éste no salió ninguno ser proveniente de ningún planeta, sino un hombre perfectamente uniformado que se dirigió a la puerta trasera y que la abrió con sumo cuidado, colocándose después detrás de ésta al tiempo que del coche se apeaba el hombre más arrugado que Tián había visto jamás (¡con una enorme verruga ahí donde debería haber una arrugadísima mejilla!) vestido de forma IMPECABLE e irradiando una energía para nada propia de un

hombre de la edad que aparentaba tener.

—¡PAPA NECHI! —gritó Katsu de pronto, echando a correr de repente hacia el flamante ovni con ruedas.

Inmediatamente, otro hombre que había salido por la puerta contigua a la del conductor corrió a interponerse entre Katsu y el japonés más arrugado del mundo, hasta que reconoció en la voz del niño aquellos dos extraños vocablos y se apartó dejándole la vía libre hasta el anciano, quien rio sonoramente y abrió los brazos para recibir a Katsu en un fuerte abrazo cargado de sentimientos perfectamente manifiestos entre su vieja mirada y su amplia sonrisa.

Para cuando Tián comprendió que no ocurría nada malo… también se dio cuenta de que no había tenido tiempo de reaccionar, pues para entonces su hijo se agarraba con todas sus fuerzas a las impecables americana, corbata y camisa de su abuelo (¡pues quién si no iba a ser aquel hombre tan arrugado! Tián se preguntó si debería presentarle sus más sentidos respetos).

Pues sí. Debería…

Y siguiendo los pasos invisibles de su hijo también él caminó hacia aquel hombre, con actitud resuelta (al mismo tiempo que sentía como si le costase avanzar, igual que si sus zapatos pisasen cemento fresco).

En esta ocasión el hombre que hacía un rato se había interpuesto entre Katsu y su abuelo para dejarle la vía libre al niño un segundo después… se interpuso entre Tián y el anciano, hasta que éste le colocó una mano sobre el brazo y le dio una orden en japonés para que se apartara.

Entonces aquél se hizo a un lado y Tián se detuvo frente al padre de Ariasu.

—Le acompaño en el sentimiento —pronunció Tián al tiempo que se decía que ni siquiera sabía si aquel hombre hablaba español.

—Se lo agradezco —le respondió el padre de Ariasu en español, al cabo, demostrando un conocimiento impecable de la lengua— Pero no lo sienta —le pidió—… por favor. Ariasu está en un lugar mejor ahora —continuó con la sonrisa en los labios— Y tarde o temprano todos volveremos a verla. Yo bastante pronto me temo.

Tián no supo si hacía aquella afirmación por la edad que ya tenía o por algún motivo por el que jamás se atrevería a preguntar.

—Parece que Katsu lo adora —pronunció pasados unos segundos.

El abuelo de Katsu observó a su nieto colgado de su cintura y después devolvió la vista a Tián.

—Es un muchacho… especial —le dijo.

—Y... —dudó Tián un instante, y pensó que no hacía ninguna propuesta, que tan sólo necesitaba saber la respuesta— …¿No preferiría que se quedase con usted antes de entregárselo a un extraño?

El padre de Ariasu le obsequió con otra de sus amplias sonrisas.

—Usted no es ningún extraño, señor Díez —le dijo— Usted es su padre.

Capítulo 17

Martí
25 de octubre (08:45)

Aprendida la lección, aquella mañana desayunó bastante mejor que la vez pasada, después de pedir «algo» (pues aunque la imagen en el menú no le sugería que podría ser aquello y la explicación estaba tan sólo en japonés, tenía buena pinta) encima de otro «algo» de lo que tampoco sabría decir qué era pero que pensó que parecía plátano frito (*...o algo por el eztilo*). Lo que tampoco le quedó claro, recapacitó cuando por fin terminó su desayuno, fue cómo narices había logrado acertar eligiendo en una carta tan difícil de descifrar, así que marcó el plato sobre el menú dibujando una cruz con el bolígrafo serigrafiado del hotel que encontró en el cajón de su mesilla (*por zi acazo...*).

—Yyyy… Ahí eztá —pronunció entonces en voz baja (muy baja) mientras contemplaba a través de la mirilla de su rifle, calibrando el tiro con su mano izquierda a la vez que acariciaba con la derecha su mortífero cañón de veinte pulgadas de largo.

Ahí estaban (*…¡loz doz!*): Norimaki y su verrugón aún más arrugado que el propio Norimaki.

—Vaya... Zi que eztá arrugado el pobrezillo —pensó Martí mientras lo contemplaba aún en el interior de su coche, a través de la ventanilla izquierda del asiento trasero, pues era tal el alcance de su mirilla que aún a través de aquel cristal tintado podía verle perfectamente la cara; por otro lado, Martí sabía que aquella ventanilla (*¡zeguro!*) estaría blindada, por lo que no merecía la pena intentarlo antes de que bajara del vehículo (pues también sabía que sólo tendría una oportunidad y que si erraba seguramente jamás volvería a tener a aquel hombre sonriéndole al cañón de su rifle).

Comprobó la hora, las nueve menos cuarto en punto (tan puntual como los osos de *yellowstone* le habían asegurado que lo tendría a tiro), haciendo su aparición en un lujoso sedán de color negro que estacionó en doble fila justo enfrente del restaurante. Entonces contempló cómo el conductor (que no era grande sino «GRANDE», caviló Martí) se apeaba y dirigía a la puerta trasera del pasajero y la abría con un cuidado exquisito («*muuuy bien…*» llevó entonces su dedo índice hasta el percutor), cómo se colocaba inmediatamente después tras ésta para dejar bajar a su jefe («*eeezooo ez…*» afinó la vista, con su parche de cuero sobre su ojo derecho. «*Quinieeeeeentoz treinta y cuatro metroz…*») a quien, al segundo siguiente (*aaaha…*) ocultó completamente con su anchísimo

cuerpo a modo de escudo otro hombre (si cabe aún más GRANDE que el primero) quien se apeaba también del coche por la puerta contigua a la del chófer y se dirigía igualmente hacia su jefe (*¿pero?… ¿Qué? ¿Qué narizez?…*).

¡De repente Norimaki había desparecido! ¡YA NO ESTABA!

Porque lo único que alcanzaba a ver entonces era a dos hombres del tamaño de cuatro con las culatas de sus semi-automáticas asomando bajo sus americanas de un montón de yenes, con las manos listas, el sudor en la frente, los nervios templados y los ojos alerta.

—¡CÁZPITA!... —ladró Martí, contemplando con su mirilla a los dos gorilas y desviando su atención y el tiro del tal Norimaki que ya no aparecía en su campo de visión— ¡¿ME HAN DEZCUBIERTO?! ¡¿CÓMO?!... ¡NO EZ POZIBLE! ¡NO! ¡No! No… No. Pero…

«*No. No me han dezcubierto…*» se dio cuenta de pronto.

Simplemente… ¡algo había ocurrido!

Algo que de repente había movido todas las fichas sobre el tablero, algo que había hecho que los gorilas de Norimaki saltasen de repente a la palestra y que el propio Norimaki permaneciese a tiro (aunque en aquel preciso instante lo tapase un primate trajeado) durante bastante más tiempo que los siete segundos con los que Martí había contado el día anterior que contaría para aquel limón.

—¡Lechez! —ladró de nuevo, pues detestaba aquellos giros inesperados en los acontecimientos cuando hacía su trabajo— ¡¿Pero qué carámbanoz haze eze chiquillo colgado del viejo?!

Justo en ese instante Norimaki volvía a ponerse a tiro, y aquel «chiquillo», un niño de no más de diez años juzgó Martí, se colgaba de la cintura del anciano como si después de aquello no fuera a verlo más, como si la muerte misma lo hubiese ido a ver aquella noche y le hubiese susurrado al oído lo que iba a ocurrir por la mañana.

Entonces (¡de repente!) ocurrió algo más, algo del todo inesperado para Martí: ¡se le empañaron los ojos!

—¡Puñetaz!… Azí no hay quien apunte bien.

Pero hizo un esfuerzo por volver a centrar al hombre de la verruga en el centro de su mirilla, cuando de pronto apareció alguien más en escena ocultando con su espalda (¡otra vez!) el limón de Norimaki.

—¡¿Pero zerá pozible?!... —empezó a desesperarse. «*¡Aparta ya de ahí mal nazido!*» se dijo recordándose durante su conversación con Díez que aquello no era ningún taco— Ya ze aparta… —*¡por fin!*— ¡Vamoooz! ¡Vamoz-vamoz-vamoz!... —cuánto (¡CUÁNTO!) odiaba cuando las cosas no salían como las había planeado— Ze aparta, yyyy… —y entonces despegó el ojo de la mirilla al tiempo que levantaba el parche de su ojo derecho— ¡Puñetaz!... —exclamó— ¡¿Díez?!...

Capítulo 18

Jose
25 de octubre (12:15)

jose83 dice:
hola

jose83 dice:
hola

jose83 dice:
holaaaa
BZBZBZBBZZZZBZBZZZZZZZZZZZZZZZZZZ!!!!
Acabas de enviar un zumbido.

amazingman dice:
hola
ya has vuelto??

jose83 dice:
no

amazingman dice:
no?
donde stas ahora????

jose83 dice:
tu donde crees?
en japon
aun XD

amazingman dice:
JUAS! y se rie el tio
y q haces en el chat

jose83 dice:
chatear contigo
no t jode :L

amazingman dice:
d verdad q adoro nuestra amistad
eres uno d mis mejores amigos
aunq nunca t haya visto joder :S
eres una d las personas q mejores consejos me ha dado

en serio :)

amazingman dice:
q t conectes aun stando n japon para xarlar conmigo
pero d verdad!!!!
es q no hay nada q ver en el puto japon q te conectas a internet????

jose83 dice:
dices q soy d las personas q mejores consejos te ha dado no?
pues tu tb a mi
ahi tienes pq me he conectado
eres un melon!

amazingman dice:
lo siento
q ha ocurrido???????

jose83 dice:
lo q ha ocurrido es q luna no existe

amazingman dice:
no jodas!

jose83 dice:
no

jose83 dice:
creo q no

jose83 dice:
XD

amazingman dice:
pues…….. joder :L

jose83 dice:
donde debia haber estado ella habia un japones enorme
y hablaba un español fatal

amazingman dice:
a ver si tu luna era un tio con bigote

jose83 dice:
eso ni lo menciones :S
este ademas intentaba q ligase con su hermana
uf!!!1

amazingman dice:
y????????????

jose83 dice:
y nada joder!

amazingman dice:
no dicen q todas son igualitas? XD

jose83 dice:
no m jodas va!

amazingman dice:
y entonces q

jose83 dice:
entonces nada
ya te e dixo
lo d luna ya lo e superado

amazingman dice:
no jodas!
ya????

jose83 dice:
si ya XD

amazingman dice:
entonces ya no stas enamorado?!
tio con q facilidad superas las crisis amorosas :L
yo flipo! :O

jose83 dice:
no exactamente

amazingman dice:
o sea q no lo has superado

jose83 dice:
no. no exactamente q no este enamorado

amazingman dice:
siges enamorado dl tio con bigote con nick d planeta??

jose83 dice:
no joder. d otra

y la luna no es un planeta so bestia!

amazingman dice:
d otra q?
otra tia?
otro ser humano qieres dcir?
con ojos y cara? sin bigote? q no solo has visto en la pantalla de un pc???

jose83 dice:
q yo sepa…….. SI XD

amazingman dice:
JUAS!
q fuerte

jose83 dice:
q

amazingman dice:
q en 4 dias te has desenamorado d la luna esa y t has pillao x otra tia
pues eso q fuerteeeeeeeeeeeeeee!

jose83 dice:
XD

amazingman dice:
qien es?
como ha pasado?

jose83 dice:
es q lo pienso y me recuerda a esas absurdas comedias americanas
la conoci en un bar d aqi el otro dia
ella no tenia ni idea d japo
y el japo q la atendia no tenia ni idea d español
lo q t digo…….. como una d esas tontas peliculas
q tanto les gustan a nuestras madres :l

amazingman dice:
en plan peli d amor qieres dcir?

jose83 dice:
en plan peli d amor
si

amazingman dice:
pero tu sabes japo????

jose83 dice:
se algunas palabras y las frases tipicas
ya sabes
saludar
dar las gracias
y esas cosas
lo justo :)

amazingman dice:
q fuerte en serio!

jose83 dice:
a ti todo t parece fuerte
dime
q hago????

amazingman dice:
q q ahces??!!
arreando tio!

jose83 dice:
tu crees????

amazingman dice:
sip
eso creo :P

jose83 dice:
aun dspues del batacazo con luna :L

amazingman dice:
no la habías olvidado ya?

jose83 dice:
vaya

amazingman dice:
vaya

jose83 dice:
entonces?

amazingman dice:
entonces……. ARREANDO TIO!

jose83 dice:
y pq iba a salir bien ahora????
stoy muy harto d tropezar siempre con la misma piedra sabes?

:(

amazingman dice:
pq esta vez no se trata d la misma piedra

jose83 dice:
a no? :L pues esta piedra tb tiene tetas como las dmas

amazingman dice:
t eqivocas
sta piedra
sta piedra
sta piedra

jose83 dice:
si joder!
q pasa con esta piedra????
m exasperas qndo t pones en ese plan
d verdad

amazingman dice:
XD

jose83 dice:
:L

amazingman dice:
juasjuasjuas

amazingman dice:
pues q sta piedra t la as encontrado en un bar

jose83 dice:
aha
y??

amazingman dice:
q ya t ha visto
q ya sabe q stas medio calvo y q eres un friki
q no se ha pillado d ti x un monton d mentiras en un pagina d contactos!

jose83 dice:
x lo q tpc deberia cabrearme con el tio con bigote q se hacia llamar luna
ya q supongo q me ha hecho un favorr

amazingman dice:

pues nop XD

jose83 dice:
entonces la llamo

amazingman dice:
tienes su numero?

jose83 dice:
si
nos dimos los moviles
hasta esta alojada en el mismo hotel q yo :P

amazingman dice:
no jodas :O

jose83 dice:
no pq yo no qiera
oye!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!
q hago????

amazingman dice:
q q haces????
la llamas!!!!!!!! ;)

jose83 dice:
ok!
la llamo
:)

Capítulo 19

Tián
25 de octubre (14:05)

—¿Y?… ¿Cómo ha ido?... —le había preguntado Ricky cuando lo llamó por teléfono la última noche que pasaría en Tokio.

—He tenido que hacerle creer a Paula que lo que tiene entre las piernas es un plato típico de aquí —le dijo Tián antes de ponerlo de vuelta y media por no haber utilizado (suponía) su «buen tacto de grandísimo abogado»

—¡¿TACTO?!... ¡¿Pero qué tacto?! ¡Sí le enviaste un telegrama!... —se defendió Ricky enseguida —¡Un telegrama! ¡En pleno siglo veintiuno! ¡Manda huevos! ¡Y vas y le dices que me pregunte a mí!... ¡¿Pero qué coño esperabas, Tián?!...

—Bo. Ca. Zas —insistió Tián a un Ricky al otro lado de la línea incapaz de ver que en realidad se estaba riendo.

El resto de la conversación lo pasó yendo de un lado a otro de la habitación, se sentó en la cama, se levantó y se sentó en la silla enfrente al escritorio, se levantó otra vez y entró en el baño, tiró de la cadena y salió, abrió todos los armarios, uno por uno, y después volvió a cerrarlos, jugó con el mando del televisor, con el del aire acondicionado y con otro que nunca supo para qué servía,… siempre con el teléfono aprisionado entre su oreja y hombro derechos. Hasta que colgó.

Joder…

—Quien era —le preguntó Katsu cuando colgó.

Tián miró a su hijo un segundo y suspiró, se sentó a los pies de su cama, delante suyo, y le dijo:

—Ese era Ricky. Mi agente. Ya lo conocerás...

—Vale —sonrió Katsu— Por que eres tan duro con él… —le preguntó a continuación.

—Ya… lo conocerás —repitió Tián, pero Katsu no dejó de mirarlo con cara inquisitiva (incluso creyó verlo arquear una ceja, a lo que Tián también arqueó una suya)— ¿Nunca… —empezó a decirle entonces, pero aquello

no era fácil de explicar— ¿Nunca has conocido a nadie que te sacara tanto de quicio que… ¡Uff!... —terminó sin terminar de esta manera. Pero Katsu seguía esperando una explicación con todas sus palabras, por lo que Tián lo intentó una vez más— Me refiero a alguien a quien aprecias un montón, un montón ASÍ DE GRANDE… —separó las palmas de las manos una de la otra tanto como pudo— porque es tu amigo, claro… ¡Pero el tío mete la pata!... Y no una vez, ni dos… ¡La verdad es que es un puto metepatas! Pero al final siempre se lo perdonas, porque sois amigos, y no amigos y ya está, sino amigos de los de verdad y… Y… Y…

—Sí —pronunció Katsu al fin, cuando se dio cuenta de que su padre no sabía ya cómo continuar— En el cole tengo un amigo de esos.

—¿Ah, sí?...

—Sí —sonrió Katsu.

—Y… No… —«*joder…*» se dijo Tián entonces, «*no lo volverá a ver*»— ¿Te despediste de él? —Katsu asintió, su sonrisa estática, aún, debajo de su amplia mirada (Tián pensó que incluso sus ojos parecían saber sonreír cuando lo miraba de aquella manera)— Si ese amigo tuyo… es como… Ricky… No sé… a mí me parecería una pu… fa… ¡faena! —evitó el taco esta vez—… el saber que no volveré a verlo más.

—Ya hemos hablado de eso —le dijo Katsu al cabo de un segundo— A lo mejor un día volvemos a vernos, no sé, eso espero… —en aquel instante por primera vez Tián vio a su hijo… ¿dudar? Y supuso que no por tratarse de una amistad de tan sólo ocho años tenía que ser una pequeña amistad, sino todo lo contrario (por mucho que él ya no conservara ni uno sólo de sus amigos de la infancia)— Le dije a Kisho que me iba a vivir con mi padre —Tián se dijo que «Kisho» sonaba a «Quillo» en japonés con marcado acento andaluz, pero también se dijo que aquel no era un momento para bromear— Le dije que iba a vivir en Barcelona, que iba a conocer España, y Europa… ¡Y se alegró mucho por mí! Y le hablé de ti, y le dije que eres un gran escritor y una persona muy querida allá en España, que eres un buen hombre, y que te gustan los niños, aunque les hagas creer a los demás que no es así,… que te gusta el cine y el teatro y la música clásica… ¡En ese orden! —se entusiasmó llegados a este punto; para entonces su mirada no era la habitual (pues no parecía suya) sobre todo porque miraba sin ver lo que tenía enfrente, con la vista perdida en ningún lugar y la sonrisa agarrada fuertemente a sus mejillas, le temblaba el esternón y cogía aire a bocanadas mientras no dejaba de hablar— …¡y comer bien! ¡y que también te gustan los animales! Y… Y te gusta… ummm… —y entonces se detuvo un segundo y trató de hacer memoria mientras Tián lo observaba fascinado— Te gusta mucho leer, y jugar a un juego que se llama risk o algo así, que es como un ajedrez, creo... ¡Ah!... Y que en cuanto se te conoce bien uno se da cuenta de que eres un bromista y que en ocasiones te estresas un poco pero que siempre tienes

buenas intenciones y que colaboras con onegés también. Y lo que más aprecias es leer un buen libro con una taza de café con leche, que mejor si está tibio… —terminó por fin, sonriente de ojos y boca.

Joder…

—¿Quién… —pero Tián sabía de sobras la respuesta, no obstante le preguntó— Oye… ¿Quién te ha hablado así de mí?

—Mi mamá.

—¿Antes de?… —*Antes de qué… ¿del accidente? ¿de su enfermedad? Ni siquiera sé aún lo que le pasó*— Quiero decir… ¿Cuándo supiste que tendrías que venir conmigo?...

—No —de repente su misma expresión inescrutable de siempre tomó de nuevo el control de sus facciones, ya no titubeaba y su voz era firme otra vez. Tián volvía a tener enfrente al mismo Katsuhiro que se encontró al llegar a Japón (aunque, acababa de descubrir, no necesariamente el auténtico…)— Mi mamá siempre me hablaba de ti —pronunció finalmente para mayor consternación de su padre.

«*De verdad me amaba...*» se dijo Tián entonces, y las palabras casi escaparon de su boca que había olvidado entreabierta desde el momento mismo en que su hijo empezara a hablar de él, pero logró contenerlas.

—Hace unos días… —pronunció en cambio— Hace unos días me preguntaste a qué me dedicaba… Pero tú… Tú ya lo sabías.

—Intentaba que me hablaras de tus cuentos.

Sin embargo Tián no le había contado gran cosa acerca de sus personajes, ni de las aventuras de estos.

—Lo siento… —se disculpó entonces.

Lo ojos y la boca de Katsu se fundieron de nuevo en una amplia sonrisa.

—Tranquilo. Tenemos tiempo.

También Tián sonrió, y se preguntó qué había aprendido aquel día, porque sabía que algo importante acababa de aprender (no estaba muy seguro de qué se trataba pero sabía que era algo que había hecho que otro algo dentro de él cambiara…).

—Que significa «puto» —le preguntó Katsu entonces.

Capítulo 20

Maca
25 de octubre (15:00)

Otra vez en la habitación del hotel. Otra vez descalza y en braguitas. Otra vez alimentándose de esos chips tan raros de tantos colores que hay en el minibar y que tan bien saben. Otra vez su cabeza hecha un put* lío. Otro suspiro. Otra vez tirada en la cama. Otra vez en busca de consejo…

—¿Diga?...

—Hola…

—¿Maca?

—Hola Vane, tía…

—¿Ya has vuelto?

—Aún no.

—¿Sigues en Tokio?

—¿Tú qué crees?

—Creo que te vas a dejar el sueldo de este mes en tu móvil.

—A la mierda. Estoy soltera y no tengo novio. Por no tener ni siquiera tengo gato. Vivo sola. Y tampoco tengo ningún hobby. Así que lo que tengo es pasta. Pues a gastarla.

—Me encanta que me llames, cariño, en serio, y te quiero, un montón… Pero Maca, cariño… ¡Que estás en Tokio! ¡¿Es que no hay nada mejor que hacer en una ciudad como Tokio?...

—Yo también te quiero, Vane, tía. Y te hecho de menos. Mucho.

—Vaya... Te conozco lo suficiente como para saber que eso significa que ha pasado algo.

—Pues sí, la verdad. Y necesitaba hablar con una amiga. Y como tu eres

«todas mis amigas»… pues te he escogido a ti.

—Lo siento. Perdóname. Anda, dime, ¿qué ha ocurrido?... ¿O es que acaso sigues agobiaba por el cabrón ese con gorra y hombreras?

—No. Lo de Jordi ya lo he superado.

—¿Ah, sí?... ¿Ya?...

—Sí. Ya.

—Entonces… ¿Ya no estás enamorada de él?... ¡Qué fuerte, Maca, en serio! Me alegra ver que superas tus desengaños amorosos con tanta facilidad.

—No exactamente.

—No exactamente… ¿Qué?... ¿Quieres decir que en realidad aún no lo has olvidado?...

—No. «No exactamente» que no esté enamorada.

—Es decir… Qué… ¿Sigues pillada por el capullo ese de la sonrisa de anuncio de dentífricos, o no?...

—No. De él, no. De otro.

—¡¿En serio?!... ¿De qué otro? ¿De otro «tío» quieres decir? ¿Te refieres a otro ser humano?

—Que yo sepa… Sí.

—¡Pues que fuerte me parece!

—¿Por qué te ha de parecer fuerte?...

—Pues porque en cuatro días te has desenamorado de un tío para pillarte por otro. ¡Eso es fuerte! ¡Muy fuerte! Y dime… ¿De quién se trata? ¿Cómo ha ocurrido?

—No sé. En serio. Estoy hecha un puto lío… Es que lo pienso y me recuerda a una de esas tontas comedias americanas. Se trata de un tío que conocí el otro día en un bar de aquí. Yo no tengo ni idea de japonés y el camarero que me atendía no tenia ni idea de español y de repente aparece el tío ese tan amable y se ofrece a echarme una mano y… ¡Uff!… Lo que te digo… Como en una de esas absurdas comedias americanas que

a ti tanto te gustan.

—¿En plan peli de amor, quieres decir?...

—Exacto. En plan peli de amor. Sí.

—¡Pues entonces arreando! ¡Maca! ¡Guapa! ¿A qué esperas?...

—¿Tú crees?...

—¡Claro que SÍ!

—¿Aún después del batacazo con Jordi?...

—¿No lo habías olvidado ya?

—Vaya…

—Vaya…

—¿Entonces?...

—Entonces… ¡ARREANDO TÍA!

—Y… ¿Por qué iba a salir bien esta vez?... Vane, tía, en serio, estoy muy harta de tropezar siempre con la misma piedra, ¿sabes?...

—Porque esta vez no se trata de la misma piedra.

—¿Ah, no?... Pues esta piedra también tiene polla como las demás.

—Te equivocas. Esta piedra…

—¿Sí?

—Esta piedra… Verás… Esta piedra. Esta piedra…

—¡VANE, TÍA, COÑO! ¡YA!... ¡¿Qué pasa con esta piedra?! ¡Me exasperas cuando te pones en ese plan! De verdad…

—Pues que esta piedra te la has encontrado en un bar.

—Aha… ¿Y?...

—Pues que no se trata de otro comandante capullo. Ni subcomandante. Ni siquiera tecepé. De nadie del curro. Ni de ningún hermano, primo o amigo de de alguien que conoce a alguien que conoces. Esta vez… Ha sido fortuito. Ha ocurrido. Ya está. Esto no es algo que hayas planeado. No lo

has buscado. Ha ocurrido, y así es como ha de ser.

—Tal vez también así quizás pueda perdonar al capullo de las hombreras, si se supone que después de todo me ha hecho un favor…

—Mejor. Sí.

—Entonces… ¿Lo llamo?...

—¿Tienes su número?...

—Sí, nos dimos los móviles. Incluso está alojado en el mismo hotel en el que nos han metido a toda la tripulación esta vez.

—¡Ya ves!

—¿Entonces?... ¿Qué hago?...

—Pues sí, cariño. Entonces lo llamas.

—Está bien. Entonces lo llamo.

Capítulo 21

Tián
25 de octubre (19:00)

«*Mañana vuelvo… ¡Volvemos!…*» se corrigió «*…a Barcelona. Vuelvo a Paula. Vuelvo a Ricky. ¡Vuelvo y le parto los morros a Ricky!*» Entonces contempló un momento a Katsu masticando ferozmente el final de una *macburger* japonesa, éste vio que su padre lo miraba y le sonrió, mostrándole de nuevo todos los dientes menos el que le faltaba invadidos por semillas de sésamo. «*No… No es verdad*» tuvo que admitir entonces «*No voy a partirle los morros a Ricky. ¡Pero va a tener que aprender a hacer de tío como nadie!*»

—Todavía son las siete —pronunció Tián al cabo de un rato de no decir nada, mientras Katsu, con los dedos completamente pringados de *kétchup* , seguía dando cuenta de su *macmenú*— ¿Qué hacen los adultos aquí después de trabajar?... —le preguntó entonces, como si aquella fuera la pregunta cuya respuesta despejaría todas sus dudas.

Katsu dejó de masticar un momento.

—Después de trabajar —repitió, y sorbió de la pajita de su *fanta* de naranja y se limpió los morros con una servilleta de papel, pero no los dedos— Aquí después de trabajar se sigue trabajando —dijo como si aquello fuera lo más habitual en todo el mundo.

—Después de trabajar… —copió Tián sus palabras— ¿Se sigue… trabajando?

—Aha —le confirmó su hijo.

¡Leches!

—¿Cómo es eso?...

—En el cole nos explicaron que en España cuando la gente hace huelga no va a trabajar. Es así.

—Así es… —le respondió Tián, porque sabía que su «es así» era una pregunta, porque empezaba a conocerlo mejor y mejor cada vez que charlaban de lo que fuera— Y es lo lógico… —añadió a continuación—

¿No?...

—No tanto —le respondió Katsu alzando la comisura izquierda de sus labios en una divertida mueca de desacuerdo— Verás. Aquí los mayores se vuelven locos con su trabajo, hay una… Ummm… Lealtad… —fue la palabra escogida al tiempo que levantaba el índice de su mano derecha para que quedase constancia de ello— Eso. Una lealtad loca entre los trabajadores y las empresas para las que trabajan —le explicó— Si empiezas a trabajar en una empresa lo más seguro es que no la dejes hasta que te jubiles, y eso es así porque cuántos más años estés en un mismo empleo más asciendes y asciendes, y si llevas muchos años en el mismo sitio… pues éste puede llegar a ser un puesto muy bueno, por lo que a nadie le interesa cambiar mucho de trabajo aquí.

—Vaya… —se sorprendió Tián— Veo que sabes muy bien cómo funciona el mercado laboral en tu país.

—Bueno —le dijo Katsu— Estas cosas me las cuenta papá nechi.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con qué se puede hacer aquí una tarde cualquiera?...

—Es que me interrumpes —se quejó su hijo al momento— Te lo decía… porque es por esa… «lealtad»… —e hizo el gesto de las comillas con los dedos a ambos lados de sus sonrientes mejillas— por lo que la forma de hacer huelga aquí es trabajando más.

—¿Aquí hacéis huelga… trabajando más?... —le preguntó Tián fascinado.

—Bueno, yo no —quiso hacer constancia el niño— Yo sólo tengo ocho años. Casi nueve —apuntó al final.

—¿Cómo es todo eso de hacer huelga trabajando más en lugar de no ir a trabajar?...

—Pues se trabajan más horas —resumió Katsu, y al ver que su padre no salía de su asombro le explicó— La gente acude a sus puestos de trabajo y se dedica a sus tareas, pero todavía con más dedicación, y así se crea un exceso de producción que los propietarios de esas empresas no pueden colocar en… en… en el… súper. Sí.

—¿En el súper?... —lo interrumpió Tián.

—En el supermercado. Sí —se explicó Katsu.

—En el mercado… —le sugirió su padre.

—En el mercado. Sí. Así lo decía papá nechi. El mercado.

—Aha…

—Y esos excesos de producción —continuó Katsu haciendo un esfuerzo sobrehumano con tal de que no se le acabara el aire antes de terminar cada frase— …incrementan los gastos de las empresas, que están acostumbradas a fabricarlo todo normalmente con el tiempo justo para sacar sus productos al supermercado, al mercado… —se corrigió— y todo eso es lo que les ocasiona graaandes trasboooordos económicos —entendió Tián que se refería a «trastornos»— ¡y también una caída general de los precios! —llegados a este punto los ojos de Tián estaban tan abiertos que pensó que o salía de su asombro o éstos acabarían cayéndosele de las cuencas, pues la explicación de su hijo lo estaba divirtiendo tanto como lo estaba fascinando— Además… —continuaba Katsu— al no dejar sus obligaciones… Ummm… Morales —«laborales»— el empleado aquí tiene derecho a seguir cobrando su jornal, por lo que la empresa tiene además ese gasto extra al que está obligada por ley.

—¿Cuántos años decías que tenías?... —bromeó su padre entonces.

Katsu rio abiertamente.

—Papá nechi siempre me cuenta estas cosas —repitió Katsu restándole importancia a su larga perorata.

—¿Estás de coña?... —preguntó Tián de nuevo, al cabo, todavía fascinado con aquella conversación— ¡Eso no tiene ningún sentido! ¡Ninguno!... Lo de las huelgas quiero decir, no lo de tu abuelo… —quiso dejarle claro.

—Que es «coña»… —preguntó Katsu— Es la mujer del animal coño…

—Olvida esa palabra —*¡por favor!*— Eso no tiene ningún sentido —insistió Tián.

—Aquí sí lo tiene —le respondió su hijo— Y en un país en el que la forma de hacer huelga es haciendo horas extras, es lógico pensar que después de trabajar la gente… quiera seguir trabajando, y eso es lo que hacen los mayores aquí después de trabajar, seguir trabajando —de nuevo una amplia sonrisa, y de nuevo todos sus dientes menos uno tapiados por semillas de sésamo— Aunque no sea por una huelga, aquí todo el mundo hace horas extras... —añadió al cabo con un deje de disconformidad en su voz— Y los esposos llegan a sus casas a tiempo sólo de dar las buenas noches a sus esposas y a sus hijos. Se van a dormir… y al día siguiente igual —ante la fascinación de su padre por su explicación, Katsu levantó las cejas en un gesto divertido, y sonrió— Pero no trates de entenderlo

—le dijo finalmente.

—Verás… En España… —comenzó a decirle Tián al cabo de unos segundos— Bueno, no en España, en el resto del mundo diría yo… La gente termina de trabajar y corre a sus casas para estar con sus familias. ¡El que puede, incluso, sale antes de la hora!... Y los que no tienen ni esposa ni hijos… pues esos salen con sus amigos a tomar unas cañas o lo que sea. ¡Es que si llegas a casa tan tarde que lo único que haces es darle las buenas noches a tus hijos y a tu esposa!… No sé, en serio… ¡¿Qué clase de vida es esa?!...

—Por eso en Japón tenemos el récord de divorcios después de la jubilación —le explicó Katsu con la sonrisa aún en sus mejillas— Cuando el señor y la señora realmente pasan tiempo juntos y empiezan a conocerse de verdad.

¡¿Y van todo el día sonriendo?!…

¡Alucinante!

—¿Por qué estamos hablando de todo esto?... —se preguntó Tián en un momento dado— ¿A qué venía toda esta historia de los japoneses adictos al trabajo?...

—A qué hace la gente aquí después del trabajo —le recordó Katsu entonces— Me lo has preguntado antes. Ya no te acuerdas… —inquirió esta vez el niño— Y lo que hace la mayoría aquí es precisamente eso… Seguir trabajando.

—Cierto —volvió Tián al tema— Entonces… —y volvió también a la carga— ¿No hay ningún tipo de actividad que haga nadie aquí antes de volver a sus casas?... No sé… ¿No se juega al tenis? ¿No hay gimnasios?... ¿De qué narices viven aquí los bares?...

—¡Sí la hay! —le dijo Katsu antes de romper a reír; realmente estaba disfrutando con aquella charla, lo que reflejaba fielmente en su cara, en sus mejillas y en su mirada vidriosa después de haber esperado tantos años para reír con alguien a quien poder llamar papá. También Tián rompió a reír— Ni todo el mundo que trabaja está casado ni todos los trabajadores adoran su trabajo —le rebeló Katsu entonces— Los gimnasios, además… —añadió al final— están en las mismas empresas. Aquí muchas empresas hacen hacer gimnasia a sus trabajadores a mediodía. Mamá lo hacía.

¡No jodas!…

—...¡No jo…robes! ¡¿En serio?!...

—Aha.

—De acuerdo… Pero… ¿Qué hace esa pobre minoría?... —se preguntó Tián ahora más para sí que haciéndole esta pregunta a su hijo— ¿Qué… hacen los pobres «desgraciados» —y en esta ocasión fue Tián el que hizo el gesto de las comillas con los dedos enmarcando sus dos ojos como platos soperos—… a los que aún no les han lavado el cerebro lo suficiente y se acuerdan de lo que es una cerveza, y que por otro lado tampoco conocen aún a la mujer de la que se divorciarán dentro de cuarenta años?...

Katsu estalló en ruidosas carcajadas.

—¡Esos van al pachinko!... —le confesó de repente.

—¿El pachiqué?...

—¡Vamos! —dijo Katsu y se puso en pie— Te lo enseñaré. Aunque el único que conozco está lejos de aquí. Habrá que ir en taxi.

Salieron a la calle atravesando una inmensa cola de gente hambrienta aguardando (pero sin impacientarse) para pedirse su *macloquelesapetezca* con patatas smiley, *kétchup* japonés y *cocacola* japonesa; los había que hacían cola jugando a los videojuegos con su consola portátil, mientras otros intercambiaban cartas con el hambriento (pero no impaciente) que tenían delante o detrás y la mayoría de ellos hablaba por teléfono, consultaba con éste su *facebook* o enviaba mensajes sin parar (...a Tián no le hubiera extrañado que estos últimos se estuviesen escribiendo con el que tenían justo delante de ellos en aquella inmensa cola demencial). Para entonces el sol empezaba a cabecear, al mismo tiempo que la luna asomaba sonriente desde el extremo opuesto de la ciudad; las luces de la mayoría de los locales comerciales ya iluminaban las calles por las que padre e hijo cruzaban, calles repletas de gente que, dilucidó Tián,... de donde no volvían (*¡seguro!*) era de trabajar.

Katsu alzó una mano cuanto pudo para detener un taxi, se giró un segundo para mirar a Tián, lo animó a darse prisa al grito de «*¡Vamos! ¡Vamos!...*» y después sonrió ampliamente, cuando el taxi finalmente se detuvo ante ellos.

—¡Vamos! ¡Vamos!...

Entonces la puerta trasera del taxi se abrió por sí sola (como la otra vez) y subieron primero Katsu y después Tián. El taxista, como la vez anterior también, estaba perfectamente uniformado y llevaba guantes blancos que

encajaban en sus manos como si fueran su misma piel.

—¡Konbanwa! —los saludó eufórico.

—¡Konbanwa! —saludó Katsu, eufórico también.

…Mientras Tián se quedó mirando (¡fascinado!) al hombre al volante de aquel taxi durante aproximadamente un segundo, y durante tooodo ese segundo caviló si es que acaso aquel taxista sería el mismo de la otra vez (aquel que al llegar a Tokio lo había conducido hasta el *Conrad*) y preguntándose si tal vez al verlo de nuevo (apenas cuarenta y ocho horas después) reconocería en el espejo del retrovisor interior (de nuevo, como la otra vez) su cara de alelado occidental.

—Cómo te va… —le devolvió también el saludo.

Y entonces Katsu le indicó una dirección, mientras Tián (tras un exhaustivo examen visual) llegaba a la conclusión de que no podía tratarse del mismo taxi dado que los tapetes que cubrían los asientos de éste eran MUY diferentes de los que recordaba de la vez anterior [pues nunca (¡nunca!) podría olvidarse de los primeros que vio en el primer taxi que cogió al llegar a aquel país de locos]; aunque los encajes colgados alrededor del techo, sin embargo, sí le parecieron semejantes a los de aquél otro…

—Este taxi… también tiene tapetes y encajes —pronunció fascinado, sin percatarse de que lo hacía en voz alta— *¡¿Es que todos los taxistas aquí son nietos de la misma abuela?!...*

Cinco minutos más tarde se bajaron del taxi ante un enorme edificio escondido a la sombra de las vías del tren con tantos letreros luminosos que, llegó Tián a la conclusión, o la electricidad en Japón era muy barata o en aquel lugar vendían una barbaridad de lo que fuera que fuese el «pachinosequé» para cubrir al menos ese único coste fijo.

Y después de esperar en una cola durante algo más de diez minutos, por fin entraron en los bajos de aquel edificio: ¡el PACHINKO! En la entrada, sobre sus cabezas, un letrero (luminoso, claro) en japonés y en inglés informaba de que estaban abiertos todos los días de la semana desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche.

¡Tián aún no salía de su asombro!

…Y ya en el interior se encontró con lo que sólo podría describir como un salón de juegos repleto de máquinas recreativas. Se trataba de una sala pequeña y ostentosamente recargada con motivos de decoración

pertenecientes, cayó en la cuenta, a esas series de dibujos animados japoneses que estaban tan de moda ahora en España («*¿cómo era aquello?...*» trató de recordar entonces «*personaje que roba, que sablea, que choriza, que, que… ¡Que manga! ¡Eso! ¡Los personajes manga!*» recordó de repente), aunque en algunos casos el personaje manga que decoraba las maquinitas de pachinko (le explicaría Katsu más tarde) era femenino e iba muy pero que muy ligera de ropa, lo que por lo visto, comprobaría enseguida por sí mismo, era algo bastante habitual.

El olor a tabaco era excesivo, al igual que el ruido (que Tián sabía que tarde o temprano acabaría sacándolo de quicio) que generaban todas aquellas maquinitas que le recordaban a las típicas tragaperras, o a los pinballs en los que los pocos amigos que tenía de crío tantas monedas invirtieron para nada. Todo resultaba demasiado ruidoso y muy, muy estrecho, la gente jugaba sentada en pequeños taburetes en lados opuestos de la sala, cada uno concentrado en su tragaperras japonesa particular (¡completamente abstraídos, todos!) dándose la espalda de forma que casi podían apoyarse los unos sobre los otros. Por lo que Katsu le iba contando (mientras Tián analizaba todo lo que su hijo le mostraba con tantísimo interés) a pesar de parecer tan estresante, pues Tián empezaba a ponerse nervioso, los japoneses tenían aquello como algo muy relajante.

¡Y una leche!

Cuando se fijó mejor, Tián pudo concluir que se trataba efectivamente de un sistema de juego bastante similar al pinball (aunque combinado con un moderno sistema de video). Los jugadores se levantaban y se acercaban a un mostrador al final de la sala donde compraban unas diminutas bolitas de acero con las que alimentaban cada uno su maquinita. En el centro de cada maquinita existía un sencillo mecanismo que giraba y lanzaba las bolitas hacia abajo conforme el jugador iba alimentando sus sueños de grandes premios que rara vez ganaba, pues la mayoría de las bolitas caían al fondo de la máquina sin proporcionar ninguna recompensa mientras que una minoría caían en unos pequeños agujeros que premiaban al afortunado con más bolitas; en el camino una jungla de clavos decidía si la minúscula bolita caería de un lado o de otro, por lo que la habilidad del jugador quedaba limitada únicamente a controlar la frecuencia de salida de cada bolita.

—¿Se juegan las bolas… —preguntó Tián, y después pensó en lo mal que sonaba aquello— para ganar más bolas?...

—Algo así —le respondió Katsu— Cuando terminan de jugar vuelven a cambiar las bolitas por premios, y si tienen más de las que compraron en un principio… pues entonces ganan.

—¿Qué clase de premios?... —quiso saber Tián.

—Normalmente encendedores, electrodomésticos, juguetes, snacks, cigarrillos… Cosas así.

—¿O dinero?... —añadió Tián.

—No —le contestó Katsu— En Japón está prohibido el juego con esos fines. Así que en lugar de premiarlos con dinero… los premian con ese tipo de cosas que se comprarían con el dinero que ganasen si ganasen dinero.

—Hecha la ley... hecha la trampa —comprendió Tián.

—Así es —le dio la razón su hijo— Pero... —le reveló también— aunque el pachinko no te va a dar ni una sola moneda por las bolas, puedes llevarlas a una tienda cercana donde sí te las cambian por dinero, o por vales de compra de esa misma tienda, lo cual es lo mismo, porque no está prohibido vender las bolas en una tienda que no es un salón de juegos.

—Y todo el mundo… ¿Sabe eso?... —se extrañó Tián.

—Lo sé yo que soy un niño de ocho años, casi nueve —sonrió Katsu— Cuando terminas llevas tus bolitas a una máquina especial que te las cuenta y te las cambia por un ticket que es el que puedes canjear por un premio —dijo dejando claro que todo el mundo conocía el procedimiento— O eso, o te llevas las bolitas a la tienda de al lado y las vendes allá.

—Y ¿nadie hace trampas?...

—¡Eso es imposible! —aseveró Katsu— Cada noche, con el pachinko ya cerrado, un empleado cambia la configuración de las máquinas.

—Y ¿cuánto cuestan esas bolitas?... —quiso saber Tián finalmente, señalando con la mirada un cuenco lleno a rebosar en la falda de una mujer con un kimono verde y un moño enorme que no paraba de fumar (y a sus pies otros cinco cuencos tan repletos como aquél esperando su turno).

—Eso. Unos mil yenes —le informó Katsu— Que son unas quinientas bolitas.

—Lo que son… unos… diez euros. Más o menos, creo… —hizo sus cuentas Tián.

Y la otra alternativa es trabajar hasta las diez de la noche.

¿Diez euros... o diez horas?...

Así que diez euros es lo que cuesta liberarse del yugo de una sociedad que si te lo pone acabas trabajando hasta perder el contacto con tu esposa y con no volver a ver a tus hijos despiertos hasta que te jubiles...

—Creo que prefiero el tenis… —sentenció Tián entonces— O un baileys y un purito en el bar de debajo de casa. Sí. Mejor —decidió sonriente.

—Quieres probar suerte —le preguntó su hijo entonces.

—No —respondió Tián enseguida— Creo que no. Mañana volvemos a casa —dijo— Bueno… —se corrigió— Tú no vuelves... Tú vas por primera vez —y sonrieron al unísono— Será mejor que volvamos al hotel.

Capítulo 22

Maca y Jose
25 de octubre (20:15)

Estaba hecho un verdadero lío (*…¡UN LÍO TOTAL!*) A menudo le asaltaban pensamientos de color rosa en que se veía con esa guapísima azafata (*MACA, MACA… ¡QUE SE LLAMA MACA, JODER!*) en un restaurante en Barcelona, pero de los caros (a los que nunca iba porque para ir sólo con amigos no hace falta impresionar a nadie :L), cenando elaborados platos de diseño de esos que te terminas en dos bocados y que te cuestan más que el último juego de la *play* (para lo que normalmente Jose necesitaba ahorrar durante meses). En uno de estos pensamientos, incluso, aparecía alguno de sus amigos (a menudo *el mico*) e intentaba ligar con ella… y Jose se levantaba, se limpiaba los morros con la servilleta (¡que era de tela!) y después la tiraba descaradamente sobre la mesa, entonces decía cosas que sonaban muy pero que muy bien y acto seguido le propinaba a *el mico* una paliza descomunal demostrando sus dotes innatas para las artes marciales (que naturalmente no tenía) y que terminaban, para deleite de todos los presentes, con una patada estilo *van damme* que enviaba a su colega a la cocina a través de un enorme ventanal detrás de la barra y que despertaba en Maca una mirada que en realidad no sabía si tenía. En otras ocasiones volvían a asaltarle pensamientos de color verde, en los que se pasaba noches enteras en el balcón de la suite de un hotel de veinte estrellas haciendo el amor con ella :F Curiosamente en estos casos siempre había luna llena, y Jose se veía con un cuerpo escandaloso… ¡tenía músculos incluso en los párpados y se le notaba la «V» a la altura de las ingles! Pero los pensamientos que más le asustaban eran aquellos en que la llamaba por teléfono, como su amigo *amazingman* le había aconsejado, y quedaba con ella y acudía a la cita y se le hacía de noche esperando porque ella nunca aparecía; estos pensamientos no eran de ningún color concreto y lo asaltaban igual que si estuviese viendo una vieja película en blanco y negro.

Pero ahí estaba, a la hora que habían acordado, sentado desde hacía ya cuarenta y cinco minutos en la barra del bar del piso veintiuno del *Conrad*; oliendo a tío cachas (con pelo) que sale de la piscina flexionando sus bíceps contra el bordillo, que besa a una tía con unas curvas que quitan el hipo y que luego se embadurna con la misma colonia que Jose sólo utilizaba en contadas ocasiones y que venía durándole ya una década entera ^^

Pero a Jose casi no le quedaba pelo, no estaba cachas, y Maca aún no había aparecido.

¿Dóoondeee eeestáaas?... ><

—...Joooder, dónde tás... —un suspiro (otro suspiro), y miró otra vez el reloj de pared que había colgado en una columna a unos pocos metros de donde se encontraba. ¡Ya pasaban tres minutos de la hora! ÒÓ Jose nunca había llevado reloj, porque era algo que le molestaba sobremanera, así que aquel día había aprendido a preguntar la hora en japonés :D y se decía algo así como «he-man te excusa», o por lo menos a él le sonaba igual (…y ya había realizado esta pregunta más de veinte veces a más de veinte personas diferentes desde la mañana).

…Entonces miró otra vez el reloj, entornando la mirada como si de esta forma fuera a conseguir que los minutos transcurrieran más rápidamente. Y…

—¡Hola! —escuchó de repente a sus espaldas.

¿Cómo?...

Entonces se dio la vuelta sobre su taburete en la barra del bar y ¡ahí estaba ella! (*¡POR FIIIN!... XD*) y su escena de película años cincuenta en blanco y negro adquirió todos los colores habidos y por haber… ¡y en todas sus tonalidades!

Se levantó de un salto.

—¡He-man te excusa! —le dijo, y acto seguido le dio dos besos.

—¿Cómo dices?.... —preguntó Maca.

—¡Joder!… ¡Qué digo! ¡Disculpa!... :/ Lo siento… No he dicho nada. Hola. Sí. Hola. ¡He dicho «Hola»!

¡OLVIDA YA LA HORA EN JAPO JOSE CAPULLO! >_<

—Pues… hola… —dijo ella otra vez, y dejó que en sus labios se dibujara la sonrisa más amplia que Jose había tenido la suerte de contemplar jamás.

Pero qué guapa eres…

—¿Hace mucho que esperas?... —inquirió ella.

—No. Acabo de llegar —mintió Jose, contemplando acto seguido las tres latas de *redbul* y restos de cacahuetes sobre la barra que era evidente nadie podría haberse acabado con sólo llegar— ¿Te apetece un café?...

—le ofreció a continuación.

—¡Claro que sí! —asintió Maca complacida, entonces dejó sobre la barra su diminuto bolso *luis vuitron* que imitaba perfectamente su marca de moda favorita y que siempre llevaba vacío porque en él no cabía ni un paquetito de pañuelitos de papel, y después de eso se sentó a su lado.

También Jose se sentó otra vez, e hizo a un lado las latas de *redbul* vacías y limpió como pudo los restos de cacahuetes esparcidos por la barra en todas direcciones.

—¡Ueitá! ¡Ueitá!... —llamó al camarero— «Ueitá» es camarero en japonés :D —le explicó a continuación (o por lo menos, sabía, se decía de forma similar) antes de pensar «*estoy quedando como un capullo*»

—Lo que me recuerda que no te di las gracias por ayudarme con eso el otro día… —se disculpó Maca— Así que… Gracias —le dijo— Porque si no es por ti llevaría setenta y dos horas sin probar bocado —otra sonrisa.

Rieron.

Y entonces a Jose se le fue la mirada hasta su escote.

:S… ¡COÑO!
¡NO!
¡NO!
¡NO!
¡JOSE, NO, MELÓN! ¡NO SEAS CAPULLO!
¡EN ROSA, EN ROSA… PIENSA EN ROSA!
¡YA! XD

—Y… —dijo, porque había que romper aquel incómodo silencio que de repente acababa de generarse— ¿Qué es lo que te ha traído a Japón?... —le preguntó… «*¡Y vaya par de cantimploras, joder, en serio!... O.O*» pensó a continuación.

—El avión —respondió Maca elocuentemente.

—¿Perdón?...

—El avión —dijo ella otra vez— Me refiero a mi trabajo, soy azafata, ya me vistes, tú y todo el mundo (*¡creo!*) en el vuelo que nos trajo aquí.

—¡Oh!... El avión, claro… El vuelo, las cantimploras… Es verdad… ¡Disculpa! —*¡mierda!...* Se dio cuenta de lo que acababa de decir— ¡Perdona! ¡Soy medio gilipollas! ¡No me hagas caso!… —se dispuso a

pasarse el resto de su vida pidiéndole perdón.

—Venga… —sonrió ella— ¡Deja ya de pedir disculpas por todo, hombre!… ¡Hasta me las has pedido en nombre de *he-man*! —rio, y entonces sus ojos apuntaron al cielo en ademán de «hay que ver» mientras el corazón de Jose se perdía entre las nubes del mismo cielo a donde Maca acababa de enviar su mirada.

—¡¿Sabes quién es *he-man*?!... —no pudo evitar preguntarle :O

—Pues sí, la verdad… Era mi serie de la infancia favorita, aunque mis amigas veían *Candy Candy*. Pero a mí me gustaban más *Los masters del universo*.

¡Qué fuerte! XD

—*Candy Candy* era un manga, un anime, eran dibujos japoneses… —le explicó entonces— Aunque no te gustase esa serie, vale… —quiso preguntarle de nuevo— El manga… ¿También... te... gusta? O sea, el anime... ¿Sabes de lo que te hablo?... —de repente ya sólo podía verla de un único color.

—¡Claro que sí! Pero tampoco es que *Candy Candy* no me gustará, sino que yo era más… Más de… De *Dragon Ball*, de *Doraemon*… Del *Dr. Slump* … ¡VAYA, ADORABA A ARALE!

¡QUÉ FUERTEEE! XDDD

Llegados a este punto Jose tuvo que ponerse en pie, apartó a un lado el taburete en el que estaba sentado y apoyó ambas manos sobre la barra del bar, exactamente igual que como lo hacía el modelo de su marca de colonia con el bordillo de la piscina, aunque ni un sólo músculo asomó en sus brazos y en lugar de eso dejó escapar un «¡UFF!» antes de darse cuenta (¡de repente!) de que a lo mejor no había pronunciado bien «camarero» en japonés porque aquél aún no había acudido [o eso, se dijo, o había pasado de él directamente (cosa que le ocurría bastante a menudo con casi todo el mundo), pero aquello, se dijo también… ¡YA NO LE IMPORTABA!].

—¿Qué ocurre?... —se alarmó ella.

—Eres la primera tía… Joder… ¡Señora… Señorita… Mujer!… O.O

—Tranquilo, hombre… —trató de calmarlo— Siéntate otra vez, por favor… —le pidió.

Y Jose tomó asiento de nuevo.

—Eres… —volvió a la carga— La primera chica que conozco, bueno… —titubeó— que conozco, no… Pero sí tan guapa que… que sabe lo que es un manga… ¡Que sabe QUE es *Dragon Ball*!… ¡QUÉ SABE QUIÉN ES *HE-MAN*!

—Debe haber otras chicas… —opinó Maca entonces— guapas… —se sonrojó— digo yo… a las que también les guste ¿no?... Aunque admito que yo no conozco ninguna, ni guapa ni fea ni nada... —terminó rozando el bermellón.

—¡Sí las hay! —dijo Jose igual que si debatiera el estado de la nación— Pero ya te digo… no tan guapas. Todas las que conozco tienen, en el mejor de los casos, el pelo azul :L

—…Pues a mis novios eso era algo que no les gustaba nada —consiguió articular Maca al cabo de unos segundos, recuperando por fin su tono habitual.

—¿El qué?... ¿Las chicas que se pintan el pelo de colores antinaturales?...

—No —quiso explicarse mejor— No les gustaba que me gustasen esas series. Decían que era cosa de tíos, o… que era algo infantil que demostraba que no era una mujer madura.

—A mí sí me pareces una mujer madura… —apuntó Jose, tratando por todos los medios de que sus ojos no bajasen más allá de la barbilla de Maca— De hecho… *Candy Candy* era una serie bastante madura.

—Bueno tampoco nos pasemos…

Rieron de nuevo. Se miraron un instante y el tiempo les robó unos segundos.

—De hecho… —fue Maca quien hizo pedazos el silencio en esta ocasión, mientras se preguntaba que qué narices le estaba contando— Me compré en deuvedé las pelis de *Hayao Miyazaki* y aún no he podido verlas.

—¿Por qué no?...

—¡No he encontrado el momento!... y tampoco quiero verlas sola, me gusta comentarlas con alguien que DE VERDAD sepa apreciarlas también.

:D

—Me encantaría verlas contigo algún día ^^ —pensó Jose en voz alta.

—Pues lo mismo me ocurre con *Los Caballeros del Zodiaco, Blood el último vampiro, Ranma, Robotech, Cowboy Bebop…*

—¡*Cowboy Bebop*!

—¡Y *El capitán Harlock*!...

—¡*El capitán Harlock*! ¡Una vez me disfracé de *capitán Harlock*!...

—¿En serio?...

«*Ojalá no hubiera dicho eso…*» recapacitó José entonces, y le preguntó a continuación:— ¿Quieres subir a mí habitación?... —antes de percatarse de lo mal que acababa de sonar aquello.

—¿Quieres… que subamos a tu habitación?... —preguntó Maca también, alarmada.

—Sí… —asintió él, seguro de sí mismo por una vez en su vida— Quiero enseñarte los mangas que me compré el mismo día que nos conocimos :)

—¡Entonces, sí!

—Y tengo uno del *Dr. Slump* :P

Capítulo 23

Martí y Jose
25 de octubre (23:30)

Jose se quedó mirando al hombre que parecía un armario ropero que acababa de sentarse a dos taburetes del suyo en el bar que había a dos calles del *Conrad*. Se trataba de un local pequeño en el que servían sushi a cualquier hora del día y de la noche, licores y música que parecía sacada de la banda sonora de una serie anime de moda; en la entrada un letrero luminoso con un pulpo rojo con sombrero de cocinero anunciaba con llamativas letras amarillas el nombre del local, totalmente ilegible para Jose quien en aquel instante (y desde hacía ya un buen rato) tenía la sonrisa varada en la cara :) :) :) Pero por un momento se obligó a bajar de su nube kintōun y a tocar de nuevo con los pies en el suelo, porque se dijo que si seguía sonriéndole así a todo el mundo... cualquiera podría acabar pensando lo que no era :S así que se puso todo lo serio que pudo (que no fue mucho), clavó la vista en el suelo y pidió perdón.

—Perdón… —dijo— Lo siento.

—¿Qué ez lo que zientez?… —le preguntó el armario ropero con patas.

—Vaya… Aquí mucha gente habla español :D —apuntó Jose entonces, fascinado.

—¿Zientez que mucha gente hable ezpañol?... —se extrañó el tío enorme.

—¡No! —saltó Jose de repente— Le estaba mirando como un idiota. Por eso he dicho «lo siento». Hace una hora más o menos… —*desde que me he despedido de Maca*— que miro a todo el mundo como un idiota :L Y prefiero un «lo siento» a que me devuelvan la mirada, me guiñen un ojo y acabe sintiéndome aún más… gilipollas ¬¬

De pronto el gigante con problemas para pronunciar la ese estalló en ruidosas carcajadas, y cuando al fin terminó de reír… se lo quedó mirando un segundo y le dijo:

—Lo que a ti te paza… ez que eztáz enamorado.

—¿Usted cree?... —aventuró Jose.

Entonces aquel llamó al camarero, un chico joven, delgado y con un peinado imposible de color azul, y le pidió dos cervezas; les sirvieron dos sapporo en lata y el armario ropero le tendió a Jose la suya, le tendió

también la mano y le dijo:

—Me llamó Martí.

—Jose… —se presentó Jose, y se dieron la mano.

—Te haz enamorado —dijo Martí abriendo su cerveza con un sonoro *¡FSSSHHH!* por el repentino cambio de presión dentro de la lata— Y ahora pienzaz que todo ez diferente. Tu vida ha cambiado… —echó un trago— y hazta el aire aquí huele a florez de liz en lugar de a fritanga, ¿me equivoco?... —terminó con una sonrisa.

—La verdad… —le dijo Jose— es que no sé a qué huelen las flores de lis… :L

En aquel instante Jose fue a abrir su lata, pero se le resbaló el dedo dentro de la anilla, se le levantó un mínimo la uña de su índice y se le escapó un «¡Auuuh!». Entonces Martí le arrebató la lata, se la abrió *¡FSSSHHH!...* y se la devolvió.

—Gracias… —echó un trago también.

Pero si a mí la cerveza no me gusta… :L

—Zé cómo te zientez —le dijo Martí— Yo también me ziento azí, máz o menoz…

—¿Es que usted también está enamorado? :D —quiso saber Jose.

—…No —dio otro trago más y llevó la vista al frente, pero le resultaba tan lamentable mirar a ese camarero con semejante peinado que enseguida le devolvió la mirada a Jose, y le dijo— Pero yo también ziento que mi vida ha cambiado. Ziento que todo ez diferente ahora —sonrió, bebió…— Zé cómo te zientez porque he vizto tu cara de alelado de haze un momento, y me he dicho que la cara que ze me puzo a mí ayer… debía de parezérzele baztante.

—¡Entonces ha visto a una tía con unas cantimploras de campeonato! O.O —dio Jose por sentado.

—¿Cómo?...

—Olvídelo…

—No. No ez nada de ezo. Lo mío tiene que ver con mi trabajo.

—¿A qué se dedica?... —le preguntó Jose entonces, y echó otro trago sin

darse cuenta.

«*¡Vaya!*» se dijo Martí en aquel instante «*Ya le ezpliqué a Díez a qué me dedico. Zi ze lo ezplico ahora también a ézte… ¡Pronto va a zaberlo medio Japón! ¡Y al final la vamoz a liar!*»

—Me dedico… a la importazión —dijo finalmente (lo primero que se le ocurrió) y después disimuló con su lata de cerveza entre las manos, bebió de nuevo…

—Y… ¿Qué importa?...

—A mí zí me importa —alegó Martí.

—Me refiero a qué clase de productos importa -.-' —le aclaró Jose.

—Oh… Ezo… Ya… Ummm… Melonez —lo primero que se le ocurrió, de nuevo, pensando en su auténtica profesión durante los últimos veintisiete años.

—¿Melones?...

— Melonez. Zí —corroboró Martí— ¿Qué paza?...

—¿Compra melones en Japón y los importa a… a España?...

—Azí ez.

—¿Qué les pasa a los melones españoles?... :/ —otro trago más (antes de darse cuenta de que aquella cerveza no estaba tan mala después de todo XD)

—Cueztión de… calidadez... —alegó Martí— Tendríaz que ver cómo se abren de bien loz melonez de aquí.

—¡Ya ves! —exclamó Jose— ¡Pensaba que todos venían de Villaconejos! O.O

—Puez no.

—Y… ¿Gracias a los melones japoneses usted también va mirando a todo el mundo con la misma cara de imbécil que yo?...

¡Venga ya!

—No —apuntó Martí— Yo tengo máz perzonalidad, y dizimulo. Pero ayer, en medio de una… operazión —*operazión, zí…*— ocurrió algo que me abrió loz ojoz, ¿zabez?... Y me quedé eztirado en la cama de mi habitazión

mirando al techo con tu mizma cara de idiota. Igual que zi eztuviera enamorado. Porque lo que me quitó la venda de loz ojoz fue… un acto de amor.

«Este tío está muy mal… -.-'»

—¿Cree que yo también debería disimularlo?... —le preguntó entonces.

—No —le contestó Martí, rotundamente, apurando el final de su cerveza— Vive enamorado, dizfruta tu amor y no lo ocultez a nadie.

—Dice cosas muy profundas… —apuntó Jose al cabo de un rato— Tal vez debería dedicarse a escribir, y dejarse de melones.

—Vaya. Ezo ya me lo habían dicho… —sonrió Martí, dejando que su expresión de alelado de ayer tomara de nuevo ahora sus facciones, pero la disimuló enseguida (de nuevo también) y desvió la mirada a ninguna parte en concreto y añadió— Tal vez lo haga.

—¿Sabe?... Tampoco usted debería ocultar su amor J —opinó Jose de repente— Dice que usted lo disimula.

Entonces Martí dejó la lata vacía a un lado, se levantó de su asiento y antes de irse le dijo:

—Ez un zentimiento... de amor… diferente.

—¿Qué tipo de sentimiento?... —quiso saber Jose, cuando Martí encaminaba ya hacia la salida— ¿Qué es lo que le ha enamorado a usted? ¿Si no es una mujer?... ¿Por QUÉ siente ese amor?...

Y Martí, con la mano apoyada ya sobre el pomo de la puerta, se giró (un momento), sonrió agradecido y le dijo:

—Eztoy enamorado de… De… —dudó un segundo, pero finalmente asintió para sí y concluyó— Eztoy enamorado de la vida. Me he enamorado de la vida…

Capítulo 24

Tián y Maca
26 de octubre (00:33)

Había dejado a Katsu durmiendo en la habitación. Eran más de las doce de la noche y el niño, como casi todos los niños de su edad a horas como aquellas, estaba rendido; y con la emoción que le suscitaba el viaje en ciernes, Europa, una nueva vida e incluso su perro Atlas de quien no dejaba de hablar desde que Paula se lo nombrase… se quedó pegado a la almohada dejando que tantos kilómetros atravesando el cielo se dibujaran en su mente llenándola de sueños. Por su parte, Tián, bajó al bar en la planta veintiuno, se pidió un *redbul* y se buscó un sitio frente al enorme ventanal que separaba el hotel del cielo nocturno de la ciudad de Tokio, ya era hora de ir despidiéndose de aquel país de locos sonrientes.

Bebió un poco, suspiró, sonrió… (aunque de esto último no se dio cuenta) y contempló una vez más todas aquellas lucecillas rojas en las azoteas de todos los edificios a la vista (ahora sabía que éstas indicaban el punto de entrada para los servicios de rescate, habitualmente bomberos, en caso de necesidad). Por lo visto, le habían explicado, si vivías en un piso que incluía una ventana considerada como tal… estabas obligado por ley a mantener ese acceso libre de cualquier obstáculo para que si era necesario entrar el bombero de turno no se tropezase con un armario con l*a enciclopedia del sushi* al completo, una *nintendo* o una colección de katanas en un atril.

—Yo he leído su libro… —escuchó entonces, de repente, a sus espaldas.

…Y Tián se giró y se encontró con una chica increíblemente atractiva, con una delantera de miedo (reconoció para sus adentros) y que creía haber visto ya pero que no recordaba dónde ni cuándo.

—¿Cuál de ellos?... —aventuró Tián.

—*Todo lo que importa* —respondió ella enseguida.

—Vaya… —y arqueó una ceja— Eres la segunda persona que me habla de ese libro en este viaje. Y… ¿Te gustó?... —quiso saber a continuación.

—Mucho. De hecho lo he leído dos veces.

—¡Dos!... —repitió Tián sorprendido, antes de invitarla a sentarse con él y a pedirse algo. Entonces ella llamó al camarero a grito de «ueitá», le explicó a Tián que aquello significaba camarero en japonés, y se pidió un

gintonic.

—Por cierto, me llamo Maca —se presentó.

—Tián… —dijo Tián— Pero eso tú ya lo sabías.

—La verdad es que... sí.

Rieron.

—Y bien… ¿Dos... veces?... —le preguntó.

—Dos. Sí —entonces el camarero le trajo a Maca su bebida, la dejó sobre la mesilla que había entre los dos, esperó a que Tián le firmase la nota que la cargaba a su habitación y después de eso se retiró— Gracias… —pronunció Maca tímidamente.

—No hay de qué —dijo Tián haciendo aspavientos con ambas manos— Cuéntame… —le solicitó después— ¿Qué es lo que ha hecho que lo quisieras releer? —pues a Tián realmente le interesaba aquel punto.

—…Cómo explicárselo —pronunció Maca en voz baja, mientras le daba vueltas y más vueltas a su gintonic con el mezclador de plástico que lo acompañaba a la vez que a su cabeza buscando palabras.

—Preferiría que me tutearas —le pidió Tián entonces— Por favor.

—Claro… —sonrió Maca, complaciente, y a continuación trató de explicarse— Verás… Me parece fascinante cómo los protagonistas, Alba y Alvar —puntualizó— pueden sentirse tan atraídos entre si, cómo son tan conscientes de lo que sienten el uno por el otro y cómo al mismo tiempo se sienten tan incapaces de expresar sus sentimientos. Te hicieron una crítica en la que lo decían de un modo muy claro —recordó— decían algo así como… —hizo memoria— como que tu historia podía resumirse como la de alguien que tiene la felicidad al alcance de su mano y que tan sólo tiene que alargar el brazo y cogerla, pero que aún así se la niega…

—Sí, recuerdo esa crítica —asintió Tián— Y lo que dices es cierto, de eso trata la novela, pero esa reseña… —«*¡¿crítica?!... Yo lo dejaría en reseña* »— hacía alusión también a muchas otras cosas sobre el amor verdadero y los sentimientos contrariados y qué sé yo sobre un montón más de sandeces sin ningún fundamento y que no venían a cuento. A ese crítico… —apuntó, que lo que hacía en realidad eran «reseñas»— no le gustó mi novela —«*…y además era un capullo*» se recordó.

—En un momento de la historia, hacia el final… —continuó Maca como si no la hubieran interrumpido después de mojarse los labios de manera casi imperceptible— realmente… creía que jamás acabarían juntos. Pensaba

que la historia iba a terminar así de mal.

—Tal vez no «mal», sino, más bien… «realista» —apuntó Tián— Las historias de amor no siempre terminan con perdices a la hora de comer para todo el mundo. Pero el caso… —recapituló entonces— es que ésta sí termina bien.

—Sí. Termina realmente bien —opinó ella.

—¿Es que te has sentido identificada con alguno de los protagonistas en algún momento? —volvió a preguntarle Tián.

—En parte —admitió ella después de meditarlo un segundo— Aunque las relaciones que he tenido nunca han terminado con perdices para cenar, la verdad, pero, no sé… Justamente ayer… —le confesó entonces— me estaba acordando de su, de tu… —se corrigió y sonrió ampliamente— de tu libro. ¡Y hoy te encuentro aquí! —también Tián sonrió ante aquella eventualidad— ¡Qué fuerte!

—Qué fuerte… Sí —coincidió Tián divertido— ¿Por qué te estabas acordando de mi libro ayer?... —le pidió a continuación (realmente, se dijo, se había tropezado con gente interesante durante aquel viaje).

—Porque he conocido a alguien… —comenzó a explicarle Maca— Y… No sé por qué… pienso que esta vez… puede ser diferente —tiró la cabeza hacia atrás y escudriñó el techo en busca de nada en particular, hasta que al rato devolvió la vista al frente y admitió— No sé por qué pienso eso, no sé por qué ahora iba a ser distinto a como ha sido siempre. Anoche no conseguía dormir, me acordaba de Alba, y de Alvar… —un trago más— Pero… Alba y Alvar son personajes de ficción.

—En ocasiones… —intervino Tián— Todos podemos ser personajes ficticios.

Entonces Maca sonrió, aparentemente agradecida por aquel comentario que la invitaba a seguir pensando que sí, que tal vez todo pudiese ser distinto esta vez.

—¿Puedo pedirte algo?... —preguntó ella, al cabo.

—Claro.

—¿Me firmarías una servilleta?…

Aquello arrebató a Tián una sonrisa.

—Por supuesto… —concedió. Y acto seguido sacó su *montblanc* del bolsillo interior de su americana y le firmó la servilleta con la que el camarero

acababa de traerle su *gintonic*.

—¿Puedo hacerte una pregunta?... —le solicitó Maca cuando recibió su autógrafo, y sonrió, y lo plegó dos veces, cuidadosamente, para guardarlo después en su diminuto bolso *luís vuitron* en el que sí cabían servilletas de papel si es que estaban lo suficientemente plegadas.

—Adelante…

—¿Por qué dejaste de escribir? —quiso saber.

—Nunca he dejado de escribir —afirmó Tián, sorprendido por la pregunta.

—Pero… —insistió ella— Hace mucho que no publicas un libro.

—Eso no es cierto —se terminó su redbul, ella echó otro trago— Sólo cambié de público. Eso es todo… Ahora escribo para los niños. Escribo cuentos.

—No lo sabía… —admitió Maca.

—Es como si tú dejas de volar en grandes aviones de grandes aerolíneas… —¡ahora recordaba cuando y donde la había visto!— y comienzas a hacerlo para pequeñas compañías de vuelos privados.

—¡Ahora caigo! —recordó ella de repente también («*¡el del whiskey que me miraba las piernas! ¡Qué fuerte!*»)— ¡Venías en mi mismo vuelo! ¡Sí! ¡Ahora lo recuerdo! Vaya… —pronunció entonces a modo de disculpa— En el avión no te reconocí. Disculpa.

—No tenías por qué hacerlo —admitió Tián.

—En fin… —entonces Maca apuró su copa hasta el final, dejó el vaso sobre la mesilla, recogió su minibolso y se puso en pie— Muchas gracias por el autógrafo, de verdad, y por la copa… Pero será mejor que me retire, que mañana he de trabajar.

—Claro. Nos veremos a bordo entonces —le dijo Tián.

—Claro… —y antes de darle la espalda, se lo pensó dos veces y…—¿Puedo pedirte una última cosa?... —le preguntó.

—¿Qué cosa?...

—Vuelve a volar en grandes aviones, de grandes aerolíneas… Por favor.

Era la primera vez que alguien le pedía aquello, y Tián realmente lo

agradeció, sonrió y le dijo:

—Puede que lo haga.

Tián se retiró poco después de que Maca se despidiera de él, ya que aunque él no tenía que atender a nadie en el vuelo de vuelta… igualmente tendría que madrugar pues éste salía condenadamente temprano por la mañana.

Así las cosas, cogió el ascensor y subió hasta la planta treinta y cinco y después caminó por el lujoso pasillo enmoquetado hasta su habitación. Los bostezos trepaban ya por su garganta cuando echaba mano de su tarjeta-llave y… ¡Y entonces vio a Maca de nuevo! Se encontraba a sólo unos pocos metros de él (aunque ella no se había percatado de su presencia) y en aquel instante también ella se disponía a entrar en su habitación. Tián permaneció en silencio unos segundos, observando a la chica que lo animaba a escribir de nuevo sobre el amor.

«*Pero no…*» se dio cuenta entonces, ella no se disponía a entrar en su habitación.

Cuando pensó en la casualidad de que se alojase en su misma planta y a tan sólo unas cuantas puertas de la suya, se percató también de que aquella no debía de ser su habitación, porque a lo que ella se disponía realmente, comprendió en aquel momento, era a llamar con los nudillos (un gesto al que al cabo de unos segundos acabó renunciando entre dudas, suspiros e inquisitivas miradas a una puerta que no iba a darle ninguna respuesta; seguramente, se dijo Tián entonces, con los mismos dilemas a los que también hacían frente Alba y Alvar en su libro).

Finalmente Maca desistió de llamar a aquella puerta, y sin llegar a darse cuenta de la presencia de Tián al otro lado del pasillo le dio la espalda y se marchó.

Capítulo 25

Martí
26 de octubre (01:15)

«*Enamorado de la vida…*» Sus mismas palabras se repetían una y otra vez con insolente insistencia en su cabeza. «*¿Eztoy enamorado… de la vida?*»

Se encontraba en la habitación del hotel, sentado en el suelo a los pies de la cama. Había pedido que le subieran más de aquella plastilina verde tan sabrosa de la que entonces daba cuenta con unas galletitas saladas que encontró en el minibar, de donde sacó también un botellín de ginebra que mezcló con tónica y que después condenó al frío con un par de cubitos de hielo de la expendedora de hielos que había en el pasillo de su misma planta.

«*En cuanto vuelva a caza…*» cavilaba entonces «*¡le devolveré zu dinero al ozo yogui!*»

Y en aquel instante contempló su rifle, aún sin desmontar, apoyado sobre el brazo del sillón que daba a la ventana; suspiró. Tan sólo pensar en desmontarlo por completo y en devolver todas sus piezas a cada uno de sus escondites formando parte de la maleta, del neceser o del bote de la espuma para afeitar… «*¡Uff!*» lo invadía un insostenible sentimiento de pereza; y de repente se dio cuenta de que ya no volvería a utilizar aquel rifle, de que no tendría que volver a montarlo jamás (*nunca, nunca máz*), aunque aún tendría que desmontarlo una última vez.

Así que se levantó, se acercó al sillón, cogió el rifle con ambas manos y lo sopesó un instante (como si nunca antes hubiera reparado en su peso que conocía perfectamente).

Con el rifle entre las manos, regresó a los pies de la cama y se sentó de nuevo en el suelo; a un lado las galletitas saladas y la plastilina picante, al otro una bolsa de plástico blanca para la colada con el logotipo del hotel impreso por ambos lados y a sus pies, sobre la moqueta, su *gintonic*.

Entonces desmontó el cañón, extrajo la palanca abatible inferior, el punto de mira y la anilla y lo metió todo en la bolsa para la colada. Después de eso desenroscó la montura para la mira y a continuación la mira óptica (el ocular, la torreta y el objetivo). Suspiró de nuevo… Y desmontó el cuerpo, la cámara superior y los rieles para el visor, el alza y el seguro. A continuación el disparador, el ajuste del disparador, el guardamontes y el guardamanos por donde paseó las palmas de las manos acariciándolo como quien recorre el cuerpo de madera recién pulida de una guitarra… y

lo metió todo en la bolsa. Finalmente desarmó la culata, la cantonera y la carrillera y junto con la garganta lo unió todo al resto de piezas en la bolsa para la colada.

—Cázpita… —exclamó cuando por fin terminó.

Entonces apuró su *gintonic* y anudó la bolsa como buenamente pudo, se puso en pie, se la echó a la espalda y salió al pasillo.

Se dijo que no le dedicaría a aquello demasiado tiempo, ya que en sólo unas horas debía coger el avión de vuelta a casa y tenía la intención de dormir un poco. Así que se acercó a un parque próximo al hotel custodiado por imponentes rascacielos que observaban desde las alturas las copas de sus árboles más altos. La noche se le antojaba la más oscura, y Martí entró en aquel parque con la misma sensación que le producía cada vez que quedaba con alguien para encargarle algún trabajo (casi siempre con intermediarios, pero en algunas ocasiones, como le ocurría ahora, con el cliente directamente, ya que él era su propio cliente en aquella última ocasión).

No había mucha gente en el parque a aquellas horas. Una pareja de ancianos sentada en un banco dando de comer a un grupo de palomas trasnochadoras; otra pareja, más joven, a la sombra de un árbol que a esas horas ya no da sombra a nadie y un gato que de repente le cruzó por delante, ¿o dos?... (no pudo distinguirlo, ya que a horas como aquellas como todo el mundo sabe todos son pardos). Pero también, se dio cuenta de repente, se encontraba en aquel parque aquella noche su oscuro pasado, sus miedos, sus penas y sus arrepentimientos, todos los errores que había cometido en su vida (desde el día en que cogió un rifle por primera vez), cientos de noches en vela y una bolsa con un socio despedazado que parecía que pesaba una tonelada.

Pasó por delante de los ancianos y de los jóvenes y ninguno le prestó la más mínima atención, dejó atrás a los gatos que maullaban hambrientos y celosos y vislumbró un estanque al otro lado del parque al que se encaminó sin ninguna prisa…

Pero cuando se encontraba a sólo unos pocos metros del estanque, mientras la noche caía más y más sobre Tokio y ocultaba sus intenciones (como tantas veces las había ocultado ya en el pasado, arropándolo con sus sombras), reparó en un pequeño grupo de diminutas flores amarillas de pétalos desordenados, se detuvo y se quedó observándolas… Martí no conocía el nombre de aquellas flores, de casi ningún tipo de flor en realidad, porque era algo que nunca le había interesado, porque conocer los nombres de las flores no le sirve a uno ni para matar ni tampoco para sobrevivir. Pero entonces le dio importancia a una de ellas, a una sola,

una que crecía apartada un par de palmos de aquella pequeña mata de flores que formaban rectas detrás de una alambrada como si fueran los músicos perfectamente uniformados de una banda de música local; aquella flor, a diferencia de las otras (y encontrándose casi fuera del vallado metálico, como si ya no perteneciese al grupo entre el que seguramente nació) parecía alicaída, pues en lugar de mirar al cielo como todas las demás... sus pétalos apuntaban al suelo, ya que su tallo subía y caía a mitad de camino dibujando una curva que la obligaba a mirarse las raíces como el que avergonzado se mira zapatos.

Martí se arrodilló a su lado, dejó la bolsa de la colada del *Conrad* en el suelo, la abrió y rebuscó entre las piezas de su socio hasta que dio con la que buscaba… Entonces sacó el cañón y lo hundió en la tierra al lado de la flor cabizbaja y desamparada, y a continuación sacó la montura para la mira y la asió al cañón de manera que sus piezas pudieran abrazar el tallo de la flor para obligarla a levantar la vista. Cuando hubo terminado se puso en pie y contempló satisfecho su obra, como el niño que contempla orgulloso su primer castillo de arena, recogió del suelo la bolsa con el resto de piezas y continuó hasta el estanque.

Una vez frente al estanque Martí metió en el agua la bolsa de plástico con las piezas que restaban de su rifle. Ésta se hundió de inmediato, sin más dilación, porque no era necesario ningún ritual, ni siquiera un adiós (« *porque erez el último cuerpo que hundo en el agua...*» le dijo a su socio con el pensamiento), y después de eso le dio la espalda y se fue…

Ya de regreso y al pasar junto a la mata de flores amarillas, pudo ver a la pareja de jóvenes, a la luz del flash de un teléfono móvil, fotografiando la flor abrazada al cañón de su rifle mientras ésta contemplaba (ahora sí) cómo la noche sobre sus cabezas ocultaba, por última vez, los pasos de un asesino de vuelta a su hotel.

Capítulo 26

Jose:
«*Adoraba a Arale…*» se dijo recostado en la cama de su habitación, evocando las palabras de Maca de aquella misma tarde «*y Ranma… ¡Y Robotech! ¡Qué fuerte!*» cayó en la cuenta entonces :) «*¡Hasta nombró a Cowboy Bebop!*» y se incorporó un tanto para quitarse los zapatos y los calcetines que lanzó al fondo de la habitación y que quedaron colgando de uno de los apoyabrazos de la silla del escritorio XD

Maca:
«*¡He-Man y los Masters del Universo!*» se dijo y rompió a reír tumbada de espaldas sobre la cama en su habitación, abrazada a su almohada como quien se abraza a su amante. «*Hacía mucho que no me acordaba de esa serie. Cuánto me gustaba. ¡Qué bien lo pasaba!*» se dio la vuelta y le sonrió al techo.

Jose:
«*Claro que…*» se dijo también «*en He-Man y los Masters del Universo el que menos cachas estaba debía de desayunar con esteroides :L y Ranma, o Cowboy Bebop… por lo menos cachas, cachas*» pensó «*…no están. ¡Pero qué estilazo los muy cabrones!*» suspiró con tesón «*que yo abdominales... sólo tengo una :L*» empezó a preocuparse «*¡¿Y estilo?!… ¡Uff! Me parece que tenía algo de eso, pero no sé dónde lo he metido*».

Maca:
«*…antes de cambiar a He-Man por un montón de capullos prepotentes con gorra de comandante*» se acordó del último «*...¡y de directores de grandes empresas que ni siquiera sabían cómo dirigir sus vidas!*» recordó a otros «*o como aquel "empresario" del sector hostelero que al final resultó que era camarero*» y otro más «*…o como aquel que tardaba en cambiarse para salir incluso imás que yo!*» por un instante su sonrisa se desdibujó, pero enseguida se esforzó en recuperarla, y entonces volvió a sonreírle al techo.

Jose:
Y de repente su habitación siempre tan, tan desordenada y con el póster de *starwars* en la pared del fondo detrás del ordenador… se le dibujó en su cabeza y… ¡rompió a reír! :DDDD «*¡Tanto tiempo escondiéndome tras un perfil en internet de un tío que no existe! ¡Tanto tiempo atribuyéndome tantas cualidades que nunca he tenido!… ¡Vaya!*» se dijo «*…Y al final resulta que ELLA no estaba detrás de la pantalla de mi ordenador. ¡Sino aquí! ¡En Japón!*»

Maca:
«*Quería un tiarrón por novio. ¡Como He-Man!*» empezó a reír de nuevo «*Pero esa clase de tíos, con gorra y distintivos de comandante, los que*

necesitan una hora entera para decidir qué camisa ponerse para asistir a una fiesta en la que nadie se fijará porque en fiestas como esas todo el mundo se fija únicamente en su propia camisa…» iba haciendo memoria «*Que te vienen a buscar en un coche que parece una nave espacial y que tratan de comprarte con una cena que a ti te tendría a dos velas el resto del mes*» se dijo «*Esos… ¡Esos tíos no saben quién es He-Man! ¡Ni tampoco el Capitán Harlock!*»

Jose:
…Y pensó en bajar al hall, en sentarse enfrente de uno de los ordenadores de la sala de negocios para conectarse al chat y buscar a su buen amigo *amazingman*. Así que se puso en pie… «*Me ha visto. Friki, calvo y feo… ¡Pero con gracia!*» se dijo apuntando con un dedo al infinito «*¡Y le he gustado! :D ¡Hace que me sienta BIEN!…*» se dio cuenta «*¡Bien, bien de verdad!*» Entonces sonrió :) y se levantó y volvió a calzarse los calcetines y los zapatos para bajar al hall. «*Que haya tenido que venir hasta aquí para encontrar a una tía que valga la pena…*» meditó, rio «*¡y que además sea también de Barcelona!*» rio con más ganas aún, y entonces abrió la puerta de su habitación y salió al pasillo.

Maca:
«*Pero Jose…*» y suspiró una, dos y hasta tres veces… «*Este chico no necesita más fibra*» se dijo «*…y no porque le sobre*» sonrió «*¡sino porque no la necesita y punto! Porque me hace reír. Hace que me sienta… ¡BIEN!* » se dio cuenta de repente «*Bien, bien de VERDAD*» entonces se puso en pie y pensó en llamar a su amiga, y cogió el móvil «*Que haya tenido que venir hasta aquí para encontrar a un tío que valga la pena…*» meditó, rio « *y que además sea también de Barcelona*» rio con más ganas aún mientras marcaba el número de su amiga.

Capítulo 27

Tián y Jose
26 de octubre (08:05)

Katsu bostezó de nuevo, abriendo TANTO la boca que Tián (dentro de su ignorancia en su nuevo papel de padre) temió que ésta pudiera desencajársele y que acabase regresando a casa con niño con tara y con la consiguiente bronca por parte de Paula que aquello (*¡seguro!*) conllevaría, pues Paula era capaz de reprenderlo incluso por haber roto al niño. Claro que aquellas no eran horas para que un niño de ocho años (casi nueve) estuviera un domingo por la mañana ya en pie. Eran entonces poco más de las ocho de la mañana y el hall del hotel bullía de actividad (no sólo de aquellos que dejaban su habitación, como Tián y Katsu, sino también por un montón de gente que acababa de bajarse de un autocar que había llegado hacía tan sólo unos minutos y que esperaban que se les asignase sus habitaciones cuanto antes mejor con tal de dormir al menos un par de horas más).

¡Waaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhh!...

También Tián bostezó. Tenía enfrente una pareja que daba la impresión de no estar de acuerdo con la cuenta del hotel y aquello estaba empezando a impacientarlo (ya que como él siempre había dicho… perder el tiempo por uno mismo es evidentemente una pérdida de tiempo, pero es una pérdida de tiempo TUYA, pero perder el tiempo por culpa de los demás… Aquello SÍ que no podía soportarlo).

Entonces contempló otra vez a su hijo.

Otro bostezo. ¿Una boca o un buzón?...

¡Pobre críO!…

—Ei, Katsu… —le dijo entonces señalando un conjunto de sofás a la entrada del hotel— ¿Por qué no te estiras en aquellos sofás de allá?... Me parece que aún tenemos para un rato.

Katsu contempló la oferta que su padre le hacía y miró con ojos soñolientos hacia los sofás, miró después a Tián, bostezó otra vez y pronunció «vale»

Vale.

—Pero no te duermas, ¿eh?... —le pidió mientras se alejaba ya arrastrando su mochila.

Katsu tan sólo llevaba consigo su mochila, la misma con la que salió de aquel centro de acogida; Tián ignoraba qué guardaba en ella y no se sentía con derecho a preguntárselo.

«*Con qué poco equipaje puede uno mudarse a otro país*» se dijo entonces, y a continuación… «*…¡y con qué poco puede uno iniciar una nueva vida!*». Desde que Ricky le hiciera padre hacía sólo unos días (pues Tián se negaba a abandonar la idea de que era Ricky el que lo había hecho padre aquel día) no hacía más que plantearse todo tipo de enrevesadas cuestiones «*¿Qué hace falta para iniciar una nueva vida?...*»

Y en ese instante vio a alguien que lo sacó inmediatamente de su ensimismamiento.

¡Maca!…

Maca se encontraba junto a la entrada del hotel, a la derecha de los sofás en los que su hijo seguramente caería dormido por mucho que le hubiese pedido que no lo hiciera.

Aún quedaba algo de tiempo para ir al aeropuerto sin necesidad de llegar con la lengua colgando, pero seguramente, se dijo, a ella la hacían estar allí antes que a nadie para que él, Katsu y un montón de gente más se encontrasen el avión en perfectas condiciones.

En aquel instante Maca se estaba despidiendo de alguien: Un chico de unos veintitantos, sin ningún atractivo, bajo, un poco gordo y medio calvo (lo cierto, meditó Tián, es que aquél no era el tipo de hombre con el que se la habría imaginado).

«*Si es que a ese pobrecillo…*» se dijo «*puede llamársele "hombre"*»

¿Quién será?...

¿El tío de la habitación de mi mismo pasillo?...

…¿El HOMBRE tras la puerta?

¿El misterioso galán que anoche no se enteró que había una mujer INCREÍBLE al otro lado de su puerta?

Sintió que le asaltaban, como tantas veces en su vida, la ironía y el sarcasmo.

¡Pues tiene pinta de pardillo!…

Y entonces se fijó en cómo se decían adiós. Sus manos se rozaron (aunque muy levemente) mientras Maca sonreía y él le respondía de igual modo… ¡Y de repente las manos de él directas a los bolsillos!

«¡VENGA, HOMBRE! ¡SERÁS PARDILLO!...»

¡Pero dijo algo que a ella la hizo sonreír! Maca tenía una sonrisa que deslumbraría a cualquiera incluso bajo un sol sin nubes. Entonces ella asintió con la cabeza y los dos rieron de nuevo. Tián alcanzó a oír un «*nos vemos en Barcelona*», algo sobre quedar en «*…un starbucks*» y algo más sobre «*…una noche?*» seguido de un montón de incertidumbre en forma de interrogantes de toda clase hasta que finalmente Maca le dijo «*bueno, antes nos vemos en el avión*»… Y después de eso un «*hasta luego*» un « *hasta pronto*» un «*cuídate*» y por último un «*nos vemos*».

Parecía que nuuunca terminarían de decirse «adiós», cuando Maca (¡al fin!) le dio la espalda, esperó a que las puertas automáticas de la entrada al hotel se abrieran y salió de allí tirando sin ninguna fuerza y con mucha gracia de su maleta con ruedas. Aún entonces, tanto una como el otro se giraron varias veces hasta que finalmente se perdieron de vista, mientras ella caminaba hacia un taxi y él en dirección al mostrador de recepción para dejar también su habitación.

—¿Es usted el último?... —le preguntó entonces el veinteañero feo, bajo, casi gordo y medio calvo a Tián, colocándose automáticamente detrás de él.

Entonces Tián echó una ojeada a sus espaldas: ¡Nadie!

—Nooo —le dijo— Es que los que van detrás de mí se han escondido…

Aquél no pasó por alto su sarcasmo, pero aún así le sonrió, porque tenía la mente poblada de demasiadas cosas bellas como para tomar en consideración el comentario sin sentido de alguien malhumorado por haber tenido que madrugar más de la cuenta.

«*¡Seré… CAPULLO!*» se dijo Tián al cabo de unos segundos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó después.

Aquel lo miró otra vez, aunque con la mirada puesta a miles de kilómetros de allí y los pómulos tirantes en una sonrisa almidonada que parecía que nunca aflojaría.

—Jose :) —pronunció finalmente.

—Mira José… —comenzó a decirle Tián.

—Jose —lo interrumpió éste— Sin acento en la «e». Por favor ^^

—Claro —*pero QUÉ coño habrá visto esa chica en este tío*— Verás… —empezó de nuevo— Es que… te miro y me doy cuenta de que eres muy pringao, y que si alguien no te lo explica… vas a acabar perdiendo a esa mujer.

¡Porque me recuerdas demasiado a mí a tu edad! ¡Igual de pardillo!

—¿De qué coño me habla?... o.Ó —regresó Jose de golpe a Tokio, al *Conrad*, al hall del hotel…

—A Maca le gustas —le explicó Tián entonces— Y, aunque después de verte no entiendo POR QUÉ, yo diría que mucho.

—¿Conoce a Maca? :L

—Más o menos —*a quién conozco es a Alba, y a Alvar, y por eso sé tan bien lo que está pasando por tu cabeza ahora mismo ¡MELÓN!... Pero no esperes que Maca vaya a esperarte durante casi quinientas páginas.*

—¿De qué conoce usted a Maca?... —quiso saber Jose de repente.

—Mira… —le explicó Tián— Eso ahora no importa. ¿Vale?… Lo que importa es que anoche Maca estaba delante de la puerta de tu habitación a punto de…

—¡¿AH, SÍ?!... O.O —lo interrumpió Jose (¡inevitablemente!)— ¡¿Cuándo?!... :D ¡¿A qué hora fue eso?!... :DDDD

—Pues no sé… Sobre la una creo…

—¡YA VÉS! —se quedó alelado (más si cabía)— Oiga… —se le ocurrió entonces… ¡Porque podía ser! ¡Sí! ¡Porque cosas como la que se le pasaba ahora por la cabeza ocurrían de verdad! ¡Lo sabía!— ¿Es que es usted mi ángel de la guarda o algo así que lo ve todo y me vigila y me aconseja y… —comenzó a decirle.

—De verdad que no sé qué coño ha visto Maca en ti, en serio… —lo interrumpió Tián en esta ocasión— Yo no soy tu ángel de la guarda ¡capullo! Soy escritor, cínico, fumador, cuarentón, tocapelotas, malhablado y obsesivo del orden… ¡Así que no me cambies las cosas de sitio! —*¡JODER!*— Y lo que trato de decirte… es que ayer noche esa chica estaba a sólo ESTO… —y entonces juntó las yemas de sus dedos índice y

pulgar como si se le hubieran quedado pegadas con *superglue*— ¡de llamar a tu puerta!... Que da la jodida casualidad de que está al lado de la mía.

—Coño…

—¡Sí! ¡Coño! —le dio la razón Tián— Mira, te explicaré una cosa… —le concedió a continuación— Hace unos años viajé a Roma —comenzó a explicarle—… a presentar mi último libro que acababan de traducir al italiano. Con mi agente… —*es decir, con el capullo de Ricky*— Aquel día venía una periodista de una revista de letras para cubrir la noticia. Bien, pues esa noche, después de cenar, Paula (Paula era la periodista, imagino que lo habrás pillado) y yo conectamos bastante, por aquel entonces yo era muy, era más,... más muy… —*cómo te lo digo*— ¡Me parecía a ti! —le dijo al fin— Capullo, pardillo y bastante alelado, aunque con más pelo... El caso es que ella acudió esa noche a mi habitación igual que ayer Maca acudió a la tuya.

—¿De verdad? —le preguntó Jose fascinado— ¿En serio?... O.O

—Sí, de verdad y en serio, joder… —*…¡de mentira, coño, que me lo estoy inventando para hacerte un favor. ¿Por qué coño estoy haciendo esto?!…* — La diferencia es que en mi caso creí oír a alguien al otro lado de la puerta, y entonces me levanté y abrí y salí al pasillo a tiempo para ver cómo se alejaba.

—¿Y?… —lo animó Jose a continuar.

—Y la llamé, claro... —continuó mintiendo Tián— Y entonces ella se dio la vuelta, me vio en pijama en medio del pasillo y volvió hacia mí.

—¡¿Yyy?!… —le exigió continuar un poco más.

—Y hoy… —y por una vez entre tantas mentiras lo que dijo a continuación fue cierto— Hoy… Paula es mi mujer.

—Coño… :L

—¡Sí! ¡Coño! —dándole la razón de nuevo— Pero tú ni te enteraste de que Maca estaba ayer delante de tu puerta. Y por eso te lo estoy contando ahora. Para que no la dejes ES-CA-PAR —*¿Pero a mí quéee coooño me importa el niño éste?*— ¿Es. Ta. Mos?...

«¡Joder! ¿Es que me estoy ablandando o qué?… O peor aún… ¡¿Es que ya me he hecho viejo o qué?!… ¡¿Qué coño hago yo ayudando a este patán?!...»

—¡Uuuff! —Jose abrió los ojos como si fuesen platos soperos, de nuevo O.O Y después de eso otra vez… —¡UF! ¡UF! ¡UF!...

—Así que deja ya de hacer el capullo, ¿de acuerdo?... Porque por lo poco que la conozco, Maca es una mujer como no encontrarás muchas más, ¿sabes?... Es guapa ¡está claro! Tiene un cuerpo que quita el hipo ¡joder! Es inteligente. Simpática. ¡TIENE CLASE! Y lo más importante: ¡Es buena persona! ¡Ya le han hecho daño un montón de ex novios malparidos! Se merece a alguien auténtico. ¡Y parece que a ella TÚ se lo pareces! (*¡increíble!*) Y… ¡Vaya! No te diste cuenta pero ayer con lo que estaba llamando a tu puerta era con los latidos de su corazón —*¡COÑO!*— …¡Tengo que anotar eso! —se dijo para sí a continuación (dándose cuenta de que aquella anotación, de que llamar a una puerta con los latidos del corazón, no cabría en ninguno de sus cuentos, sino, inevitablemente, en una historia para un público por lo menos veinte años mayor que su público actual, en una historia escrita a bordo de un gran avión propiedad de una gran aerolínea), y entonces añadió…— Y a mí… Joder, a mí me ha dado el mejor de los consejos —terminó en un susurro.

—Gracias… —pronunció Jose al cabo de unos segundos— En serio…

En aquel instante (*¡por fin!*) la pareja que tenía enfrente llegó a la conclusión de que su factura debía de ser correcta, aunque por sus gestos (así como por alguna que otra palabra en algún idioma de algún país del norte de Europa que Tián no entendió pero que sonaba fatal) no se marcharon del todo convencidos.

—Tú trátala bien —le pidió a Jose entonces— Sólo eso... —y acto seguido se dirigió al mostrador de recepción para liquidar su cuenta.

Minutos más tarde Tián se encontraba delante de su hijo con una sonrisa inmensa en la cara: *¡No se ha dormido!*

—No te has dormido... —le dijo.

Katsu se lo quedó mirando un instante, bostezó de nuevo y asintió levemente.

—Pues no —corroboró, y le preguntó a continuación— Quien era ese señor con el que estabas hablando.

Entonces Tián se sentó un momento a su lado.

—Alguien… que necesitaba un empujoncito —le dijo.

—Un empujoncito —preguntó Katsu.

—Quiero decir, alguien que necesitaba que le echasen una mano, un cable, que otro le ayudase…

—Y lo has ayudado tú —preguntó su hijo de nuevo— Como —quiso saber.

—Pues… le he contado una mentira —admitió Tián.

Por fin Katsu despertó del todo.

—Eso no está bien —se quejó a su padre.

—Depende —se defendió Tián— Las mentiras piadosas no son malas.

—Como... es eso... —se extrañó Katsu.

—Significa mentir con un buen propósito, con buenas intenciones.

—No sabía que se podía mentir con buenas intenciones.

—Pues sí, se puede.

—Y que mentira *piasosa* le has contado —preguntó otra vez con cara de no estar muy convencido de haber pronunciado la palabra correctamente.

—Le he dicho que conocí a Paula como él, más o menos… —le explicó— Después le he dicho que Paula y yo nos casamos, que eso sí es verdad, y así le he animado a que haga bien las cosas para que él también acabe con esa chica y se case o lo que sea…

Llegados a este punto Katsu se miraba a su padre con gran interés.

«*Se está preguntando…*» comprendió Tián «*en qué momento ha empezado a importarme la gente. Sí. ¡Yo también me lo pregunto!*»

—Vale —pronunció Katsu finalmente— Y como conociste a Paula —le preguntó después— Quiero decir como la conociste de verdad.

Tián casi rompe a reír, porque aquella historia siempre le hacía reír, « *¡pero no!…*» se dijo entonces, se puso serio y le explicó:

—La verdad es que conocí a Paula en la boda de Ricky —y miró al techo como si ahí fueran a proyectar el video de la boda de su mejor amigo— Después de una. De unas… De unas cuantas copas —decidió al fin— unos amigos y yo comenzamos a pasarnos una pelota de plástico que

encontramos por ahí.

—Cuantos años tenías entonces —quiso saber Katsu.

Tián se lo quedó mirando un instante, entrecerró los ojos y le dijo:

—Treinta… y seis.

—Y os estabais pasando una pelota de plástico —aseveró Katsu.

—Una pelota de plástico… Sí. Una pelota de plástico de *mickey* para ser más exactos —confirmó— Verás, en ocasiones cuando los adultos beben… se comportan como niños —quiso dejar claro— El caso…—prosiguió— es que me pasaron la pelota a mí, pero yo no la cogí, y ésta fue a parar a donde había un grupo de chicas charlando y bebiendo y riendo. ¡E iba directa a la cabezota de una que llevaba un moño GIGANTE!

—Paula —comprendió Katsu enseguida.

—Paula, sí… Así que corrí hacia ella y la empujé para que la pelota no le diera en la cabeza.

—En serio —preguntó Katsu.

—Lamentablemente, sí —confirmó Tián de nuevo— ¿¿Sabes cuando estás a punto de caerte... pero tus piernas siguen corriendo… ¡por sí solas! ¡Tú sigues corriendo porque es la única manera de seguir en pie y en el fondo sabes que te caerás pero no paras!... y al final, inevitablemente, te das de bruces contra el suelo??... —Katsu asintió un par de veces— Bien,... pues cuando plaqué a Paula, consiguió avanzar unos diez metros corriendo así antes de darse (inevitablemente) de bruces contra el suelo.

...

—Y que hubiera pasado si la pelota de plástico de mickey le hubiera dado en la cabeza —una última pregunta.

—Seguramente nada —admitió Tián, y entonces la risa asomó entre sus mejillas (pero «*¡NO!…*» se dijo otra vez «*¡No seas capullo y no te rías!*»).

—Y después de eso se casó contigo —pronunció Katsu de repente sonriente.

—¡Alucinante!… ¡¿Verdad?!…

—Vaya —exclamó entonces— Sabes. Tengo ganas ya de conocer a Paula.

—Sí… Yo también tengo ganas de volverla a ver —*te echo de menos Paula* — ¡Venga! ¡Vamos!... —le dijo a continuación, y se puso en pie y le tendió la mano— ¡Vámonos a casa!

—Sí —aceptó Katsu radiante, asiéndose fuertemente a la mano de su padre— ¡Vámonos a casa!

Capítulo 28

Martí y Maca
26 de octubre (09:45)

Sintió como si de repente se hubiese convertido en otra persona, en la antítesis de aquel que fue hasta hacía sólo unas horas, en un hombre que nada tenía que ver con aquel otro que todavía ocupaba su piel la noche anterior, ya que era otra vida la que le tocaría vivir a partir de ahora y… ¡la verdad era que aquello lo asustaba!... pues Martí Martín sólo había sabido vivir de una manera, y jamás conoció otra.

A Martí le gustaba madrugar, ir siempre con tiempo suficiente y no llevarse ninguna sorpresa, por lo que aún faltando más de dos horas para embarcar él ya había facturado su equipaje y decidió «matar el tiempo» (sin poder evitar reírse de sí en el momento en que se le ocurrió esta expresión) que restaba hasta la salida de su vuelo en un *starbucks* de la terminal, porque como ya sabía el café sabe exactamente igual en todos y cada uno de los *starbucks* que hay repartidos por el mundo, y él, además de no gustarle las sorpresas, era también un hombre de estrictas costumbres, y aquella era la razón por la que siempre buscaba un *starbucks* cuando quería un café (*¡un café con zabor a café!*), sobre todo cuando se encontraba en los Estados Unidos, se dijo recordando su último trabajo, donde el café le sabía a agua marrón.

Cuando le llegó su turno se pidió un cappuccino al que después añadió una ingente cantidad de azúcar, le dio vueltas con uno de esos palitos de madera, tiró el palito y lo probó: «*Ummm…*» Entonces le añadió algo más de azúcar y le dio más vueltas con otro palito que desechó de nuevo y volvió a probar su café… Y tras eso rumió, lo volvió a probar, lo saboreó, se lo pensó… y decidió añadirle un poco más de azúcar y también le dio más vueltas e igualmente volvió a desechar el palito antes de probarlo por tercera vez. Hasta que finalmente asintió satisfecho (*¡ahora zí!*) y se sentó en un sillón cerca de la entrada que le permitía ver a la gente que pasaba por delante de la cafetería tirando de sus maletas con ruedas a la vez que consultaban por enésima vez las fotos de su viaje a aquel país de curiosos personajes con limones por cabezas.

Y en aquel preciso instante cruzó por delante suyo aquella atractiva azafata que lo había atendido en el viaje de ida, la de las «cantimploras» según dijo el comandante de aquel vuelo sin tener idea de que todo el

pasaje estaba escuchando. Se llamaba, recordó... ¡Maca!

Maca. La de laz cantimploraz. ¡Cómo para olvidarlo!

—¡Una tía con unaz… CANTIMPLORAZ DE CAMPEONATO! —se dijo de nuevo sin percatarse esta vez de que lo estaba haciendo en voz alta.

¡CÁZPITA!

…Aquello era precisamente lo que le había dicho aquel pobre pringado enamorado en el bar aquel a dos calles de su hotel en el que se había tomado unas cervezas la noche anterior… Y entonces lo comprendió: ¡Se refería a aquella azafata!

¡Caracolez!

Y de repente vio AQUELLA como la primera oportunidad que le daba la vida para empezar con buen pie su nueva andadura por la misma senda que transitaba la gente decente.

¡Con su primera buena acción!

Entonces Maca, perfectamente uniformada, entró en aquel starbucks, acudió al mostrador y pidió:

—Mocha frappuccino, please…

…Y al rato le sirvieron su frappuccino además de una galletita de vainilla de esas de las que si haces caso a su publicidad… ¡puedes comerte mil y no engordar! Después de eso añadió endulzante a su café y se sentó a una mesa cerca de los baños, le dio vueltas y más vueltas a su frappuccino, hincó el diente en su galletita baja en calorías y echó mano de su móvil para comprobar su correo.

—Dizculpe…

Entonces Maca miró al frente y se encontró con un tío enorme («*este tío es un armario*» se dijo, un armario con pantalones de pana, camisa a cuadros y americana de color beige) que la privaba completamente de toda la luz que entraba por el enorme ventanal de aquel local y de la que gozaba hasta hacía sólo dos segundos.

—¿Sí?... —preguntó tímidamente (antes de darse cuenta de que «*…si Jose entra justamente ahora, con este tío enorme delante no me va a ver*»).

—Me llamó Martí Martin —se presentó— ¿Puedo zentarme?... —solicitó.

—Por favor —le rogó Maca, más para que se agachara y dejase de eclipsarla que por permitirle sentarse junto a ella, y entonces también fue a presentarse— Yo soy…

—Macarena —la interrumpió Martí— Lo zé.

—¿Y qué es lo que desea?... —fue ella al grano.

—Verá… —le explicó el armario ropero con pantalones de pana— La he reconozido, y ruego que no lo tome a mal, por favor… —le pidió— por zuz tetaz como cantimploraz.

—Venía en el vuelo de ida —comprendió Maca.

—Azí ez —corroboró Martí— Y tengo un amigo que eztá muy enamorado de uzted. Ayer noche me nombró zuz berzas como cantimploraz… —le explicó— Y ahora acabo de caer en la cuenta de que ze refería a uzted.

—Si es un capullo con gorra y galones no me interesa —*¡al grano!*

—Tal vez un poco «ezo que ha dicho uzté» —porque Martí no repetiría semejante taco—… zí. Aunque máz bien pringadillo, diría yo. Un poco friki, feo, calvo…

—¡Jose! —lo identificó ella enseguida, con la mano en el pecho, el corazón en las nubes y los ojos en órbita.

—Azí ze llama. Zí.

—Vaya... Y... —y dudó un instante— ¿Le ha hablado él de mis tetas como cantimploras? —le preguntó.

¡Puñetaz! ¡Ze trata de hazer una buena azzión! ¡NO DE EZTROPEAR UNA RELAZIÓN ANTEZ DE QUE EMPIEZE! ¡Cooomo ze nota que no eztoy acoztumbrado a zer el bueno!…

—No… ezactamente... —balbuceó Martí sin saber realmente qué decir con tal de corregir semejante metedura de pata.

—…

—Me ha hablado… —volvió a intentarlo— De… ¡Zuz ojoz! —dijo por fin— que parezen la boca zin fondo de un pozo de loz dezeoz… —*¡¿ezo lo he dicho yo?!*— Y también de... zu… ¡Zonriza!… —continuó «*¡caracolez! ¿de qué zonriza le voy a hablar, zi yo zolo zé matar?...*»— que me dijo que mataba con ella… —*¡Ooolé!*— De zuz mejillaz de terziopelo y de zuz dientez de ezpuma —¡se animó de repente!— De zu nuca de marfil —*¡de zuz tetaz como cantimploraz!*— ¡De zuz hombroz blancoz como zerroz

nevadoz. De zu cuerpo de zirena. Del vértigo a la altura de zu zintura. De zuz piernaz zin fin!

—Coño…

—¿Perdón, zeñorita?...

—Nada —se disculpó Maca— ¿De verdad le ha hablado así de mí?...

Martí tan sólo asintió con la cabeza, pensando que si no lo afirmaba de boca la mentira sería... menos mentira (pues no quería empezar su nueva etapa de buena persona mintiendo).

—…Aha —se atrevió a pronunciar al final.

Y de repente la sonrisa en las mejillas de Maca se tensó aún más (si es que aquello, pensó Martí, era posible). Y de repente se levantó de su silla y agitó una mano en alto para hacerse ver, ya que por la puerta de aquel starbucks acababa de aparecer ÉL: Jose.

—¡Jose!...

«*Pero qué pinta de pringao…*» pensó Martí.

Jose se acercó a ambos con las manos en los bolsillos y la sonrisa colgando de una de las comisuras de su boca a punto de caérsele al suelo.

—¡Hola! —saludó eufórico, y acto seguido le dio dos besos a Maca— ¿Qué… Qué está haciendo usted… Aquí?... —preguntó a continuación, dirigiéndose a Martí, cuando finalmente su sonrisa quedó aplastada contra el suelo entre un sobre vacío de endulzante y un palito de madera para el café usado.

—Pazaba por aquí…

—Mira tú :L —exclamó Jose— ¡Qué casualidad!...

—Así que es cierto que os conocéis… —medio preguntó Maca.

—Más… o menos?... —terminó preguntándose Jose.

Entonces Martí asintió y le dio una palmada en la espalda a Jose que casi lo desmonta.

—Yo... tengo que irme —mintió otra vez «*¡Caaarambanoz! ¡Qué difízil ez hazer ezto zin mentir!*» caviló— Azí que hazta la vizta «zonriza azezina»… —se despidió de Maca con un guiño en un gesto de complicidad— ¡Buena

zuerte chaval! —y otra palmada en la espalda que casi encaja a Jose entre las cantimploras de Maca.

—¿Te estaba… tirando los trastos?... —inquirió Jose, sin saber realmente si tenía o no derecho a inquirir ya sobre algo así, mientras Martí por fin salía del local.

Maca lo obsequió con una sonrisa que hasta entonces ignoraba que fuese capaz de dibujar, tanto que tuvo que plantarle un beso en los morros para que ésta no acabase (también) estampada en el suelo junto a la de él.

—No. No me estaba tirando los trastos —le dijo— ¿Te has puesto celoso?...

—¡¿Quién?!... ¡¿Yo?! :$ —le preguntó, se preguntó, Jose.

—No zabía que era capaz… de dezir ezaz cozaz... —pensaba en voz alta Martí, en la cafetería de al lado (*¡nada que ver con un eztarbaz!*) donde se había pedido otro café del que no estaba seguro si realmente llevaba café, pero sintió que debía dejarlos solos… ¡Se sentía orgulloso de su hazaña!— Tal vez debería… ¿Ezcribir?… —continuó divagando— ¿Como dijo Díez?...

Definitivamente el viejo Martí había muerto junto con su socio en el fondo de aquel estanque en aquel parque de Tokio del que ya nunca saldría, y cuanto estaba por venir, sabía, serían tiempos mejores.

Capítulo 29

Tián
26 de octubre (10:55)

Se encontraban por fin cada uno en su asiento: Tián en su 19B tratando de encontrar una postura más cómoda (*¡si es que eso es posible en esta mieeerda de butacas!…*) y Katsu en su 19A toqueteándolo todo: El apoyabrazos, la bandeja para la comida, la revista de la aerolínea, el panfleto de seguridad, el botón para llamar a la azafata, el de la luz, el del aire, el cenicero y el cinturón que se había abrochado nada más sentarse.

—Como es casa —sorprendió Katsu con esta pregunta a Tián, quien después de cavilarlo unos segundos se dijo que era de lo más normal que el niño le preguntara por algo así y que seguramente le preguntaría sobre muchos otros aspectos a cerca de su nueva vida durante lo que durase el vuelo.

—Casa… —repitió Tián más para sí que para Katsu. Tenía ganas de volver a «casa»— Paula y yo vivimos en una casa a las afueras de Barcelona —comenzó a explicarle— Y hay un colegio cerca… —pensó que era importante nombrar— Y un jardín. Y una piscina, pequeña… —*¡las cosas claras!*— Y también un garaje. La casa tiene cuatro habitaciones, pero Paula y yo sólo ocupamos una, así que podrás escoger de las otras tres la que a ti más te guste —terminó con una sonrisa (*¿y por qué sonrío yo ahora?...*)

—Pensé que vivíais en el centro —apuntó Katsu.

—¡Ni de coña! —dijo Tián (*¡joder!...*) y se corrigió— Quiero decir que no. No vivimos en la ciudad. Se está mejor fuera. Hay menos gente, menos ruido, menos humo y menos de todo. No tienes vecinos encima tuyo tocando las… —*pelotas*— narices.

—Estáis tranquilos —comprendió Katsu.

—Bueno… Tan sólo vigila con el perro de la vecina —lo advirtió Tián— A parte de eso, estamos de co… —*…¡JONES!*— …mida —*¡Joder! De comida. Sí... De comida…*— …muy bien surtidos. ¡No pasarás hambre! —y otra sonrisa.

Al final, pensó Tián, conseguiría evitar cualquier taco delante de Katsu (¡y se dijo que aquello sería un reto de LA POLLA!).

—Gracias por tranquilizarme con respecto a la comida —pronunció el niño al cabo con ciertas reservas.

—No hay de qué…

—Que le pasa a ese perro —quiso saber a continuación.

—Que tiene mala leche. Siempre le ladra a todo el mundo. Es un pastor alemán. Odio a los pastores, que son todos unos paletos, y odio a los alemanes porque no tienen ni idea de literatura infantil. Así que por lógica también odio a los pastores alemanes. Éste se llama Rex —le explicó— por la serie de televisión, creo, que por cierto detesto.

—Te molesta que te ladre —le preguntó Katsu otra vez.

—No. A mí no. A mí no me ladra.

—Por que a ti no.

—Una noche de San Juan le metí un petardo por el culo —*¿qué le iba a contar?... ¡Pues la verdad!*— Y… Ya… Ya no… Ya no me ladra. Así me gané… su respeto, supongo —*¡JODER! ¡Pero QUÉ mal que hago de padre! ¡Menos mal que Katsu aún tiene a Paula!…*

—Que es San Juan.

—Una festividad.

—Aha.

—Una festividad durante la que los niños tiran petardos y te tocan las… narices.

—Podrías haberle dado una galleta, al perro quiero decir —opinó Katsu de repente— A lo mejor así también dejaba de ladrarte.

…¡Coño! Pues no lo había pensado.

—Bueno… —titubeó el escritor que empezaba a saber lo que era quedarse sin palabras, y pidió a continuación— No le des más vueltas a eso, ¿vale?...

—No sé —opinó Katsu haciendo caso omiso— Eres escritor. Un gran escritor me parece a mí. Por lo que me contaba siempre mamá… Y no imaginaba que un escritor pudiera hacer algo así.

—¿Por qué no?... —se extrañó Tián.

—Porque la gente lee tus libros. Lee lo que les dices. Y lo que piensas. Y pensaba que alguien que dice tantas cosas a tanta gente no hace esas cosas.

—Eso es muy relativo —buscó Tián cómo defenderse— Desde un determinado punto de vista… nunca nadie ha leído un libro mío, si eso te deja más tranquilo. Así que puedes seguir pensando acerca de los escritores igual de bien que hace medio minuto.

—Como es eso.

—Porque la gente no lee libros, intuye lo que hay escrito en ellos. No creo que nadie nunca haya leído una palabra mía de la primera a la última letra.

—No te entiendo —frunció el ceño Katsu (algo, sabía Tián ya a esas alturas, muy poco habitual en aquel niño tan listo).

—Eso es porque no ipmotra el odren en el que las ltears etsan ersciats, la uicna csoa ipormtnate es que la pmrirea y la utlima ltera esten ecsritas en la psiocion cocrrtea. El rsteo peuden estar ttaolmntee mal y aun pordas lerelo sin pobrleams, pquore no lemeos cada ltera por si msima snio la paalbra en cnoujnto.

—En serio —le preguntó Katsu.

—En serio —corroboró su padre— Así que desde ese punto de vista… nadie lee lo que escribo, lo deducen por sí solos, por lo que puedes estar tranquilo porque no hay un montón de gente a la que le digo un montón de cosas.

—Vale —opinó Katsu— Oye —dijo otra vez— No volveré a comer mochi —preguntó.

—No volverás a comer… ¿Qué?…

—Se hace con helado de vainilla —le explicó su hijo entonces— Mamá lo hacía muy bien.

—Te llevaré a *La gran muralla* —le dijo su padre entonces, mientras su boca hacía aguas sólo de pensar en la carta de aquel restaurante— Paula y yo vamos a menudo. Seguro que ahí tienen de eso.

Y en el rostro del niño, entre sus mejillas, sus ojos, el puente de su nariz arrugado y una boca con todos sus dientes menos uno… se dibujó una

amplia sonrisa en un gesto de agradecimiento.

Justo en ese momento escucharon la voz de Maca pidiéndole a los pasajeros que se abrocharan el cinturón de seguridad, que pusieran el respaldo de sus asientos en posición vertical y que desconectaran los teléfonos móviles.

«*O lo que es lo mismo… que no toquemos las pelotas*» se dijo Tián.

—¡Nos vamos a casa! —le dijo después a su hijo con una sonrisa por la que en esta ocasión no se preguntó por qué le ocupaba toda la cara.

—¡Nos vamos a casa! —dijo Katsu también, devolviéndole la sonrisa a su padre.

Y cuando Maca pasó por su lado revisando que los cinturones de todos los pasajeros estuvieran debidamente abrochados, también le dedicó una sonrisa a Tián. Después vio cómo también le sonreía a Jose («*¡ese MELÓN no sabe la suerte que tiene!*») quien casi pierde las comisuras de sus labios detrás de las orejas después de cruzar la mirada con Martí (*¡Coño! ¿se conocen?… ¡Espero que no esté pensando en liquidarlo!*) quien le hizo un guiño a Jose e inmediatamente después otro a Maca. Entonces Jose se percató de la presencia de Tián cuatro filas más atrás y lo saludó con la mano (¡feliz!) y Tián le devolvió el saludo, por lo que también Martí se dio cuenta de que el que desde entonces sería su escritor favorito (por mucho que no leyera libros) se encontraba sólo a unas cuantas filas de distancia y también lo saludó, con un movimiento de cabeza al que Tián respondió de igual modo (*¡menuda panda de ZUMBADOS!*).

—…¡TIÁN! —lo llamó Ricky nada más verlo, desde la calle. Se encontraba tras las puertas de cristal giratorias agitando los brazos para hacerse ver— ¡Tiáaan! —dijo otra vez cuando él y Katsu por fin accedieron al exterior y ya no hubo cristal que los separase.

—…¡Cabrón! —lo saludó Tián también.

—¡Yo también te he echado de menos! —sonrió Ricky agarrándolo con ambas manos por los hombros, zarandeándolo suavemente.

—Ricky… —dijo Tián entonces cambiando de tema— Este es Katsu —los presentó— Katsu… Ricky.

—Mucho gusto señor —lo saludó Katsu también.

—Es un placer muchachito.

…Y justo en ese instante Paula apareció asomando la cabeza por detrás de Ricky, guardando las llaves de su coche en el bolso al tiempo que se quitaba las gafas de sol compitiendo con éste con una sonrisa deslumbrante.

—¡TIÁN! —…aceleró el paso hasta llegar a él.

—¡Paula! ¡Guapísima! —se fundieron en un abrazo y en un montón de besos— …Paula —le dijo después, cuando al fin dejaron de besarse, de mirarse, de tocarse…— Este es Katsu.

—¡Hola Paula! —un niño y una sonrisa.

—¡Katsu! ¡Tenía muchas, muchas, muchas ganas de conocerte! —le dio un abrazo también— ¡Vamos a cuidar muy, muy, muy bien de ti!… ¡¿Vale?!... —le sonrió y le pellizcó una mejilla y acto seguido los miró a los dos, primero a Katsu y luego a Tián, después otra vez a Katsu y de nuevo a su marido— Tengo el coche en el parking. Acabo de aparcar —les dijo— Pensé que tardaríais más en salir.

—Nuestro equipaje ha salido de los primeros —apuntó Tián.

—¿Nos vamos ya, entonces?... —propuso Paula— ¿Qué estamos haciendo aún aquí?

—Pasáis demasiado tiempo juntos —dijo Tián al poco de subir al coche y arrancar, observando desde el asiento delantero a través del retrovisor interior a Ricky quien iba sentado detrás con Katsu mientras Paula conducía.

—¡JA! —se quejó Ricky también.

—«¡JA!»... ¿Qué?... —Tián (de nuevo).

—Que te conozco y se lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando?...

—Te crees que Paula y yo tenemos un lío —acusó Ricky de qué lo acusaba.

—¡Y una mierda! —saltó Tián.

—¿«Y una mierda» que no tenemos un lío… —quiso saber Ricky desde el asiento trasero— o «y una mierda» que no pensabas eso?...

—«Y una mierda» que no pensaba eso —se defendió Tián.

—¡SÍ que lo pensabas! —intervino Paula entonces.

—¿Qué pasa?... ¿Es que ahora os ponéis de acuerdo en todo?... —Tián otra vez— ¿Veis cómo pasáis demasiado tiempo juntos?... —y a continuación, dirigiéndose a Paula— ¿Y tú… por qué piensas como él?...

—Porque yo también te conozco, y te conozco muy, muy, muy bien —se defendió Paula en esta ocasión— Y nos lo estábamos pensando, el otro día estuvimos hablando de esto.

—¡¿De qué?! —preguntó Tián— ¡¿De tener un lío?!...

—No —Ricky en esta ocasión— De que los dos pensábamos que pensabas que teníamos un lío.

Llegados a este punto los tres estallaron en ruidosas carcajadas, mientras Katsu no entendía nada y se rascaba la cabeza.

—Tranquilo cariño —le dijo Paula observándolo también a través del retrovisor interior, quitándose las gafas de sol para guiñarle un ojo— Es la misma discusión de siempre. ¡Es broma! La misma broma que te vas a hartar y hartar y hartar de escuchar —...le sonrió.

—Vale —pronunció Katsu algo confuso.

Cuántas veces, se dijo Tián entonces, sonriente, se habían reído con esa misma parodia.

—Yo a tu padre lo quiero mucho —habló Paula de nuevo, desviando ahora su atención a Tián— Sería incapaz de hacerle eso —y otra vez mirando a Katsu a través del espejo— Lo respeto mucho. De verdad. Mucho, mucho, mucho —…y otro guiño, ahora para su marido.

—Mi padre… —comenzó a decir Katsu en ese instante, quien casi no había abierto la boca aún en todo el trayecto desde que abandonaran el aeropuerto— Mi padre te ha metido un petardo en el culo... Por lo del respeto. Digo yo…

De repente los ojos de Paula sobre el espejo retrovisor arquearon ambas cejas dibujando una pronunciada “m” sobre sus largas pestañas, y Tián pensó que si no se hubiese quitado las gafas de sol sus ojos habrían

atravesado los cristales.

—¿Tú padre… te está enseñado metáforas?... —le preguntó ella.

—Que es una metáfora —preguntó Katsu también.

—Supongo… que no —comprendió Paula y miró a Tián de soslayo.

—El perro… Del vecino —concedió Tián a modo de defensa «*¡LECHES!*»

—Y… —trató Paula de destensar el ambiente, dirigiéndose de nuevo a Katsu— ¿Qué es lo que quieres hacer aquí tus primeros días?...

Pregunta a la que Katsu fue sincero, y conciso:

—¡Me gustaría ver un coño!... —pronunció eufórico.

Entonces Paula volvió a mirar a Tián. Ricky hacía un buen rato que no abría la boca, pero tenía una sonrisa de oreja a oreja y demostraba hacer un esfuerzo por no reírse hasta llorar.

—Y yo que intentaba romper el hielo del petardo en el culo… —dijo Paula entonces— Por cierto, cariño… —dirigiéndose de nuevo a su marido— el *koñoki sushi* no existe, puedes preguntarlo en *La gran muralla*, pero tendrás que hacerlo solo porque yo ya no me atrevo a volver ahí —e hizo un giro cerrado a la derecha mientras buscaba en la guantera del coche— Bueno… —pronunció— ¡Ya hemos llegado! —anunció sonriente mientras abría la puerta del garaje con el mando a distancia— Así que ya hablaremos de eso más tarde, ¿vale?... —Tián cerró los ojos un segundo y pronunció «leches» otra vez— ¡Bienvenido a casa Katsu! —guiñó un ojo Paula de nuevo a través del espejo retrovisor.

Se bajaron del coche y Paula cogió a Katsu de la mano mientras se encaminaban a las escaleras que conectaban el garaje con la vivienda. Tián permaneció un momento de pie junto al coche y se los quedó observando (sin darse cuenta de ello) hasta que desaparecieron tras la puerta del garaje que daba a la vivienda, admitiendo para sí que aquella visión lo fascinaba.

—Te estás convirtiendo en un capullo insoportable —le dijo Ricky entonces, sacándolo de repente de su ensimismamiento— ¿Un petardo por… el culo?... —empezó a reír— ¡Por favor, Tián! ¡Que el niño quiere ver UN COÑO!...

—Sí… —le dio Tián la razón— Al final me he dado cuenta de que sí soy un capullo —*aunque lo del coño tiene su explicación*.

—Felicidades entonces… ¡POR FIN! —alzó Ricky las manos para celebrar el gran descubrimiento— Pero… no esperes que te den un premio por eso. Otros lo descubrieron antes que tú.

—¿Sabes?... —quiso sincerarse Tián entonces— Lo que pasa… Es que creo que… Creo que no sé ser padre.

—Vaaaaya… —se sorprendió Ricky ante su muestra de humildad, y entonces se puso serio— Afirmaciones como ésa no son habituales en ti —y bromeó— ¡Don perfecto! Quién sabe… ¡Tal vez hayas pasado de «capullo insoportable» a «capullo soportable» en tan sólo un segundo! Estás haciendo progresos.

—Supongo que eso es un piropo —apuntó Tián.

—Puedes considerarlo así, sí —le concedió Ricky, y ambos rompieron a reír— Tián… —le dijo Ricky después de aquellas risas— Nadie sabe «SER» padre —le confesó como si aquello fuera un secreto que sólo compartían los que un día tuvieron hijos— Eso se aprende en el camino. Créeme… ¡Que tengo cuatro hijos!

Pasaron lo que restaba del día y buena parte de la noche charlando y riendo, después de una cena que a Tián venía apeteciéndole desde que estaba en Colonia; sentados alrededor de la mesa del porche que daba al jardín interior, degustando aún un riquísimo tinto de la Ribera del Duero que Ricky se sacó de debajo de la manga mientras Tián los deleitaba con las no pocas anécdotas que se trajo de aquel país de locos sonrientes, con la música de fondo a bajo volumen…

Pero era ya más de la una de la madrugada y Cris (la esposa de Ricky, quien acudió tan pronto terminó de trabajar) se recostaba entonces sobre el hombro de su marido, a ratos reprimiendo algún bostezo, mientras Tián dejaba su brazo descansar sobre los hombros de Paula, molestándola, tocándole el pelo,... con la complicidad propia de los amantes que disfrutan molestándose uno al otro. Katsu, quien se negó a irse a dormir e incluso a estirarse en el sofá, había juntado dos sillas entre ambas parejas y dormía plácidamente estirado entre estas desde hacía algo más de media hora (con el brazo colgando y la mano sobre el lomo de Atlas, a sus pies, al que no había dejado de achuchar hasta que empezó a bostezar).

—No has fumado en toda la noche… —se percató Cris en un momento dado con la mirada fija en Tián.

Joder, es verdad…

—Me quedé sin tabaco —les explicó Tián— Y ya no compré más —Tián sabía que habría al menos una caja de puritos en el primer cajón de la cómoda de la entrada, Paula siempre guardaba una ahí para cuando se quedaba sin, pero de repente sintió que ya no tenía ganas de fumar.

—¿Has dejado de fumar?... —le preguntó Paula.

—No lo sé… —admitió Tián— Tal vez.

Paula le había hecho un montón de preguntas aquella noche (preguntas de todo tipo sobre su estancia en Japón y sobre su primer encuentro con Katsu) y Tián se dio cuenta de que lo que nunca (¡jamás!) le preguntaría sería acerca de la madre de Katsu, y entonces también se dio cuenta (de nuevo, pues aquello era algo de lo que se percataba muy a menudo) de cuánto la quería.

Paula sonrió ante aquel «tal vez» y después también lo hizo Tián («*…supongo que acabo de dejar de fumar*» se dijo).

—Ricky… —pronunció a continuación— Estoy pensando en volver a escribir.

—¿Cuándo lo has dejado?... —le preguntó Ricky.

—A volver a escribir para el público adulto, quiero decir.

Aquello cogió a los tres por sorpresa.

—Pues eso sería genial, cariño… —opinó Paula.

—¡Hazlo! —le pidió su agente— ¡Por favor!…

Poco más tarde Ricky y Cris decidieron que ya iba siendo hora de retirarse («*hazlo, por favor, vuelve a escribir…*» siguió insistiendo Ricky hasta que se marchó) pues eran casi las dos de la madrugada y aunque la noche, los mimos de Paula, las risas de Ricky y las bromas venían cargadas de las vitaminas que el corazón de Tián anhelaba desde hacía días, lo cierto era que estaba rendido (y también iba siendo hora ya de acostar a un niño de ocho años-casi nueve. Katsu había dejado su mochila en la habitación contigua a la de Tián y Paula, la más pequeña de la casa pero también la más cercana a la de su padre).

Así que con muchísimo cuidado Tián alzó a su hijo completamente dormido entre sus brazos, lo acunó contra su pecho como pudo y se dispuso a subir las escaleras hasta su habitación para meterlo en la cama.

Entonces puso el pie en el primer escalón y…

…Y contempló un instante el rostro de su hijo, dormido. Sus pequeñas pestañas reposando las unas sobre las otras, sus pómulos sonrosados, la boca entreabierta. Sus diminutas rodillas pegadas la una a la otra alrededor del brazo con el que lo sujetaba, sus manos sobre su abdomen con los dedos entrelazados. Su respiración era pausada y su pecho se movía arriba y abajo en un rítmico vaivén mientras respiraba el aire que abrazaba a ambos y que le transportaba (de repente) el familiar olor de su padre, el olor de la seguridad que reflejaba su semblante tranquilo, el de quien aún dormido se siente querido.

…Y en ese instante Tián comprendió en qué consisten las cosas realmente importantes de la vida (en qué consiste todo lo que importa), entonces puso el pie en el siguiente escalón y se dispuso a acostar a su hijo.

Capítulo 30

Tián, Paula y Katsu
27 de octubre (06:55)

Despertó antes de las siete, aún con el cansancio que todavía arrastraba, pero la luz del día se filtraba ya a través de las cortinas de su habitación iluminando levemente su interior, así que se quedó un buen rato en la cama contemplando a Paula mientras ésta todavía dormía; Tián sabía que si supiera que la observaba mientras dormía se enfadaría, pues solía quejarse de que siempre amanecía demasiado despeinada, y que cualquiera (¡incluso su marido!) la viera con la cabeza («tan, tan, tan» como ella diría) desordenada… era algo que la crispaba enormemente.

Pero al rato se puso en pie y con cuidado de no despertarla descendió las escaleras (descalzo, como siempre hacía) y se dirigió a la cocina.

Había café hecho en la cafetera y lo puso a calentar. Tián le había dicho a Paula (¡un montón de veces!) que quería comprarse una de esas cafeteras que funcionan con cápsulas, como la que tenía en su estudio del Paseo de Gracia, pero a Paula no le gustaban, y cuando se lo proponía ella arrugaba la nariz y negaba con la cabeza y le decía «¡No!»… porque a ella le gustaba hacer el café igual que siempre («como se ha hecho toda la vida» le decía, «¡Como lo hacía mi abuela!»), y era por eso (¡y por un millón de cosas más!) por lo que Tián tanto la quería.

Cuando se acabó el café subió de nuevo a las habitaciones. Pero Paula aún dormía, así que se dirigió a la habitación de Katsu, abrió la puerta con cuidado y se apoyó en el umbral y…

¡¿Dónde está?!...

Entró de nuevo en su habitación.

—¡Paula, cariño! ¡Katsu no está!...

La despertó de repente.

—¡¿No… No está?! —se alarmó también, y entonces se puso en pie y se pasó la mano por el pelo (¡totalmente desordenado!) y se calzó rápidamente las zapatillas— ¡¿Cómo que no está?!...

Miraron en todas las habitaciones. Y también miraron en la cocina, en el salón y en la despensa. En el cuarto de la limpieza. En el baño de arriba y

en el de abajo. En la salita y en el garaje. Hasta que salieron al jardín y…

—…¡Ahí está! —pronunció Paula en un resuello, apoyando la espalda en la columna de piedra junto a la puerta de entrada— ¡Uff!… Joder…

—Paula, cariño… —la amonestó Tián, igualmente falto de aire— No digas palabrotas.

—¡Vete a la mierda! ¡Vaya susto!... —bromeó Paula, quien hizo un esfuerzo por reír pero cuyo cansancio y falta de aliento no le permitieron pasar de una sonrisa.

Se encontraban ambos en pijama, sobre el césped del jardín, intentando recuperar el hálito. Katsu estaba a sólo unos pocos metros de distancia, en pijama también, en la linde entre su jardín y el del vecino separados por un muro de piedra de apenas medio metro de altura, encaramado a éste.

—Ya voy yo —dijo Tián— Enseguida entramos, ¿vale?...

Paula pensó que ya podía dejarlos solos— Os prepararé el desayuno… —le dijo, y después de eso entró de nuevo en la casa.

Tián se acercó a su hijo de quien pensó que parecía abstraído en su primer amanecer en un país extranjero…

—…Buenos días —pronunció.

Aquello hizo salir a Katsu del laberinto de pensamientos que era entonces su mente, y contempló a su padre sonriente.

—¡Buenos días! —lo saludó también.

—¿Qué estás haciendo aquí, solo?... —le preguntó Tián. Entonces Katsu desvió la mirada al suelo al otro lado del muro y…— ¡JODER!

—Tranquilo —lo advirtió Katsu— No hace nada.

El inmenso pastor alemán de la vecina se encontraba al lado de su hijo, con el hocico a la altura del muro; Katsu le acariciaba la cabeza y el cuello y pasaba las yemas de sus dedos por sus pobladas cejas que ya empezaban a encanecer…

—Ten cuidado… —lo advirtió Tián.

—No hace nada, papá —insistió Katsu.

«Papá» Tián nunca se había esperado oír a nadie llamarlo así.

«*Es la primera vez que se dirige a mí… así*» calló en la cuenta entonces, « *le había oído decir "padre"... Pero… ¡¿PA-PÁ?!*»… se dio cuenta de que sin quererlo sonreía. Pero no quiso prolongar demasiado aquel silencio y le preguntó (perdiendo toda entonación, al igual que hacía su hijo, sin percatarse tampoco de ello):

—No te ladra...

—No.

—¿Le has metido… un petardo por el culo?... —entonó en esta ocasión.

Katsu pasó de sonreír a estallar en ruidosas carcajadas.

—¡Nooo! —le dijo, e hizo un esfuerzo por calmar las risas— Le he traído galletas.

En aquel instante Tián reparó en un montón de migajas esparcidas por todas partes sobre el muro, entre las piedras, delante de su hijo…

—Paula está haciendo el desayuno —le dijo entonces— ¿Vamos?...

—¡Vamos! —asintió Katsu entonces levantando las manos para que pudiera cogerlo en brazos.